

MUERTE EN EL ROMPEOLAS

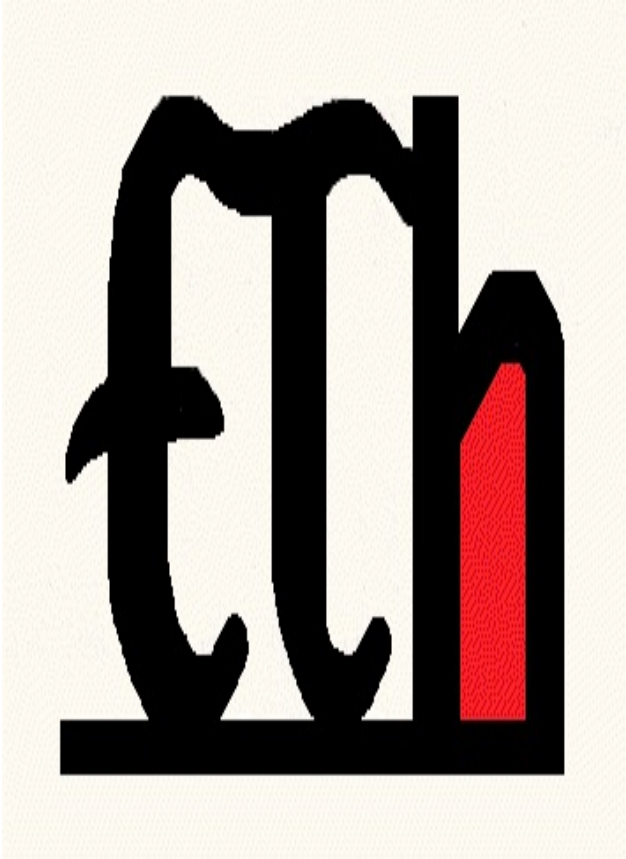
J.A. PÉREZ-FONCEA



eth

**MUERTE
EN EL
ROMPEOLAS**

J. A. PÉREZ-FONCEA



© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Muerte en el Rompeolas*

© J.A. Pérez-Foncea 2015

© Editorial ETH, S.L. 2015

C/ Navarra Oñatz, 7 Bajo

20115 Astigarraga. Guipúzcoa. España.

Telf.: 943 57 30 26

Primera edición: diciembre 2015

Depósito legal: SS-365-15

ISBN – 978-84-942272-6-4

Ilustración de la Portada: Maiki Niky Design

Maquetación: Idoia Amo

PREÁMBULO

Lloviznaba. Llevaba haciéndolo toda la noche.

El firme estaba muy resbaladizo.

El lujoso automóvil, un Mercedes Benz coupé, de color gris plateado, se acercaba a la curva a una velocidad excesiva.

La barandilla de seguridad que siempre había estado ahí, protegiendo a los vehículos desde borde de la carretera, brillaba por su ausencia. Tres días antes un camión se había salido de la calzada y se la había llevado por delante.

El conductor frenó en seco.

El sistema ABS funcionó a la perfección y las ruedas del automóvil parecieron clavarse en el asfalto. Como consecuencia de la intensa fricción, una penetrante humareda, acompañada del característico olor a goma quemada, lo impregnó todo.

Sin embargo, apenas unos instantes más tarde, el coche se despeñaba acantilado abajo, recorriendo en apenas unos segundos los 140 metros de desnivel que le separaban del mar.

Era imposible que nadie pudiera sobrevivir a una caída semejante. Además, en el hipotético caso de que lo hiciera, el fortísimo oleaje y la baja temperatura del agua bastarían para acabar con su vida en cuestión de minutos.

Eran las 4.08 de la madrugada del viernes, 25 de febrero de 2005.

Fue necesario que transcurrieran varias horas antes de que alguien descubriera el accidente, y unas cuantas más para que las autoridades logaran acceder hasta el fondo del acantilado.

Podía decirse que a la edad de cuarenta y dos años la vida le sonreía a Víctor Fosch. Cuando menos en lo familiar y en lo profesional. Que es como decir en casi todo. Casado y con tres hijos, su trabajo no sólo le gustaba, sino que le apasionaba. Desde luego, había sabido labrarse un nombre en el campo penal y criminalístico.

Su estilo personal quedó marcado ya desde los primeros pasos en el ejercicio de la profesión, cuando era todavía muy joven, con muy pocos años de rodaje. Trabajaba por aquel entonces en las filas de Dunstan & Van der Wiel, un gran despacho internacional de abogados con oficina en Madrid. Su inmediato jefe cayó enfermo durante una larga temporada y él fue el encargado de sustituirle en la dirección de un sencillo tema penal; sencillo tan sólo en apariencia, tal y como quedaría demostrado más tarde.

Víctor tuvo una genial intuición que alteró por completo el enfoque dado a los hechos, y que sirvió para descubrir insospechadas ramificaciones. A lo largo del proceso se puso de manifiesto que el cabecilla de la trama era nada menos que un honorable y conocido hombre de negocios, del que nadie hubiera podido sospechar. La condena resultó tan sonada, que el joven abogado fue entrevistado hasta la extenuación por todas y cada una de las televisiones nacionales y locales, durante las largas semanas posteriores al juicio. A las televisiones siguieron las emisoras de radio, y la prensa digital e impresa, de toda ideología y tendencia. En cuestión de muy pocos días, Víctor Fosch se había convertido en toda una celebridad mediática.

Su popularidad se habría esfumado como el aire con el mero transcurso del tiempo, si no hubiera sido porque al poco desenmascaró otra importante y turbia trama de blanqueo de dinero. Insignes políticos de la vida nacional estaban implicados en ella.

Su sueldo y categoría en el despacho ascendieron, al tiempo que le llovieron interesantes ofertas desde otros destacados bufetes de Madrid y de otras ciudades de España.

De hecho, muy poco duraría al frente de su nuevo cargo en Dunstan & Van der Wiel. Y no fue porque se dejara conquistar por la competencia, sino porque fue entonces cuando decidió invertir el modesto patrimonio que tenía acumulado en la apertura de su propio negocio: el «Estudio Legal y Forense Fosch».

Así fue como este joven abogado madrileño inició su propia andadura a la temprana edad de veintiocho años.

Fue también por aquel entonces cuando conoció a Silvia Llanes, la mujer de su vida.

Se casaron al año siguiente.

A pesar de la apariencia de carrera fulgurante, los comienzos fueron duros. Lo pasaron mal. Incluso durante algunas temporadas, muy mal. Pero con tenacidad y el transcurso del tiempo, acabaron viendo recompensados sus esfuerzos.

Al segundo año de andadura la clientela comenzó a dar beneficios. Poco después se haría necesario contratar a algunos ayudantes, y en la actualidad su oficina mantenía corresponsalías con algunas de las principales ciudades de España y del extranjero.

La actividad del despacho se especializó en el área penal y criminal. Debido a su prestigio y amplia popularidad, Víctor encontró ahí un importante nicho de mercado. Un nicho muy lucrativo.

Pues a él acudía una clientela llamémosle «selecta», gente de una cierta élite económica que, a la hora de esclarecer los problemas que le quitaban el sueño y que afectaban a aspectos sensibles de su vida, prefería acudir a una persona de su entera confianza. A alguien cuya honradez, competencia y sobre todo, confidencialidad, estuviesen plenamente acreditadas.

El estudio Legal y Forense Fosch ofrecía todas esas garantías, siendo capaz, además, de abarcar todos los aspectos del mundo criminal: desde la investigación del delito, hasta el análisis de sus últimas ramificaciones legales.

Aquel día de enero, la niebla era tan espesa y gris, que daba la impresión de que el sol se hubiera olvidado de su cita con el amanecer. Y no es que esa jornada fuese una excepción. Contrariamente a lo que suele ser habitual en el clima seco de Madrid, aquel invierno estaba presentando desde el primer día su cara más sombría y húmeda. Hacía ya demasiados días que el sol no se dejaba ver en la ciudad. A la nieve le sucedía la lluvia, y a ésta volvía a sucederle la nieve. Y cuando no nevaba o llovía, la niebla se resistía a abandonar las riberas del Manzanares. Ya casi nadie hablaba del calentamiento global. Desde luego, no eran los días más oportunos para hacerlo.

La atmósfera era sombría y la gente, no acostumbrada a un ambiente tan triste, padecía. Se notaba en las caras.

Víctor no era ajeno a la climatología. No le asustaba el frío, y le gustaba la nieve. Pero la oscuridad... eso era otra cosa. Le parecía antinatural. Como el metro. Siempre que podía lo evitaba. Prefería ir en autobús o, mejor aún, a pie, cuando las distancias de la capital se lo permitían.

Aparcó su sencillo Kía familiar en el garaje del edificio, situado en la Plaza del Doctor Marañón, en pleno Paseo de la Castellana, arteria vital de Madrid, y tomó el ascensor hasta la quinta planta. El despacho ocupaba el último piso de un representativo edificio de oficinas.

Ese día llegaba un poco más tarde de lo habitual. A causa del tráfico. Parecía que esa mañana todo el mundo hubiera decidido coger el coche. Por eso había tardado mucho en acercarse a los niños hasta el colegio. Su mujer, Silvia, solía hacerlo los lunes y los viernes, y él lo hacía el resto de los días de la semana, siempre que estaba en Madrid. Ese día era miércoles y estaba en Madrid, así que le había tocado a él.

Entró por la puerta a las nueve y veinte de la mañana. A pesar de los amplios ventanales que daban sobre la anchurosa Castellana, todas las luces estaban encendidas, como en plena noche.

Marina, la secretaria, una atractiva joven de carácter alegre, también presentaba un aire más mustio y apagado que de costumbre. Ella también se había ido contagiando del ambiente gris reinante.

—Buenos días, Marina. ¡Vaya atasco! ¿Ha habido alguna llamada para mí?

—Sí, unas cuantas. A ver...: Carlos Steiner, de la embajada de Israel, ha dicho que...

—¡Ah, sí! Ya sé lo que quiere. No importa, pásale el asunto a Tomás.

—¿A Tomás?, muy bien. Ha llamado también el Sr. Serra, de Garrigues, por el tema del incendio en el Hotel Continental de Santander.

—¡Es verdad! Se me había olvidado por completo. Ahora mismo le llamo. —Viendo que el día se presentaba cargado, decidió que sería mejor recibir la información por escrito; cosa que, por otra parte, le ocurría casi todos los días:

—Pásame por favor todo lo que quede por correo electrónico y si hay algo que no entienda, ya

te lo preguntaré.

—Muy bien.

Víctor dedicó un buen rato a hablar con Serra. Cuando acabó, eran ya casi las diez de la mañana. Sólo entonces pudo abrir el email de Marina con las llamadas pendientes. De entre todas, hubo una que llamó su atención sobre las demás. Era la llamada número 4 y la nota rezaba así:

marina.meneses@consultorafosch.es

09:24 (hace 32 minutos)

para usuario

A continuación te envío el resumen de las llamadas recibidas:

....

4: Señor Fernández: dice llamar «desde el Norte». Insiste en hablar contigo personalmente. No ha querido dejar ningún número de teléfono. Dice que es muy urgente y que volverá a llamar a lo largo de la mañana.

...

Víctor se extrañó de que alguien llamara diciendo que lo hacía «desde el Norte». Como penalista, había cursado un buen número de cursos de criminalística y de criminología, y asistía con frecuencia a congresos dedicados a esas materias. Aunque a veces se reía de su arraigada costumbre de buscar anormalidades en donde no las había, estaba ya muy habituado a fijarse en los detalles. Y a darles importancia. Esto ocurría a veces incluso con datos nimios que a otra persona le hubieran pasado inadvertidos.

¿Qué significaba eso? Comenzó a preguntarse. *«Desde luego, uno no se presenta diciendo que llama desde el Norte, el Sur, el Este o el Oeste. Por regla general, uno llama desde una ciudad, desde una empresa, de parte de alguien, pero no llama desde el «Norte». Salvo que tenga un motivo muy poderoso para hacerlo.»*

Llamó a Marina para salir de dudas:

—¿Sí?

—Marina, soy Víctor. Estoy devolviendo las llamadas de la lista y aquí hay una, la número 4, de un tal Sr. Fernández, «desde el Norte», que no sé quién es o qué significa. ¿No te ha dado más datos?

—No. Pero ha insistido mucho en que quiere hablar contigo personalmente. Ha quedado en que volverá a llamar.

—Si vuelve a hacerlo, avísame al momento, aunque estuviera hablando por la otra línea.

—Muy bien.

—Gracias, y tráeme un café bien cargado, por favor. Con este tiempo le cuesta a uno despertarse.

—Ahora mismo.

—Gracias, Marina.

Fiel a su compromiso, Fernández volvió a llamar. Lo hizo una hora más tarde, desde una cabina telefónica.

—Consultora Fosch, ¿Dígame?

—Buenos días. Soy Pedro Fernández, he llamado hará una hora poco más o menos. Llamo desde el Norte. Quisiera hablar con el Sr. Fosch, por favor.

—Sí, Sr. Fernández, ahora mismo le paso.

—Muchas gracias.

...

—El señor Fernández, el que dice que llama desde el Norte.

—Perfecto. Gracias.

...

—Le pongo con el Sr. Fosch.

—Gracias.

...

—¿Sí, dígame?

—¿Sr. Fosch?

—Sí, yo soy.

—Buenos días. Mi nombre es Pedro Fernández. Le llamo porque me gustaría concertar una cita con usted. Le agradecería mucho si me pudiera recibir esta misma semana, lo antes posible. Se trata de un asunto que considero muy urgente.

—¿Llama usted desde fuera de Madrid? —Aprovechando que su interlocutor no le veía, Víctor no se esforzó por reprimir la sonrisa maliciosa que le vino a la boca. Parecía querer decir: «o quizás llama usted desde el Norte de Madrid...?»

—Llamo desde el Norte, pero preferiría no tener que proporcionar ningún otro dato por teléfono.

—Entiendo. ¿Podría usted venir el viernes por la mañana? ¿A eso de las diez y cuarto?

—Sí, claro.

—Pues entonces aquí le espero. Plaza del Dr. Marañón...

Su interlocutor le cortó:

—Preferiría que no fuese en su despacho. Quisiera evitar que alguien pudiera verme. Preferiría un lugar más informal: una cafetería tal vez...

Víctor se sintió un tanto violento: ¿aquel hombre que llamaba casi implorando una cita se permitía poner condiciones? Sin embargo, tuvo los suficientes reflejos para ceder a tiempo. Quizás debiera agradecerse a los efectos beneficiosos del café cargado de Marina.

—Está bien. ¿Tiene pensada alguna en particular?

—No, ninguna.

—¿Qué le parece en «Castellana Ocho»? — Castellana Ocho estaba a pocos minutos a pie desde el despacho de Víctor.

—Perfecto. Entonces en la cafetería Castellana Ocho, el viernes, a las diez y cuarto de la mañana.

—Eso es.

—Muchas gracias. Allí estaré.

Víctor se quedó un tanto pensativo, mirando hacia el vacío. Había conocido un sinfín de personajes a lo largo de su carrera profesional. Y, desde luego, había tratado con tipos que aventajaban en «peculiaridades» a su reciente interlocutor. Pero había algo en él que le hizo pararse a reflexionar por unos instantes.

Desde luego ese hombre tenía mucho miedo. Se sentía amenazado. Y, desde luego, Fernández

no era su verdadero nombre.

¿Tampoco llamaría desde el misterioso Norte?

¿Por qué tendría recelos a presentarse en su despacho? ¿Podrían verle...? ¿Y acaso no sería aún más visible en una cafetería abierta al público?

El viernes saldría de dudas...

El viernes 15 también amaneció con una fina lluvia de invierno. A ratos se transformaba en agua nieve. Y a ratos nevaba. El frío era cortante. No tan intenso como para ser noticia, pero sí como para penetrar hasta los huesos.

Estaba visto que aquel invierno iba en serio.

Víctor llegó a la oficina a las nueve y cuarto pasadas. Se dijo a sí mismo que se estaba relajando demasiado. Tenía que dar ejemplo de puntualidad a sus empleados y, sin embargo, hacía tiempo que no conseguía llegar antes de las nueve. Ni siquiera los días en que Silvia llevaba a los niños al colegio. Tendría que estudiar por dónde se le iban los minutos...

No se le olvidaba que hoy era el día en que se había citado con el presunto Sr. Fernández. Le seguía picando un poco la curiosidad. Después de tantos años investigando crímenes y delitos de lo más variado, todavía conservaba vivo el interés por cada nuevo caso, por cada nueva historia. Pero es que, además, intuía que ese Sr. Fernández le iba a sorprender. No sabía por qué, pero tenía eso que los americanos llaman una corazonada. Y lo cierto es que, en lo referente a presentimientos, Víctor rara vez se equivocaba. Quizás fuese eso lo que le había encumbrado en su carrera profesional. Una especie de sexto sentido.

—Buenos días, Marina. ¿Alguna novedad? —La secretaria seguía con un aire tan apagado como los demás días. Eran demasiadas semanas sin ver el sol.

—Varias llamadas. Creo que ninguna importante. Y hoy tienes una cita a las diez y cuarto con el Sr. Fernández, en Castellana Ocho.

—Pásame las llamadas por correo electrónico y dile a Rodrigo que venga a mi despacho, por favor.

Rodrigo Sotomayor era la mano derecha de Víctor. Lo había sido casi desde el principio. De hecho él había sido su primer empleado. Y juntos empezaron aquella aventura de la Consultora Fosch, que hoy era una realidad. Se conocieron en un curso de criminología en Santander, en la universidad de verano.

La familia de Rodrigo había vivido casi veinte años en Estados Unidos. Éste se había criado allí y hablaba el inglés a la perfección. Aunque se sentía plenamente identificado con España, su país natal, había conservado el estilo yanqui de acortar los nombres, y se hacía llamar simplemente «Rod».

Se complementaba bien con su jefe. Si Víctor a veces podía pecar de un carácter excesivamente intuitivo e impulsivo, su ayudante ponía el contrapunto de la racionalidad y la calma. Indudablemente, formaban un equipo.

Ambos eran también muy diferentes en su aspecto físico.

Rod, un par de años más joven, tenía el pelo rubio y liso, con incipientes entradas. Era alto y fornido, y en más de una ocasión esta característica había sido de la máxima utilidad a la hora de sacarles de apuros.

También Víctor era de constitución fuerte, pero su estatura era algo menor. Tenía el pelo muy

negro y sin entradas, lo cual le servía para bromear de vez en cuando con su ayudante.

Rodrigo llamó a la puerta y Víctor le invitó a entrar:

—¡Pasa!

—Hoy tienes al misterioso Fernández, jefe.

—Por eso te llamo. Ven, siéntate. Quiero que me acompañes a la cafetería.

—¿No se asustará? —preguntó Rod mientras se acomodaba en la silla—. Por lo que me dijiste, ese tipo parece muy reacio a compartir su historia con nadie más que contigo.

—No, no quiero que estés en la conversación. Sólo quiero que le observes, y que vigiles la cafetería.

—¿Crees que puede ser peligroso?

—No. Pero las precauciones nunca están de más. —A lo largo de su carrera, Víctor había recibido innumerables amenazas: anónimas en su mayor parte, algunas de las cuales habían pasado a los hechos. Por eso había aprendido a extremar las medidas de seguridad. El dicho de «más vale prevenir que lamentar» era su consigna favorita—. Me parece extraño que desconfíe de mi oficina, cuando supuestamente confía en mí.

—Entonces le crees peligroso...

—No. Insisto en que no. Es él el que me parece que corre peligro. Parece que tiene un miedo tan grande, que ve fantasmas en donde no los hay. Es posible que tema que aquí tengamos micrófonos.... De cualquier manera, trata de tomar demasiadas precauciones. Probablemente haya recibido amenazas.

—Tantos años trabajando juntos y sigues sorprendiéndome como el primer día. Yo no hubiera sido capaz de ver tantas cosas en una simple llamada telefónica.

—Pues ya ves... —respondió el jefe con una sonrisa maliciosa—. No. No creo que vaya a haber problemas, pero tú debes estudiarle desde la barra o desde una mesa cercana. Y ver si hay algún «pájaro» suelto por el bar. ¿Me entiendes? —Rod comprendió que su jefe se refería a que debía comprobar que el Sr. Fernández no hubiese sido seguido o estuviese siendo espiado por alguien—. Quizás descubras algún detalle que a mí se me pase por alto...

—Entendido.

—Llevaré uno de los teléfonos encriptados del despacho. Si he acertado en mi diagnóstico, nuestro hombre lo va a necesitar. ¿Tienes paraguas?

—Llevo un gorro para la lluvia —se refería a uno de esos prácticos sombreros de agua plegables—. Ya sabes que odio los paraguas.

—Tenemos un cuarto de hora hasta allí, y prefiero llegar antes que él. Así podremos elegir nuestras «posiciones».

Bajaron juntos hasta la planta baja, y a partir de ahí se separaron. Era preferible no caminar juntos. Cada uno seguiría su propio itinerario hasta la Cafetería.

Víctor salió a la calle desde el mismo portal del edificio y Rod lo hizo desde la salida de peatones del garaje.

Hacía tiempo que precisaban de un nuevo contable en Teknomat, una floreciente empresa de máquina herramienta con sede en Urnieta, Guipúzcoa.

Eduardo Zorrozúa, el hijo del gerente, era quien se encargaba de la contratación del personal. Aunque acostumbraba a delegar el proceso de selección en AGS, una firma especializada, a Eduardo le gustaba entrevistar por sí mismo a los dos o tres candidatos que hubiesen resultado finalistas. De entre ellos, sería él quien elegiría personalmente al nuevo empleado.

Aquel lunes por la mañana, a las 11h 00, los tres aspirantes a contable aguardaban en una impecable y funcional salita de visitas situada muy cerca de la entrada. Eduardo miró de reojo al pasar y, a través de la puerta acristalada, vio a uno de los candidatos, un hombre joven con el mismo aspecto nervioso del estudiante que debe presentarse a un examen final.

Al parecer, la escasa decoración del recinto, consistente en un par de cuadros abstractos de tonos más bien oscuros, y la tenue luz de la mañana de otoño, que perezosamente trataba de penetrar a través de los estores, no era capaz de transmitir el calor y la acogida que precisaban los recién llegados. Por otra parte —reflexionó Eduardo—, se sabían en liza entre sí. Difícilmente podrían animarse unos a otros, cuando eran conscientes de que el éxito de uno de ellos significaría el fracaso de los otros dos.

Se sentó en la cómoda butaca de cuero de su despacho y se dispuso a terminar de repasar los informes enviados por AGS. En el encabezamiento figuraba el nombre de cada uno de los seleccionados:

Carlos Pimentel García (Zaragoza, 1990)

Arturo Vinuesa Garcíandía (Eibar, 1983)

Virginia Iturrioz Fernández (San Sebastián, 1992)

Los tres contaban con un brillante expediente académico y, en el caso de Arturo Vinuesa, con una nada desdeñable experiencia profesional.

Pero AGS sabía que, por lo general, Eduardo Zorrozúa prefería contratar a gente con escasa experiencia, de tal manera que sus empleados fuesen moldeados a imagen y semejanza de su empresa, sin lo que él tendía a considerar como «resabios» o deformaciones adquiridas en otros centros de trabajo, desconocedores de la seriedad y del rigor imperantes en Teknomat. Por este motivo, sólo uno de entre los candidatos tenía una auténtica vida laboral. La de los otros dos era prácticamente nula, o despreciable.

Eduardo se acomodó en el sillón, tras su elegante escritorio de caoba y, a través del teléfono, llamó a Olga, la secretaria:

—Olga, ¿han llegado ya todos los candidatos?

—Sí, ya están todos, llevan ya unos minutos esperando.

—¿Puedes hacer pasar al primero de ellos, por favor? Les recibiré en mi despacho.

Carlos Pimentel era un hombre menudo, muy nervioso, que durante la breve entrevista no cesó por un instante de rascarse los brazos y las axilas, como si una fuerza sobrehumana le empujara a

hacerlo, sin posibilidad de resistirse. Vestía un traje azul marino algo desgastado, en el que la corbata —chillona— desentonaba con su camisa a cuadros tanto como una estrepitosa charanga de pueblo tocando en medio de un entierro, y donde los zapatos, marrones y carentes de brillo, terminaban de conferirle al conjunto una estampa rayana en lo grotesco.

Mentalmente, Eduardo descartó de entrada al candidato. Se sorprendió muy mucho de que hubiese sido capaz de superar los cortes de AGS, y se planteó incluso la conveniencia de cambiar de compañía de selección de personal.

Por cortesía, mantuvo algunas frases con él.

Al terminar, se despidió con la mayor amabilidad de la que fue capaz:

—Muchas gracias, señor Pimentel, nos pondremos en contacto con usted tan pronto como hayamos tomado una decisión. Sin duda su candidatura será muy seriamente tenida en cuenta. Le deseo que tenga un buen día.

—Muchas gracias. Lo mismo le deseo yo a usted.

—Adiós. Buenos días.

—Adiós. Gracias.

Y cerró torpemente la puerta tras de sí.

—Olga, ¿puedes avisar al siguiente, por favor?

Arturo Vinuesa era tal vez la antítesis de Carlos Pimentel: alto, fuerte, elegante, seguro de sí. Tal vez demasiado seguro.

—Señor Vinuesa, siéntese, tenga la bondad.

—Muchas gracias —respondió, en un tono que a Eduardo, tal vez ya inconscientemente dispuesto en su contra, se le antojó altivo.

—Veo que ha estudiado en varias universidades extranjeras.

—Sí, bueno, aunque nací en Eibar, mi familia es de Bilbao y siempre hemos tenido mucho contacto con el Reino Unido y con los Estados Unidos.

—Ya.

El tono volvía a ser prepotente. Entre la persona que tenía ante sí y la que acababa de salir por la puerta, prefería a esta última. Probablemente los dos serían magníficos contables, pero AGS estaba empezando a fallar en el aspecto más importante de todos: en el aspecto que Eduardo hubiese llamado «humano». Él quería personas normales, si es que eso seguía todavía existiendo en alguna parte del mundo. Al menos que no fuesen ni demasiado retraídas, ni demasiado altaneras.

Vinuesa Garciandía estaba ya descartado. Y como no inspiraba la compasión de Carlos Pimentel, tampoco hubo necesidad de prolongar la charla por mucho tiempo:

—Muchas gracias, señor Vinuesa, en seguida tendrá noticias nuestras.

—¿Esto es todo?

—Sí, el objetivo de esta reunión era simplemente conocerle personalmente. Muchas gracias por haber venido. Le deseo un buen día.

—Hasta luego.

Y dejó la puerta abierta, sin preocuparse por cerrarla.

—¿Puedes llamar a la tercera persona, por favor?

—Enseguida.

Virginia Iturrioz se ganó la confianza de Eduardo Zorrozúa nada más entrar por la puerta. No solamente por el hecho de que fuese atractiva, que sin duda lo era, sino porque esta vez sí, su carácter y sus maneras derrochaban «humanidad», al menos lo que Eduardo entendía por tal: correctamente vestida, era cortés y amable, sin untuosidades. Tenía simpatía y sabía hablar con toda sencillez y naturalidad. En definitiva, «sabía estar».

Si además demostraba tener conocimientos de contabilidad, el puesto sería suyo.

Pero ¡qué tontería!, si había sido capaz de superar la criba de AGS era porque de contabilidad sabía un rato. Además, si bien tenía escasa experiencia profesional, su *curriculum* académico era apabullante. También había estudiado en varias universidades extranjeras y hablaba cuatro idiomas.

Ante semejante personalidad, fue el propio Eduardo quien se quedó momentáneamente aturullado:

—Señora, o señorita..., Iturrioz, esto..., bueno, entiendo que usted quiere trabajar con nosotros...

—Señorita Iturrioz —aclaró antes de proseguir—. Sí. Acabo de terminar un periodo de seis meses de prácticas en Mécanoplastic, una empresa de París y, de regreso a casa, quería ponerme a trabajar cuanto antes.

Hablaba con pausa, con segura cadencia, pero sin apabullar, más bien al contrario: infundía confianza.

A pesar de todo, a Eduardo le pareció que sus bonitos ojos azules se reían de él. No de un modo malicioso, desde luego, sino simplemente porque parecían divertirse ante su azoramiento.

El joven hijo del Gerente tuvo que hacer un esfuerzo adicional por mantener su presencia de ánimo.

Tras unos segundos de interno titubeo, consiguió recuperar el pleno dominio de sí mismo antes de continuar:

—Muy bien, señorita Iturrioz. Precisamos de alguien que se haga cargo de las nóminas y de la contabilidad de una de nuestras divisiones. Entiendo que, careciendo usted de experiencia, a excepción de su periodo de prácticas en...

—Mécanoplastic

—Eso es: en Mécanoplastic... por tanto sería conveniente que trabajase con el equipo del señor Torre hasta que se familiarizara con nuestro sistema informático y nuestro modo de trabajar. Ya sabe, «cada maestrillo tiene su librillo».

—Sí, claro. Entonces, ¿entiendo que el puesto es mío?

—Enteramente suyo, si está usted de acuerdo con el salario y las condiciones que le detallará el propio señor Torre.

Y así fue como Virginia Iturrioz entró a trabajar en Teknomat.

Víctor llegó el primero. Al entrar lanzó una rápida mirada en derredor. Había todavía poca gente, pues hacía pocos minutos que habían abierto el establecimiento. No logró identificar a nadie cuyos rasgos se correspondieran con la imagen que se había forjado del tal Sr. Fernández. A juzgar por la voz y las maneras que había escuchado al otro lado de la línea telefónica, debía tratarse de un hombre de entre sesenta a sesenta y cinco años, con estudios universitarios, probablemente un empresario, o un alto cargo directivo de una gran firma.

Eran las diez y cinco cuando se acomodó en una mesa del fondo, desde la cual podía abarcar de un golpe de vista todo el local, y observar discretamente las entradas y salidas de los clientes. Una pared le cubría las espaldas.

La música, suave y cálida, se combinaba a la perfección con el decorado, de diseño vanguardista.

El dueño de la cafetería y los camareros eran viejos conocidos de la Consultora Fosch. Uno de los encargados en atender a las mesas no tardó en acercársele:

—Buenos días, Víctor. ¿Qué va a ser?

—Buenos días, Camilo. Ponme un café con leche con un croissant, por favor. Es posible que alguien pregunte por mí. Estoy esperando a un tal Sr. Fernández. No le conozco, pero debe ser un hombre de unos sesenta y cinco años de edad.

—Entendido. En cuanto llegue, se lo traigo.

—¡Ah! Y de un momento a otro aparecerá Rod. Supongo que se pondrá en la barra. No comentes con él que estoy aquí. Él ya lo sabe, está por otro asunto y cuanto menos nos relacionen los posibles curiosos, mejor.

—Comprendido, jefe. —Camilo le lanzó un cómico guiño de complicidad, y se retiró con el semblante grave de quien está colaborando con una misión de la máxima importancia.

Camilo era un hombre bajito y grueso, de aire bondadoso. Era de toda confianza. También él formaba, a su manera, parte del equipo. Había seguido la gestación del despacho desde sus primeros pasos, y era para él un auténtico orgullo poder colaborar en la medida de sus posibilidades.

Entró una chica muy joven, casi una adolescente. Pidió una tila. No era fea, pero iba muy mal vestida, con aire de dejadez, próxima a la suciedad. Víctor lo achacó a la moda. «*Se va imponiendo el feísmo,*» —se dijo a sí mismo—, «*no sé si me estoy haciendo viejo, o es tan sólo cuestión de buen gusto, pero estas chiquitas van hechas una pena.*»

No, no era un puritano, pero se horrorizó sólo de pensar en la posibilidad de ver a alguna de sus hijas vestida así el día de mañana.

En todo caso, estaba claro que no era el Sr. Fernández.

Dos hombres jóvenes charlaban animadamente en la barra. Iban vestidos de traje y corbata debajo de sus abrigos. Víctor acertó a oír alguna frase suelta:

—Fue un *penalty* como una casa. Lo que pasa es que ese árbitro no tiene nivel para estar en primera...

—No. Lo que pasa es que los madridistas estáis muy mal acostumbrados: ese tío hizo un

piscinazo, que lo vi yo...

«*La eterna conversación...*»

Apuraron sus cafés y se dirigieron hacia la puerta.

Al salir a la calle, coincidieron con un hombre que entraba. Era Rod, que les cedió el paso cortésmente y que, tras apurar la última calada a su cigarrillo, lo arrojó a la cuneta y entró con la mayor naturalidad.

Víctor consultó su reloj. Las diez y doce minutos.

Durante un buen rato no hubo nuevas entradas ni salidas. Los dos hombres pudieron observar a sus anchas a las tres señoras con cierto tono aristocrático que se estaban dando un desayuno opíparo, y a la pareja de extranjeros con pinta de jubilados, que llevaba un buen rato tratando de comprender las instrucciones de Sergio, otro de los camareros, que desde la barra les explicaba el modo más rápido y barato de llegar hasta la Plaza Mayor.

Parecían americanos.

En seguida se comprobó que lo eran. De Wisconsin.

Rod no desaprovechó la ocasión para darse a conocer y orientarles debidamente en su visita a Madrid.

Todavía se escuchaba su sonoro «*thank you, sir*», mientras se despedían de Rod y regresaban a su mesa, cuando hizo su entrada un nutrido grupo de japoneses. Eran ya las diez y dieciséis.

Tampoco entre ellos estaba el Sr. Fernández.

El guirigay ocasionado por los japoneses era digno de ser contemplado. Conforme a su proverbial costumbre, fotografiaban compulsivamente cualquier cosa que les llamara la atención, incluso dentro de la cafetería. Víctor temió que Fernández no se atreviera a entrar, por miedo a ser retratado.

Cuando los nipones se hubieron calmado y la mayoría de ellos hubo ocupado sus asientos, se abrió nuevamente la puerta e hizo su entrada un hombre maduro, de unos sesenta y cinco años, pelo canoso y buen porte. Vestía traje gris oscuro y un abrigo loden, impecable, conjuntado con muy buen gusto. Nada que ver con la adolescente de hacía un rato. Su mirada era la de un hombre hecho al que, sin embargo, graves preocupaciones estaban a punto de hacer quebrar. Caminaba con paso firme, pero con la espalda ligeramente encorvada hacia adelante, como la de quien ha de cargar con un gran peso sobre sus hombros. En ese sentido, no se correspondía con la imagen que Víctor se había hecho de él. Lo había imaginado como una persona de aspecto más frágil y asustadizo.

«Al menos —se dijo—, he acertado en la edad, y espero haber acertado en la profesión.»

Fernández le reconoció a él al primer golpe de vista, y se acercó resuelto.

—¿Señor Fosch?

—¿Señor Fernández?

—Encantado.

—Encantado. ¿Qué va a tomar?

—Un café con leche bien caliente.

—¿No va a comer nada?

—No, gracias, ya he desayunado. Pero me vendrá bien algo caliente para entonarme un poco.

Hace frío...

Fernández, si es que ése era su nombre, era todo un caballero.

Rodrigo, desde un lugar cercano de la barra, no le quitaba el ojo de encima.

A una señal de Víctor, Camilo no tardó en acercarse para atender al recién llegado.

—¡Uf! Estos chinos son incansables...

—Son japoneses, Camilo, no es lo mismo...

—Son todos iguales. Los de los ojos rasgados. Para el caso..., de la parte de Asia... ¿Qué va a tomar el señor?

—Un café con leche bien caliente, por favor.

Tan pronto como Camilo regresó con el café, Víctor y Fernández dejaron de hablar del tiempo, del tráfico y de algunos otros lugares comunes, para pasar a centrarse en el motivo de la entrevista.

—Usted dirá, señor Fernández.

—Por favor, llámeme David. Mi verdadero nombre es Zorrozúa: David Zorrozúa —había una clara nota de nerviosismo en su voz. Estaba muy asustado.

—¿Viene usted de verdad del Norte o me va a decir ahora que es sevillano? —bromeó Víctor, tratando de romper el hielo, y de hacer más fácil el inicio de la conversación con su nuevo cliente.

—Compréndame, esta reunión es confidencial y nadie debe saber que he estado con usted. Como verá en seguida, mi vida corre peligro.

—¿Teme que alguien le haya podido seguir hasta aquí?

—Creo que no. Quizás le resulte gracioso, pero hasta he utilizado una peluca para viajar. Un disfraz simple pero eficaz. Al menos eso creo... He tomado un sinfín de precauciones. En algunos momentos me he sentido ridículo...

Víctor miró hacia Rod. Le daba una gran seguridad verle ahí. No sería fácil que nadie atentara contra David Zorrozúa en presencia de su ayudante.

—¿Temía usted que le viesan entrar en mi oficina?

—Sí. Nadie debe saber que he venido a entrevistarme con usted...

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que aquí también pueden verlo conmigo?

Zorrozúa se ruborizó como un colegial:

—Discúlpeme. Hace varios días que no consigo razonar con normalidad. Desde el lunes estoy que no doy pie con bola. Tiene usted que comprender que...

—No se preocupe. No le culpo por ello. Pero además, soy yo el que le estoy confundiendo. Tenga la bondad de exponerme el problema que le ha traído hasta aquí en el orden que le resulte más cómodo.

—Creo que, como en todo, lo mejor será empezar por el principio...

Verá, soy Gerente y miembro fundador de una empresa de Máquina Herramienta situada en Urnieta, muy cerca de San Sebastián: Teknomat, S.A. Inicié la actividad hace ya casi treinta años, junto con mi socio, Ramón Aguirre, ya fallecido. Ramón era un par de años más joven que yo. Éramos buenos amigos y, aunque el entorno económico no siempre soplab a nuestro favor, las cosas nos fueron razonablemente bien desde el principio. Logramos abrirnos un hueco en el mercado, tanto en el nacional como en el exterior. Por supuesto, esto lo logramos a base de grandes sacrificios. Tanto de él, como míos. Hasta que, pasados los años, un buen día, con una gran sorpresa por mi parte, descubrí que robaba. Ramón robaba de los activos de la empresa. Resultó un golpe muy duro para mí.

—¿Le importa si tomo alguna nota?

—No, no. Al contrario. Proceda como tenga por costumbre.

—Gracias. ¿Recuerda la fecha concreta en que esto ocurrió? Cuándo detectó usted los hurtos, quiero decir.

—Sí, lo recuerdo muy bien porque en esas Navidades, la primera vez que me percaté de los robos, murió mi suegro. Era diciembre de 1999. Ramón tenía un buen sueldo. Como he dicho, fueron tiempos de bonanza económica para nosotros y hubo años en que llegamos a facturar un verdadero dineral. Creo que esto le afectó mucho en su vida privada... a peor, por supuesto: comenzó a derrochar como nunca antes lo había hecho y a llevar una vida de cierta... ¿cómo diría yo? Cierta disipación, por decirlo suavemente. Cada vez necesitaba más dinero para sus excesos, que le llevaron a distanciarse de su mujer, aunque siempre afirmó que la quería. Los hijos, ante la ausencia de su padre en casa y ante tan mal ejemplo, salieron bastante descaminados, pero ese es otro tema... No sé exactamente cuánto gastaba, pero desde luego su tren de vida era escandaloso. Dejó de cumplir con los horarios y con las exigencias del trabajo.

—¿Usted se lo permitía?

—Al principio tuve una conversación muy seria con él. Sería el año 98. Antes de que los robos comenzaran, quiero decir. Pues como comprenderá, sus calaveradas no comenzaron de la noche a la mañana. Fue un proceso gradual.

—¿Habló usted con él después de descubrir el primer hurto?

—Sí, inmediatamente después de conocerlo.

—¿Cómo reaccionó él?

—Muy bien. Tanto, que me sorprendió. Cambió radicalmente de actitud y volvió a ser el trabajador responsable que siempre había sido. Sin embargo, poco le duró el cambio... En cuestión de pocos meses volvió a las andadas, pero corregidas y aumentadas, si me permite la expresión. Hasta que finalmente llegué a descubrir que, no contento con dejarme a mí sólo con el trabajo y las responsabilidades al frente de la empresa, seguía llevándose dinero. Un dinero al que sólo él y yo teníamos acceso.

—¿No lo denunció a la policía?

—No, no lo hice. En primer lugar, porque la relación de mi esposa Mentxu con su mujer, Isabel, continuaba siendo excelente. Isabel y Mentxu estrecharon mucho su amistad por aquel

entonces. Mi esposa vino a ser el paño de lágrimas de su mujer. ¿Cómo iba yo a denunciar a su marido?

—Comprendo.

—Pero es que, además, no tardó en llegar la desgracia.

—¿Qué desgracia?

—Ramón murió. O lo mataron, no lo sé. El caso es que su coche apareció despeñado, al pie de un alto acantilado, detrás del monte Igueldo, en San Sebastián. Esto fue en 2005, a finales de febrero, el día 25.

El rostro de Víctor dio a entender que se hacía cargo de la honda impresión que dicha muerte había debido causar en su interlocutor. Éste prosiguió:

—Todo habría acabado aquí si no fuera por la carta que dejó a su mujer.

—¿Una carta?

—Sí. Usted mismo puede verla, le he traído una fotocopia. —Zorrozúa le entregó el papel:

San Sebastián, 15 de febrero de 2005

Querida Isabel:

Muchas veces he oído hablar de gentes que se suicidan y dejan notas a sus familias explicándoles los motivos que les han llevado a realizar esa acción. Por mi parte, espero no tener nunca que llegar a eso. Pero mi vida corre peligro. Por eso he dejado encargada a una persona de toda confianza que, si supiera de mi muerte a través del periódico, te haga llegar esta carta.

Quiero que sepas que te quiero, y que siempre te he querido. Siento haberte hecho sufrir tanto, y a David y a Mentxu. Vosotros habéis creído que yo robaba para pagar mis excesos. Pero no es así. He sido víctima de graves coacciones. He tenido que pagar para que no me maten. Me han intimidado muchas veces por teléfono, y mediante cartas amenazantes, que siempre he destruido para no alarmarte.

Pero ya no tengo más dinero para pagarles y sé que vienen a por mí. Son terribles. Gentes mafiosas, sin escrúpulos, creo que de algún país del Este. Torturan a sus víctimas con crueldad. Si te dicen que me he suicidado, no les creas.

Siempre tuyo,

Ramón

»Como le he dicho, murió a los pocos días, el 25 de febrero. El cuerpo sin vida no apareció hasta el día siguiente, pues el accidente, o lo que fuese aquello, ocurrió de madrugada, en una zona poco poblada y costó tiempo dar con él. La carta llegó a su mujer el 5 de marzo, con matasellos de Biarritz. No traía remite. Sólo pudimos averiguar que se envió desde un buzón de correos de esa localidad vasco—francesa. Isabel, su mujer, quedó destrozada, con unos remordimientos horribles por no haber sabido comprender a su marido. Desde aquel terrible suceso su personalidad se vio alterada de tal manera, que se convirtió en una persona distinta a la que había sido. En realidad, quedó completamente trastornada. Y con un recuerdo completamente idealizado de su marido. Una especie de síndrome de Estocolmo. En cualquier caso, en la actualidad es como una viejecita, a pesar de que no ha cumplido los cincuenta y cinco.

—¿Quiere decir que, con el paso del tiempo no ha conseguido superarlo?

—Desgraciadamente, no. Apenas sale de casa ni recibe visitas. Vive con una hermana soltera que a partir de entonces se hace cargo de su cuidado. Desde la empresa les pasamos una ayuda

económica todos los meses.

—¿Cuál fue la reacción de sus hijos?

—Uno de ellos, el menor, murió de sobredosis de droga; de la mayor, una chica, ¿qué decir? Se fue de okupa siendo casi una niña. Ni siquiera sé si seguirá con vida. En cuanto a nosotros, a Mentxu y a mí, puede comprender que quedamos muy afectados. Fue todo como una pesadilla. Algo que uno ve en las películas, pero que nunca piensa que le pueda ocurrir en la realidad. Hemos envejecido mucho. Míreme, ¿cuántos años diría usted que tengo?

—Yo diría que está usted al filo de los sesenta —mintió Víctor, pues evidentemente, aparentaba unos cuantos más.

—Tengo cincuenta y siete...

Se produjo un breve silencio. Ambos hombres se tomaron un breve respiro para reflexionar y asimilar lo dicho hasta entonces.

Hasta que David Zorrozúa, tras dar un sorbo a su café, prosiguió:

—A pesar de todo, la carta contradice los hechos. Ramón nunca me habló de que sufriera amenazas ni coacciones. Y, hasta donde yo puedo saber, tampoco se lo dijo a Isabel, su mujer. Eso, por no hablar de su pose de hombre que vive rodeado de una aureola de alegría y felicidad, sin duda fingidas, pero en definitiva, que se esfuerza por aparecer ante todos como el triunfador al que no le falta de nada. Y el modo como se distanció de su mujer, a la que golpeaba cuando estaba borracho. Sólo había que verle fanfarronear en la calle y en las reuniones de empresa. No. Nunca dio la impresión de ser un hombre atemorizado ni perseguido. Ni nunca nos lo dijo. Y de repente, la carta. Es como si hubiese querido dejar un documento para justificarse ante la posteridad. O... —dudó por un instante si debía continuar— para hacernos daño. Llegué a pensar que se trastornó, que en realidad debía de ser un desequilibrado. Yo no entiendo de psiquiatría, pero me parece que tal vez pudiera encajar con un cuadro esquizoide o paranoico... en fin, no sé...

—¿Qué dijo la policía?

—Oficialmente todo quedó en un accidente de tráfico. Ramón había estado cenando en Igueldo y al bajar la pendiente hacia San Sebastián, probablemente bebido, se salió de la carretera. Otra cosa es que extraoficialmente, algunos policías me reconocieran que pudo ser un suicidio. Aunque las huellas de frenada en la carretera parecían desmentirlo... Nunca he sabido qué pensar. ¿Quién puede saber lo que de verdad ocurrió...? Pero, en cualquier caso, de un modo o de otro, las cosas se arreglaron para que de cara a la galería figurara como un simple y vulgar accidente.

—¿A pesar de la carta?

—Sí, claro, a pesar de la carta... En realidad no le dieron ningún crédito. Al contenido, me refiero. Desde luego la escribió él. Se ve a la legua que es su letra y así lo confirmaron los peritos. Pero, según la policía, no existía la tal banda de criminales del Este, o de donde fuera, que se dedicara a practicar la tortura y la extorsión en el País Vasco. Por lo visto, con el terrorismo de ETA no había sitio para más criminales. Al menos, la policía así lo aseguró.

—Quién sabe, tal vez tenga usted razón y se trate de un caso de esquizofrenia paranoide. Padecen sentimientos de persecución y...

—Eso pensaba yo...

—¿Pensaba...?

David dio un nuevo sorbo a su café, esta vez más intenso, como cogiendo fuerzas para seguir hablando. Su rostro parecía indicar que todavía no había «soltado» lo que más le preocupaba.

Víctor apreció que a su interlocutor le temblaba llamativamente el pulso, la taza bailaba ligeramente mientras iba regresando a su plato. Apartó la mirada con delicadeza y aprovechó para

echar un vistazo en dirección hacia Rod. En ese momento se le escapaba un ostensible bostezo. Se aburría. Y su presencia en el bar ya no era necesaria.

Volviendo la atención hacia David, le preguntó:

—¿Me permite? He olvidado darle un recado a uno de mis ayudantes. Seré muy breve.

—Por favor..., hágalo.

—Gracias.

Tomó su móvil y escribió un lacónico mensaje, para Rod, de tan sólo seis palabras:

«Mira si alguien le ha seguido.»

El fornido ayudante pagó su consumición y, tras esperar un par de minutos más, abandonó el local.

Mientras tanto, Zorrozúa retomaba el hilo de su relato:

—Han pasado varios años desde que ocurrió toda aquella pesadilla. Poco a poco la habíamos conseguido olvidar. Somos una familia razonablemente feliz. La empresa va bien y mi hijo, que estudió ingeniería en Tecnun, la Escuela de Ingenieros de la Universidad de Navarra en San Sebastián, se incorporó a trabajar conmigo hace ya algunos años, lo cual es para mí un motivo de gran satisfacción.

Víctor veía venir la catástrofe. La maldita conjunción adversativa estaba a punto de aparecer, para introducir un nuevo y mayor desastre. Zorrozúa continuó:

—Pero... hoy hace un mes que recibí una llamada... —aquí le comenzó a temblar el labio inferior. Trató de disimular dando otro sorbo.

—¿No prefiere algo más fuerte? ¿Un whisky? ¿Un coñac?

—Sí, dadas las circunstancias... Creo que tomaré un poco de coñac.

Víctor se levantó y se acercó a pedir el licor a Camilo. Éste no tardó en acercarse con la bebida.

El empresario dio un buen trago sin recato, y continuó:

—Me han llamado los mafiosos... Los mismos que amenazaron a Ramón. Los que lo mataron, o le llevaron a suicidarse...

—¿Después de tantos años? ¿Está seguro de que son los mismos?

—Completamente. Se han permitido recordarme lo que le pasó a mi socio cuando dejó de pagar por su seguridad. Me piden una primera entrada de 800.000 € a cambio de «protección». Se llaman a sí mismos «La Compañía de Seguridad». Esta vez dicen que la protegida ha de ser toda la familia, no sólo yo... Debo entregar la suma en algún momento de la semana que viene.

El desdichado empresario se llevó las manos a la cara y apretó con fuerza. Apoyaba los codos sobre la mesa. Su imagen infundía compasión.

—¿Conoce alguien más esta historia que me ha contado, me refiero a la existencia de la carta y de la supuesta existencia de la banda de extorsionadores?

—No, nadie. Bueno, evidentemente la conoció su mujer, Isabel, y no sé si también su hija, la que desconozco si sigue viva.

—¿Cuándo me dice que le han llamado?

—Hoy hace una semana. Insistieron mucho en que no llamara a la policía, en que no dijera nada a nadie, o lo lamentaría. Por eso hice aquella llamada un tanto ridícula, diciendo que llamaba desde «el Norte». Ni siquiera me atreví a pronunciar las palabras «San Sebastián» o «Guipúzcoa». Desde entonces veo espías y sospechosos por todas partes. Y por eso he preferido venir a usted antes que dirigirme a la policía. Me parece que usted levantará menos sospechas. Y

su estructura, por así decirlo, es más flexible que la de las fuerzas de seguridad.

—¿Les ha dicho algo a su mujer o a su hijo?

—Se lo he dicho a mi hijo. Siempre he tenido una gran confianza en él. Y es un hombre muy entero. También mi mujer lo es, pero a ella he preferido no decirle nada por ahora. Quiero evitarle más disgustos, si fuera posible. Desde luego, no quiero alarmarla antes de tiempo. A Mentxu sólo le dicho que tenía algunas reuniones importantes por toda España y que, como no sabía cuándo volvería a casa, prefería que se fuese durante unos días con su hermana, a Alicante.

—¿Le ha hecho caso?

—Sí. Al momento. Entre otras cosas porque es imposible disimular ante Mentxu. Al menos para mí... Ahora mismo no sabe lo que ocurre, pero estoy seguro de que sospecha algo.

—¿Su hijo vive con usted?

—Sí. Tiene veintinueve años. Ahora se casan tan tarde... Acaba de empezar a salir con una empleada de la empresa. Estoy también muy preocupado por ello. Ella estuvo metida en el mundo de ETA... Pero ese es otro tema. En cualquier caso, no he querido alejar a mi hijo de casa, tal vez porque me siento más seguro con él a mi lado...

—¿Esos tipos que le llamaron, tenían acento de algún tipo?

—No sabría decirlo. Su voz sonaba distorsionada a través de la línea.

—¿Cuál es la cantidad que su socio le robó a lo largo del tiempo?

—Al principio eran pesetas, pero su equivalente rondaba casi los 800.000 €. No fue de una vez. Primero fue una salida de 50.000, después hubo un par de alrededor de 100.000, la última, la más importante, ocurrida pocos días antes de su muerte, fue de algo más de 500.000 €

El rostro de Víctor se crispó por primera vez a lo largo de la entrevista. Y una de las venas de la frente se le hinchó de un modo característico para aquéllos que le conocían bien. Le ocurría siempre que una onerosa carga pesaba sobre sus hombros, como era el caso. La grave responsabilidad de velar por la vida de un hombre acababa de recaer sobre sus espaldas. En realidad, no sólo la de él, sino la de su entera familia, su mujer y su hijo.

Comenzó a meditar sobre el caso: *«lo más juicioso sería acudir a la policía.»*

Pero Víctor conocía bien a las personas, y aquel hombre que ahora tenía ante sí no aceptaría hacerlo. Al menos por ahora. Estaba demasiado asustado.

A las personas así había que darles seguridad. Y David Zorrozúa sólo tenía confianza en él, en Víctor Fosch. Había que aprovechar bien esa baza. Y no, no debía romperse la corriente de confianza establecida, tratando de conducirlo hacia donde no quería ser llevado.

Por otra parte, o la amenaza era real o no lo era. Si no lo era, la policía no serviría de nada; y si lo era, los delincuentes podían cumplir con su amenaza y matar a alguien de la familia de Zorrozúa en cuanto supieran que éste había denunciado el caso.

Por tanto, la decisión estaba tomada. Se ocuparía personalmente del caso.

—Está bien, David, puesto que en lo sucesivo vamos a trabajar juntos, ¿me permite que le tutee?

—Sí, claro. ¿Quiere esto decir que acepta el caso?

—Sí, eso es. Tú también, por favor, tutéame. ¿Te han dicho dónde y cómo debes entregar el dinero?

—Debe ser en efectivo, en billetes de cincuenta. Todavía no me han dicho el lugar ni la fecha de la entrega.

—¿Conseguirás reunir esa cantidad?

—Sí. La tengo ya preparada. Por ese lado no habrá problemas.

—¿Cuándo tienes pensado regresar a casa?

—Hoy mismo.

—Por ahora será mejor que tu mujer se quede en Alicante. Si te vuelven a llamar esos tipos, muéstrate colaborador. Pero avísame de inmediato.

Víctor le entregó un teléfono móvil encriptado.

—Este teléfono esta «limpio». No es posible pincharlo. A través de él tienes comunicación directa con A: soy yo; B: mi ayudante, se llama Rodrigo, pero se crió en los Estados Unidos y prefiere que le llamen Rod; y C: mi secretaria, Marina. Por supuesto, los tres son de la máxima confianza. Yo también te llamaré a este teléfono. Llévalo siempre contigo. No lo apagues para dormir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Muchas gracias.

—Estudiaré el procedimiento a seguir. Muy pronto tendrás noticias nuestras.

Sin embargo, David mostraba nuevamente un cierto encogimiento, tal vez un apocamiento de distinta naturaleza al que había experimentado hasta entonces.

Por fin se lanzó:

—En cuanto a los honorarios...

—¡Ah, claro! Los honorarios... —No es que el despacho nadara en tal abundancia que se olvidara de cobrar a sus clientes, pero esa era una cuestión que a Víctor siempre le costaba tratar, y que prefería delegar. Entre otras razones, por eso hubiera preferido que la reunión hubiera tenido lugar en su despacho—. No te preocupes, serán asequibles. De eso puedes estar seguro. Pero prefiero que esta cuestión la trates con mi secretaria. Ella te detallará todo por teléfono a partir del lunes. Por ahora es mejor que no haya nada por escrito. ¿Alguna otra cuestión que quieras preguntarme?

—No. Creo que está todo claro. —El empresario hizo amago de sacar la cartera para pagar las consumiciones, cuando Víctor le detuvo.

—Por favor, paga la casa...

—Gracias.

Los dos hombres se levantaron.

David Zorrozúa se mostraba visiblemente más tranquilo y reconfortado después de la larga entrevista.

A la salida estrechó efusivamente la mano de Víctor y se despidió en dirección hacia una cercana parada de taxis.

Al doblar la esquina con la calle de Hermosilla, desapareció de la vista del investigador.

Como todos los viernes, la Consultora Fosch cerró al mediodía.

Víctor y Rod tenían por costumbre poner punto final a la semana con una comida ligera en la pizzería *Mamma Mia*, situada en la calle Serrano, esquina con López Hoyos. Aprovechaban para comentar la marcha del trabajo en un ambiente más distendido que el del propio despacho.

El encuentro de ese día resultó ser monográfico, dedicado a David Zorrozúa.

La pizzería estaba decorada con unos ventanales oscuros que le daban un ambiente recogido. Fabio, el dueño, se acercó a saludar a sus clientes de los viernes:

—*Ciao! Come va?*

—Bien, Fabio, ¿y tú?

—*Bene, grazie. ¿Qué toman los señores? Tengo una lasagna bolognese estupenda.*

—Muchas gracias, yo prefiero una pizza *margherita*, como siempre —a Víctor no le gustaba

arriesgar en las comidas, y prefirió ir a lo conocido.

—Yo, como el jefe —bromeó Rod.

—*E per bere?*

—Yo tomaré una caña.

—Yo también, una caña.

—*Anche come il jefe, vero?*

—Exacto, como el jefe. Gracias, Fabio.

—*Presto! Due margherite e due cañas!*

Víctor continuaba inquieto, como cada vez que una vida se ponía en sus manos. Estaba pensativo y algo reconcentrado en sí mismo. Desde luego, ocuparse de la investigación de una infracción ya cometida, tratando de encontrar a los culpables, y de alcanzar para ellos una sentencia condenatoria, era muy distinto a velar por impedir la comisión de un crimen. La responsabilidad era notablemente mayor en este segundo caso. Ambas situaciones requerían poner en funcionamiento los cinco sentidos, pero las consecuencias derivadas de una negligencia o de un error eran infinitamente más graves cuando se trataba de proteger a una posible víctima.

—Te veo muy impresionado con el hombre del Norte —siempre hablaban en clave, por si hubiera oídos indiscretos en el local que frecuentaban—. ¿Tienes ya pensado cómo hincarle el diente al asunto?

—No. Es pronto aún. Lo pensaré este fin de semana.

—¿Vas a consultar con tus consejeros de cabecera? —bromeó Rod. Se refería a la inveterada costumbre de su jefe de relajarse con sus bonsáis. Poseía una notable colección de ellos. Ocupaban una soleada sala en la planta baja de su casa. Se entretenía podándolos y cambiándoles la tierra, mientras escuchaba música clásica a todo volumen. Entonces era cuando, por regla general, recibía las geniales intuiciones que le ayudaban a resolver sus asuntos más complicados.

—Sí, con mis consejeros de rigor. Aunque tendrá que ser por la mañana, porque este sábado por la tarde tenemos la celebración del cumpleaños de Patricia.

—¿De Patricia? ¿La fiesta de cumpleaños? Pero, si estamos en enero... —Rod era el padrino de Patricia, a la que Víctor y Silvia habían puesto ese nombre en honor de su mujer, americana de ascendencia irlandesa. Por eso sabía perfectamente que el cumpleaños de la niña era en diciembre, el día 30.

—Sí, pero como estas Navidades no pudo celebrarlo con sus amiguitas, tendremos la fiesta mañana.

—Está hecha toda una señorita. ¿Lo vais a celebrar en casa o fuera?

—En casa, a ver si por un día sale el sol... —pero, a pesar del profundo cariño que sentía hacia sus hijos, la mente de Víctor había regresado ya de nuevo al caso de Zorrozúa. En ese instante sus ojos miraban hacia un punto perdido en el infinito. Probablemente hacia los empleados de Teknomat, o hacia el acantilado por el que había «volado» Ramón Aguirre hacía doce años.

—¿Qué te ha contado ese hombre?

Víctor hizo un sucinto resumen de la conversación.

—¡Vaya! ¡El tipo tiene sus motivos para sentirse asustado!

—Sí. Y creo que esto no ha hecho más que empezar.

—¿Crees que las amenazas van en serio?

—Creo que sí.

—Después de tanto tiempo es muy extraño que sean los mismos, ¿no crees?

—Sí. Lo es. Pero está claro que quien quiera que sea, está perfectamente al tanto de lo que ocurrió. Eso nos favorece, pues limita mucho el círculo de personas a investigar. Pues, o se trata de la misma banda que acabó con su socio, o es alguien de su propio entorno familiar o laboral.

—¿Estás pensando en la hija del muerto?

—Por ahora podría ser cualquiera: la hija del muerto, un extraño, un empleado de la fábrica o... tal vez alguien más cercano aún...

—¿No estarás insinuando que su mujer...?

—No, no pretendo insinuar nada. Simplemente digo que tenemos un radio bastante amplio en donde investigar y que, mientras no avancemos más, no podemos dar nada por supuesto, y mucho menos descartar a nadie.

—¿Cuándo tienes pensado «subir» a San Sebastián?

—El mismo lunes. He hablado con Marina para que nos organice el viaje. Por favor, llámale a Aróstegui y dile lo que hay. Quizás le necesitemos. Por de pronto, que haga lo que quiera, pero que consiga los autos del accidente. —Álvaro Aróstegui era un joven abogado que colaboraba con el Estudio Fosch en Bilbao y sus alrededores.

—Muy bien.

—Todavía no me has dicho si viste algo en la cafetería o por fuera...

—Nada especial.

—¿Y entre la gente de la cafetería? ¿Qué me dices de la chica hippie?

—Sí, yo también pensé que podría ser una espía perfecta. Sólo que es miope.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estuvo a punto de meterse en la cocina cuando iba al lavabo.

Fabio llegó con las dos pizzas *margherita* y las dos cañas.

Si había algo que Víctor y Rod agradecían, era la rapidez del servicio en *Mamma Mia*. No era de esos restaurantes en donde hay que esperar indefinidamente antes de cada plato, y en donde una simple comida acaba eternizándose hasta la media tarde.

No tomaron postre, sólo dos cafés cortados.

Hacia las dos y media habían terminado, y se despidieron hasta el lunes.

—¡Buen fin de semana, Víctor!

—Igualmente, Rod, ¡que descanses! ¿Vais a ir a algún sitio?

—Karen quiere que vayamos de excursión a Toledo. Ya sabes, le encanta el arte. Además, me ha convencido para que vayamos a comer al Parador Nacional.

—¡Qué buen plan!

—Sí, no es malo.

—¡Que disfrutéis!

—¡Y que vaya bien la fiesta de Patty! Al menos mientras dure, no pienses en el señor Fernández...

—¡Gracias! Lo procuraré...

—¡Adiós! ¡Hasta el lunes!

—¡Hasta el lunes!

Rodrigo y su mujer, Karen, vivían en la cercana calle de Príncipe de Vergara. Por eso, Rod hacía a pie el diario trayecto al trabajo.

Llevaba casado apenas unos meses, desde octubre.

Karen, a pesar de ser americana, había conocido a Rod en Madrid, durante una estancia de

tres meses para mejorar su español. Se vieron por primera vez durante una fiesta en la cercana población de Miraflores de la Sierra, y a partir de ahí comenzaron a salir juntos.

La muchacha pronto descubrió que, además de estar enamorada de Rod, comenzaba a estarlo también de España. Así que, al poco organizaron las cosas para la boda que, a modo de despedida, se celebró en una bonita iglesia de su Chicago natal, en el barrio de Beverly, acompañada del cariño de su familia, y de la nutrida comunidad irlandesa a la que pertenecía.

Víctor caminó desde la pizzería hasta el despacho. Una vez allí, montó en el coche, y tomó la circunvalación de la M-40 para recorrer los aproximadamente veinte kilómetros que le separaban de su casa de Pozuelo de Alarcón, al Oeste de Madrid.

Seguía lloviendo. Una lluvia fría, entremezclada con algunos copos de nieve acuosa, que parecían estallar al estrellarse contra el parabrisas.

Cuando pulsó el mando de la cancela mecánica del jardín eran las tres y veinte de la tarde. Ahí estaba Silvia esperándole.

Silvia tenía un cómodo empleo a media jornada en una agencia de publicidad ubicada en el propio Pozuelo. Le gustaba su trabajo, pero su auténtica pasión era su familia. Solía decir que con su familia y unos cuantos libros, podría irse a vivir al fin del mundo.

Le gustaba tanto leer, que había llegado a ser una persona cultivada como pocas. Cuando Víctor se encontraba atascado en un asunto, le gustaba consultar con ella, pues su punto de vista, siempre complementario al suyo, contribuía a dar un nuevo empuje a la investigación.

Silvia era alta, casi más alta que Víctor, y su pelo rubio contrastaba con el pelo negro azabache de su marido.

La mujer había salido a la puerta a recibirle:

—¿Cómo le han ido las cosas al mejor abogado del mundo?

—Bien —contestó Víctor tratando de mostrarse animoso.

Pero ella percibió que había algo que le abrumaba más de lo habitual.

Un Ford Mustang destartalado abandonó la autopista a la altura de Eibar, una conocida localidad industrial situada a mitad de camino entre San Sebastián y Bilbao. Continuó unos cuantos kilómetros a lo largo de pequeñas carreteras comarcales, cada vez más estrechas y poco frecuentadas.

Ahora avanzaba muy despacio por un terreno desigual, en donde el asfalto había quedado muy deteriorado por la vegetación y por el paso del tiempo. Había quedado reducido a un vago recuerdo de que, en aquel lugar, en el pasado, alguna vez hubo una carretera.

—¿Estás seguro de que es aquí? ¡Vaya un sitio más mugriento! ¡Parece una fábrica abandonada de las que salen en las pelis!

—¡Es que es una puta fábrica abandonada!

—¿Y para qué nos cita aquí? Y además de noche...

—Porque no quiere que nadie nos vea. Y no hagas más preguntas estúpidas, me estás poniendo malo...

—¡Vale, vale! Me callo.

Mientras se aproximaba al destino, los faros iluminaban uno de los muros laterales de la antigua fábrica. La pared estaba llena de grafitis. Pero la pintura llevaba tanto tiempo ahí, que los dibujos habían sido parcialmente borrados por el moho y la humedad.

En cuanto el coche se detuvo, el tipo que no dejaba de hacer preguntas salió precipitadamente por la puerta del copiloto. Parecía muy nervioso. Siguió los pasos del que parecía ser el jefe, o el que, al menos, demostraba mayor temple y experiencia, y que, en cualquier caso, llevaba la voz cantante.

—¡Joder! ¡Este sitio no me gusta nada!

—¿No te he dicho que cierres el pico? Como vuelvas a abrir la boca te rajo aquí mismo. Tú mantén la boca cerrada y déjame manejar este asunto a mí.

Caminaron algunos metros sobre un barrizal medio helado y sembrado de escombros, en su mayoría ladrillos y cristales rotos. Iban sin linterna, pues la noche estaba serena, y las estrellas permitían distinguir las formas a algunos metros de distancia.

El frío era cortante.

Al asomarse al interior del edificio, se enfrentaron a una oscuridad total: aquello era lo más parecido a la boca de un lobo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó el jefe en voz alta, tratando de aparentar un dominio de la situación del que carecía por completo.

El silencio de la noche se les antojó a los dos hombres más denso que nunca.

—¿Hay alguien? —repitió, esta vez con algo menos de convicción. De hecho, su voz sonó excesivamente aguda a sus propios oídos.

—¿Cuántos venís? —respondió una voz ronca y dura desde las profundidades de la fábrica.

—Sólo dos, como habíamos quedado.

Un potente haz de luz, procedente del interior, se encendió repentinamente, como por arte de magia, deslumbrando a los recién llegados.

—¿Quién os envía?

—Aitor.

La luz brillaba con gran intensidad, impidiéndoles ver con quién hablaban.

—¿Estáis al corriente de cuál es vuestra misión?

—Sí, claro, él nos ha explicado el trabajo a fondo.

—Muy bien. El día fijado es el martes de la próxima semana. Al mediodía. Cogeréis la pasta y la llevaréis a donde se os comunicará. En el destino habrá alguien esperándoos. ¡Ah! El precio acordado con Aitor es exactamente el que os repartiréis entre vosotros. En la proporción que hayáis convenido con él. Eso no es asunto nuestro. Pero si os pasáis de listos y tratáis de quedaros con un solo céntimo más, tened la completa seguridad de que sois hombres muertos. La Loba sería capaz de perseguiros hasta el fin del mundo si hiciera falta. Si nos traicionáis, estad bien seguros de que nunca jamás, en el resto de vuestras malditas vidas, podréis volver a dormir a salvo. Espero haber hablado con la suficiente claridad...

—Sabemos cumplir con nuestra palabra.

—Palabra o no palabra, estáis avisados...

»Y si os trinca la poli, más os vale mantener el pico bien cerrado. Si os cogen, es vuestro problema, vosotros pagáis el pato. ¿Entendido? Nosotros no existimos, no nos conocéis. En la cárcel o fuera de ella, si os vais de la lengua, sois también hombres muertos.

—No sabemos quiénes son ustedes, así que no podremos delatarles.

—Mejor así para todos. —El desconocido subrayó con especial énfasis las dos últimas palabras— De cualquier modo, no debéis ir por ahí diciendo que nadie os ha contratado. Vosotros sois los únicos responsables de vuestras acciones. Podéis también decírselo a Aitor de mi parte.

—Se lo diremos.

—Recordad: el martes a las 11h 00 recibiréis las instrucciones. Y ahora, ¡largo de aquí!, ya hemos tenido suficiente cháchara por hoy.

Ninguno de los dos hombres se atrevió a pronunciar una sola palabra hasta que no hubieron regresado de nuevo al coche y se hubieron alejado un centenar de metros de allí.

—¡Joder, qué tipo! Mejor será que todo salga bien a la primera, o me parece que nos vamos a meter en un buen lío.

El que parecía el jefe no contestó, tenía el ceño fruncido y parecía meditar muy concentrado. La conversación en la fábrica le había bajado un poco los humos. Quizás él también estuviera asustado.

De cualquier modo, cuando por fin respondió, trató de mostrarse positivo:

—Es mucho dinero: cien mil para cada uno. Y el trabajo no es difícil. No te pongas nervioso, el golpe saldrá bien y nos olvidaremos de ese tipo y de la tal Loba para el resto de nuestros días.

—Eso espero. Creo que son muy capaces de cumplir con sus amenazas. No parecía hablar por hablar.

—No, no hablaba a la ligera. Eso está claro. Pero ya te he dicho que todo saldrá bien. No le des más vueltas. Haremos el trabajo, cobraremos el dinero y nos olvidaremos de todo.

Eduardo Zorrozuía —el hijo de David— y Virginia comían juntos en el comedor de la empresa.

Ocupaban una mesa del fondo, junto a la ventana, desde la que había una bonita vista de las verdes montañas guipuzcoanas.

—¿Qué te pasa, Lalo? ¿Estás preocupado? Últimamente te veo muy pensativo.

Eduardo se sobresaltó un poco ante una pregunta tan directa, que no se esperaba. Hacía tiempo que trataba de ocultar su inquietud ante la muchacha, pero comprendió que era inútil tratar de seguir disimulando. Además, necesitaba desahogarse con alguien. Así, a pesar de que ella era el objeto principal de sus preocupaciones, terminó por hablar:

—Verás, Virginia, se trata de mi padre. No está nada contento contigo.

—¿Ha habido algún fallo contable?

—No. No es eso. Es que no quiere que salgamos juntos. Desde el primer día en que fuimos al cine comenzó a informarse de ti. Y se enteró de tu pasado político en Herri Batasuna¹. Ya sabes que él está en las antípodas del nacionalismo vasco.

—Pero... sabes que ya no milito en la izquierda abertzale². En mi caso eso no fue más que una especie de arrebato juvenil...

—Sí, pero él no lo entiende así. Además, en tu familia sigue habiendo gente muy significativa en el mundo terrorista.

—Bastante desgracia tenemos con lo de mi hermano, para que vengas a echármelo en cara.

—No te estoy echando nada en cara, Virginia. Me has preguntado por la causa de mi cara sombría y te lo estoy explicando. Si te lo digo es porque te quiero y confío en ti. Hay un refrán que dice que las penas compartidas son la mitad de dolorosas.

Virginia trató de sonreír, pero se le veía afectada.

—¿Qué pretendes que hagamos, Lalo? ¿Acaso me estás insinuando que rompamos?

—De eso ni hablar. Y si tú estás dispuesta a afrontar las dificultades, yo también.

—No me asusta tu padre. Ni siquiera mi permanencia en la empresa.

—De aquí no te moverá. De eso me encargo yo.

Pero la chica comprendió que Eduardo no se lo había dicho todo. Había algo más que le abrumaba. Permaneció en silencio a la espera de que siguiera hablando.

—Entonces, ¿eso era todo...?

—Bueno, en realidad hay otra cuestión más que me también me tiene bastante alterado. Creo que es una tontería, pero...

El joven comprobó que le costaba hablar de esta segunda cuestión, incluso más que de la primera. No porque no tuviera confianza en la muchacha, sino simplemente porque, tal vez, en el fondo creía que todo aquello era una solemne tontería. Una broma de mal gusto. Y temía que Virginia se burlara de él, o le considerara un inmaduro por tomárselo tan en serio.

Aún y todo, una vez que hubo comenzado el relato, se vio obligado a continuar:

—Lo que ocurre es que el aítá³ ha recibido una serie de mensajes amenazantes y...

—¿Una carta de ETA?

—No. Delincuentes comunes, si es que llegan a eso. Le piden dinero a cambio de seguridad. ¿Sabes? En realidad yo no me lo creo, pero no puedo evitar darle vueltas en la cabeza, sopesando a cada rato quién ha podido gastarnos una broma tan pesada. El problema es que mi padre lo está pasando muy mal. Ya padeció mucho con lo de su socio Ramón —Virginia estaba al corriente de los robos y de la extraña muerte del antiguo socio de Teknomat— para que ahora nos venga alguien a molestar con una carta de tan mal gusto...

La muchacha puso una mano sobre la de Eduardo y le dijo en un tono consolador:

—No te apures, Lalo. Seguro que es un antiguo trabajador resentido, o alguien que, por lo que sea, os quiere mal. He oído hablar de algunos casos parecidos. Suelen ser empleados quejosos

con la empresa en la que trabajan o en la que trabajaron. Sobre todo si han sido despedidos. Lo hacen por rencor, por molestar, pero son incapaces de ir más allá.

El joven se alegró mucho de escuchar estas palabras. Virginia tenía mucho sentido común, y una gran capacidad de intuición, por eso el heredero de Teknomat confiaba más en su criterio que en el suyo propio.

—Eso creo yo también. Le dije al aitá que, si se lo tomaba tan en serio, debía ir a la policía, pero me contestó que era peligroso, que le habían amenazado con matar a alguien de la familia si lo hacía.

—Claro, puestos a amenazar, pueden decir lo primero que se les ocurra.

—Me parece que el aitá ha ido a entrevistarse con un detective de Madrid. No deja de ser una vía intermedia. Ni ha ido a la policía, ni se ha quedado de brazos cruzados.

—¿Un detective? Yo creía que los detectives sólo se dedicaban a espiar infidelidades matrimoniales o ausencias laborales, o cosas por el estilo...

—Por lo que me ha contado, es una empresa con cierto prestigio. La dirige un abogado que se hizo famoso a raíz de unos casos que resolvió magistralmente.

—¿Te refieres a Bosch, o algo así?

—Sí, algo así.

—Bueno, si este abogado es capaz de devolver la tranquilidad a tu padre, bienvenido sea.

—Sí. Supongo que nos cobrará una pasta, pero la tranquilidad también tiene su precio.

—¡Claro! Ellos sabrán cómo gestionar el problema. ¿No te parece?

—Sí, pero cuando llegue a casa y le vea al aitá tan hundido, sé que me volverá a afectar. A veces pienso que está envejeciendo prematuramente. Me da pena verle así.

—¿Y la amá⁴ qué dice?

—Mi padre la ha enviado a Alicante, a pasar unos días con mi tía Rosario.

—¿Por qué no les convences para que se cojan una buena temporada de descanso y se vayan a algún lugar lejano y exótico? Un cambio radical de aires...

—Totalmente de acuerdo. Pero a ver quién es el guapo que le convence. Tal vez cuando todo esto haya terminado, pero ahora mismo yo creo que a mi padre no lo despego de aquí ni con agua caliente...

En ese momento entraron en el comedor dos trabajadores extranjeros que, desde que tenían permiso de residencia en España y todos los papeles en regla, habían comenzado a dar problemas. Uno de ellos era marroquí, y el otro colombiano. Sus miradas se cruzaron con la de Virginia. Había algo amenazante en ellas. Una especie de aire retador y burlón a un mismo tiempo. Nada bueno en todo caso. Eduardo estaba de espaldas a los recién llegados y no pudo percibir nada.

Virginia mantuvo firme su mirada, y guardó silencio.

Cierra la puerta, por favor, hace frío.

—Es que tienes una visita, Isabel.

—¿Una visita? Si Mentxu está en Alicante... No me digas que ha vuelto ya...

—No, no es Mentxu. Es un señor. Un antiguo amigo de Ramón, ha dicho que se llama Regidor o Regente o algo así, dice que está de paso en San Sebastián y que ha venido a conocerte.

—¡Un amigo de Ramón! ¿Quién podrá ser? No me suena ningún apellido como el que has dicho. Pero dile que pase.

Isabel Dorronsoro, la viuda de Ramón Aguirre, pasaba la mayor parte del día en una agradable y soleada salita con mirador que daba a la calle Hernani, en San Sebastián. Se distraía con su costura y contemplando a ratos la animación de la calle, desde su seguro refugio hogareño. A partir de la muerte de su esposo apenas salía de casa. Sólo consentía en hacerlo muy de vez en cuando, y siempre acompañada de Mentxu —la mujer de David Zorrozúa— o de su hermana Lourdes, con la que vivía, y que era quien acababa de anunciar la inesperada visita.

El tal señor Regidor o Regente resultó llamarse Antonio Tutor. Era un hombre en torno a los setenta, que se conservaba muy bien, tanto de salud como de aspecto. De hecho, su cutis bronceado le dotaba de un cierto aire de hombre vividor. No venía solo, venía acompañado de un caballero algo más joven, de algo más de cincuenta años, al que presentó como un cliente ruso que había venido a hacer negocios a España, y al que no había podido quitarse de encima. Ante esta última afirmación, al comprobar que las buenas mujeres se sobresaltaban por la descortesía que suponía, Tutor se apresuró a aclarar:

—No, no se preocupen, no habla ni una palabra de castellano, ni de nada que no sea ruso.

Se llamaba Vólkov y, efectivamente, no abrió la boca en toda la reunión. Se limitaba a sonreír cada vez que entendía que la ocasión lo requería. Tampoco tuvo a bien quitarse su *ushanka* o gorro ruso. Parecía una esfinge inmóvil detrás de sus gafas oscuras y de su poblado bigote.

Las anfitrionas se desvivieron por atender a los visitantes lo mejor que pudieron.

Isabel era una gran conversadora. Mientras ella hablaba con Tutor, su hermana no paraba de trajinar en la cocina, yendo y viniendo con todo tipo de bebidas y de canapés para picar.

El ruso, tal vez para no parecer descortés, se bebió tres copas de coñac.

Tutor, más comedido, se limitó a tomar una cerveza.

—Así que conoció usted a mi pobre Ramón.

—Ya lo creo, señora, fuimos grandes amigos. ¿De verdad no recuerda usted mi nombre?

—Pues, ahora que lo dice, sí que me suena haber oído mencionar ese apellido —mintió Isabel—. Es usted de Madrid, ¿verdad?

—Sí, señora. Y allí fue donde conocí a Ramón. Hubo una temporada, usted lo recordará, en la que él venía con mucha frecuencia por la capital.

La pobre Isabel no pudo evitar emitir un hondo suspiro.

—¡Pobre Ramón! ¡Qué final tan triste tuvo! Él, que era tan bueno...

Tutor se quedó un rato en silencio, sin saber qué decir. Se hizo un silencio incómodo. El ruso aprovechó para beber otro trago de coñac.

Cuando Lourdes regresó de la cocina con la última bandeja, se sentó para quedarse y trató de animar la conversación:

—Así que este señor es un antiguo amigo de Ramón...

—No sabe usted el gran aprecio que nos teníamos. Y él me habló tanto de Isabel, que me ha parecido una descortesía venir a San Sebastián y no hacerle una visita. Pero... ¡qué tonto!, por poco se me olvida. Les he traído un pequeño obsequio.

—¡Bombones de Leónidas! ¡Qué atento! —exclamó complacida Isabel.

—Es sólo un detalle...

—Son mis chocolates favoritos. Solíamos comprarlos en la tienda de la calle Easo, muy cerca de aquí. Pero como ahora apenas salgo...

—No sabe usted lo que me alegra haber acertado.

—A Ramón también le gustaban mucho.

La buena mujer estaba punto de echarse a llorar. Tutor se dio cuenta de ello y terció con habilidad:

—Hay que ver lo bonito que es San Sebastián. ¡Y vaya vista que tienen ustedes desde aquí...!

—Eso que hoy el tiempo es muy malo, si viera usted la ciudad con buen tiempo... ¿Es la primera vez que viene?

—No, qué va: he estado en alguna otra ocasión, pero es que cada vez que vuelvo no dejo de asombrarme. Esa bahía tan bonita, con los montes que le rodean... El conjunto es una preciosidad. Le dan ganas a uno de venirse a vivir aquí.

—¿Y por qué no se viene? —preguntó ingenuamente Isabel.

—El señor tendrá responsabilidades, mujer e hijos, probablemente —terció Lourdes.

—Así es..., como saben en esta vida no siempre puede hacerse lo que uno quiere. Hay tantas obligaciones que atender...

—¿A qué se dedica usted, si no es indiscreción? ¿Sigue trabajando en la máquina-herramienta?

—No, aquello ya lo dejé hace años. Ahora me dedico a negocios internacionales: temas de importación y exportación.

—¡Qué interesante! Viajará usted mucho...

—Pues no se crea que tanto. Son los negocios los que viajan, yo más bien permanezco quieto en mi base de operaciones...

—Pues tiene usted un color envidiable. Nadie diría que se pasa el día encerrado en una oficina...

—Bueno, es que las comunicaciones han avanzado una enormidad. Hoy en día se puede trabajar desde la terraza de una cafetería.

—¿No me querrá hacer creer que trabaja usted así?

—No, claro que no, pero con un par de horas al día de trabajo, el resto del día lo paso al aire libre.

Continuaron un buen rato hablando de cuestiones un tanto insustanciales. No era fácil mantener una charla en torno a Ramón Aguirre sin terminar hablando de su trágico desenlace o sin que Isabel se enterneciera y se le saltaran las lágrimas.

Hasta que Tutor decidió poner punto final a la entrevista:

—¡Uy qué tarde es! Nos tenemos que ir. ¡Qué pena! Con lo bien que estábamos aquí. Pero tenemos una reunión de trabajo que no podemos desatender. Este señor ha venido desde Rusia sólo por ella.

—Bueno, pues sí que es una lástima que se vayan, con la de cosas interesantes que dice usted, y con lo bien que lo estábamos pasando.

Tutor y el ruso se levantaron y lo mismo hicieron las señoras.

Mientras acompañaban a los visitantes a la puerta, Isabel agradeció una vez más los bombones y preguntó:

—¿Van a estar muchos más días en San Sebastián?

—Es posible.

—¿Vendrán a despedirse, antes de marcharse?

—No se lo puedo prometer, señora. Pero crea que nada me alegraría más. No saben cómo me alegro de haberles conocido.

—Nosotras también. Ya saben en dónde tienen su casa.

Una vez que se hubo cerrado la puerta del ascensor, Lourdes exclamó:

—Hay que ver qué par de tipos tan raros.

—¿Raros? ¿Cómo se te ocurre decir eso de una gente tan buena y considerada?

—Porque ha sido una visita extraña. Después de tantos años, aparecer así, de repente, ¿no es raro? Yo me pregunto: ¿por qué no vino a verte en el funeral o en el entierro?

Entre gimoteos, con una mezcla de dolor y enfado, Isabel exclamó:

—Porque había mucha gente y era imposible que todos pudieran darme el pésame. ¿Lo has olvidado ya? Además, yo no estaba para nadie en aquellos días.

Lourdes recapacitó. Tal vez su hermana tuviera razón. Tal vez se hubiera excedido en su comentario.

David Zorrozúa se dispuso a responder a la llamada de su móvil. Provenía de un número oculto. Se temió lo peor. Eran poco más de las 9 de la mañana del lunes.

—¿Diga?

—¿David Zorrozúa?

—Sí, yo soy.

—Llamo de la Compañía de Seguridad. Le llamo para recordarle que ha expirado el plazo para que haga usted el pago de la primera entrada.

—Sí. Bueno, tengo casi todo el dinero preparado, pero estoy encontrando algunas dificultades con los bancos..., tiene usted que comprender que no es tan fácil, estoy tratando de evitar que nadie sospeche y...

—Déjese de lloriqueos. No le valdrán de nada. Sabemos perfectamente quién es usted y lo que factura su empresa. Lo que le hemos pedido es calderilla.

—Pero es que...

—Su seguridad y la de su familia bien valen lo que le hemos pedido y mucho más... Ahora escúcheme bien. Mañana a las 11h 00 de la mañana le volveré a llamar. Le diré dónde y cuándo deberá efectuar la entrega. Acudirá usted solo. Llevará el dinero en una maleta de viaje. Ochocientos mil exactos. En billetes de cincuenta. Si algo saliera mal o usted intentara traicionarnos, alguien de su familia lo pagará con la vida.

—¡Pero oiga! ¡Yo no puedo...!

Había colgado.

Muy nervioso, David tomó el teléfono encriptado que Víctor Fosch le había entregado, y marcó. Se equivocó tres veces antes de escuchar al otro lado una voz amiga que, en medio de su inmensa zozobra, le dio un mínimo de confianza:

—Dime David, ¿hay novedades?

—Sí. Acaba de llamarme ese hombre. Debo realizar la entrega mañana.

—¿Mañana?

—Sí, pero no ha precisado la hora ni el lugar. Tampoco ha atendido a razones cuando le he dicho que aún no tenía la totalidad del dinero en mi poder. Se ha limitado a amenazarme con la muerte de alguien de mi familia si algo saliera mal...

—Pero tienes el dinero, ¿no?

—Sí.

—¿Dónde estás ahora?

—En mi empresa, en Urnieta.

—¿Podrías recibir a mi socio Rodrigo Sotomayor en calidad de asesor de Seguridad y salud laboral?

—Sí, claro.

—Pues entonces no te muevas de tu despacho. En algo menos de una hora estaremos allí contigo. Yo me presentaré como su ayudante.

—Gracias. Aquí os espero.

Víctor había contestado a la llamada de su cliente desde un coche alquilado en el que hacía la ruta Bilbao-San Sebastián por la autopista A-8, en compañía de Rod.

Ese lunes a primera hora habían aterrizado en el aeropuerto de Sondica, en Vizcaya. Álvaro Aróstegui, su corresponsal en Bilbao, les había estado esperando a su llegada.

Les condujo directamente hasta la sede de su despacho, en la calle Colón de Larreátegui número 28.

Nada más subir al vehículo, Víctor saludó efusivamente a su brazo derecho en el País Vasco:

—Gracias por venir, Álvaro, hacía tiempo que no nos veíamos, ¿eh?

—Desde octubre, cuando estuve en Madrid.

—¿Sabes que te veo más gordo?

—No me extraña, después de las Navidades... He intentado cuidarme un poco, pero es imposible: entre los polvorones, los turrónes, el pavo, el roscón de Reyes...

—Para, para —le interrumpió Rod—, que con las prisas apenas he desayunado y me estás dando un hambre que me muero.

—Ahora tomarás algo en el despacho —le animó Víctor—. Yo también estoy casi en ayunas. Supongo que seguís teniendo esas pastas tan buenas que tomáis con el café, ¿no, Álvaro?

—Sí. Son caseras. Las hace Maite —Maite era la secretaria. Una mujer que frisaba los sesenta y que cuidaba de los abogados de Bilbao como una auténtica madre.

A pesar de la hora y de la fina lluvia, tan característica de la costa cantábrica, el tráfico estaba bastante descongestionado, y en apenas algunos minutos llegaron a su destino.

Como era de esperar, Maite les recibió con una gran cordialidad.

Sin necesidad de que nadie le dijera nada, al entrar en la sala de reuniones, los tres amigos se encontraron con que una bandejita de pastas y un termo de café caliente les estaba ya esperando sobre la mesa.

—¡Esta Maite es excepcional! —exclamó Rod mientras se llevaba la primera pasta a la boca—. Le voy a decir que me dé la receta, a ver si Karen se anima, ella es muy buena repostera.

—Mi mujer y yo también lo hemos intentado, pero con escaso éxito. Maite tiene una mano especial... ¿Un poco de café?

—Sí gracias, cortado, por favor.

Después de acomodarse y de engañar un poco el hambre con el café y las pastas, Víctor introdujo el tema que les había llevado hasta allí. Se trataba de establecer el plan de trabajo para aquellos días.

—Vamos a ver. He tratado de poner un poco de orden en lo poco que sabemos, y he llegado a las siguientes conclusiones: no podemos descartar que estemos ante una auténtica banda de profesionales del crimen, ante un grupo criminal mafioso que, del mismo modo que acabó con la vida del socio de Zorrozúa -o que le asustó de tal manera que le llevó a suicidarse- pueda ahora asesinar a nuestro cliente.

—Pero tú no crees que ésta sea la verdadera hipótesis, ¿me equivoco? —le preguntó Álvaro.

—No te equivocas. En mi opinión, hay demasiadas cosas extrañas en la vida y en la muerte de Ramón Aguirre. Demasiadas piezas que no encajan. Su vida va por un lado: juergas, apariencia de vividor, tren de vida derrochador..., y por otro, deja una carta que trata de hacer creer a su entorno que él era un bendito y que, en realidad, había sufrido lo indecible, acosado por unos matarifes de los que, según la policía, no había ni rastro de que operaran por estos lares.

—¿Quién si no podría estar detrás de su muerte?

—No lo sé. Y por ahora no me preocupa. Quiero decir: sin duda es importante saber quién lo mató, o quién fue el culpable de que se suicidara, pero no debemos perder de vista que nuestro verdadero objetivo es saber quién está amenazando a nuestro cliente.

—¿No crees que sean las mismas personas?

—Pueden serlo y pueden no serlo. Desde luego, es alguien que conoce bien lo que ocurrió con Ramón Aguirre.

—Eso señalaría a la hija del muerto como la principal sospechosa —apuntó Rod.

—Así es. Aunque, a mi modo de ver, eso sería demasiado fácil.

—¿Demasiado fácil?

—Sí. David Zorrozúa nos dio a entender que la única hija de Aguirre no es trigo limpio. Incluso puso en duda que siguiera con vida. Pero eso no significa que sea tonta. Y, desde luego, creo que si la persona que está detrás de todo esto es ella, entonces demostraría que, además de ser una delincuente es, efectivamente, muy tonta.

—¿En qué sentido?

—Podría acosar a miles de empresarios en todo el mundo antes que al socio de su padre. Amenazar a David Zorrozúa haría que, en el momento en el que apareciera en escena, todas las sospechas recayeran inmediatamente sobre ella. Desde luego, se convertiría en la sospechosa número uno.

—No sé por qué, ésta es la segunda vez que me parece que sospechas de la mujer de Aguirre.

—No, tampoco lo veo. Salvo que ella fuese una actora consumada. Pero vas demasiado de prisa. No adelantemos acontecimientos. Lo que quería decir es que por ahora debemos atenernos a un sencillo plan. Un plan tan simple como el siguiente: tú, Álvaro, debes conseguir y estudiar a fondo los autos de la muerte de Ramón Aguirre; mientras tanto, Rod y yo nos introduciremos en el paisaje diario de David Zorrozúa; y por supuesto seguiremos de cerca las... «comunicaciones» entre el criminal y nuestro cliente.

—Estamos desde el jueves tras los autos, en principio Igor los conseguirá a lo largo de esta semana. Al menos, él así lo espera —apuntó Álvaro. Igor Prado era uno de los abogados del despacho de Bilbao.

—¿Quieres decirme que ya estáis tras ellos? ¡Sois los mejores...!

Como buen vasco, Álvaro se avergonzó un poco ante el cumplido.

—Bueno, espero que Igor no nos deje en mal lugar...

—Magnífico. Dile que, en cuanto los tenga, nos avise inmediatamente para que podamos reunirnos con él. Creo que por nuestra parte debemos salir hacia San Sebastián cuanto antes.

—Os he alquilado un coche. Lo tenéis aparcado en el garaje.

—Ahora ya sé por qué trabajamos con vosotros: no tenéis rival...

—No nos halagues tanto, que me vas a sacar los colores...

Mientras salían de la sala de reuniones, Rod le preguntó a Víctor:

—¿Has pensado ya en cómo me voy a confundir con el paisaje de Urnieta?

—Sí. ¿Qué tal se te da la Seguridad y salud laboral?

—Fatal...

—Pero hiciste un curso, ¿no?

—Por lo menos hace ya cuatro años.

—Pues tendrás que desempolvar los conocimientos que adquiriste. Hablaré con Zorrozúa para que te reciba ante todos como a un experto en el tema, alguien que deba verificar que se cumplen

en su empresa todas las normas. Así podrás funcionar con libertad y naturalidad por toda la empresa. Quiero que palpés un poco el pulso: el ambiente entre los trabajadores: si hay tensiones, cordialidad o distanciamiento respecto de la dirección, en fin, sabes muy bien a lo que me refiero...

Cuando Víctor y Rod hicieron su entrada en el recinto privado de Teknomat estaban a punto de dar las 12h 00 del mediodía. Aparcaron el Volkswagen Golf que Álvaro les había alquilado en una de las plazas para visitantes, y se dispusieron a introducirse en el ecosistema de David Zorrozúa y, tal vez, también en el de sus chantajistas.

Nada más bajarse del coche, fueron recibidos por un súbito y violento chaparrón de granizo, otra de las especialidades del cambiante clima del País Vasco, especialmente en invierno.

Corrieron a refugiarse a la puerta del inmueble, en donde se detuvieron jadeantes.

Aunque la imagen de Víctor no era tan conocida como para temer ser reconocido por nadie, se puso unas gafas sin graduación que le conferían un aspecto notablemente distinto al habitual. Dadas las circunstancias, consideró oportuno extremar las precauciones.

La empresa ocupaba tres enormes pabellones industriales de diseño vanguardista. El conjunto era llamativamente elegante y limpio.

La zona más noble, dedicada a las oficinas, ocupaba la parte delantera del pabellón central.

—¡Caramba, Víctor! Teknomat es toda una empresa.

—Sí. Da una buena impresión.

Después de traspasar un primer ambiente acristalado que aislaba el hall del exterior, se encontraron con la zona de recepción, donde fueron recibidos por Olga, la secretaria encargada de atender a las visitas.

—Buenos días. Queríamos ver a D. David Zorrozúa. Creo que nos está esperando. Soy Rodrigo Sotomayor, de Inspección en Seguridad y salud laboral.

—Veré si le puedo localizar. Hagan el favor de esperar un momento.

La mujer salió de su recinto y les acompañó hasta una de las salas de visitas de la entrada. Era la misma sala que, en su día, había ocupado Virginia Iturrioz antes de ser entrevistada por Eduardo Zorrozúa y pasar a incorporarse a Teknomat.

La recepcionista no tardó en regresar.

—El Sr. Zorrozúa les espera en su despacho. Síganme, por favor.

Pero no hizo ninguna falta, porque David, queriendo mostrarse lo más hospitalario posible con su verdadera empresa de seguridad, acudió a recibirles personalmente.

Supo guardar las formas delante de su empleada, lo cual impresionó muy positivamente a Víctor: en lugar de saludarle a él en primer lugar, representó a la perfección su papel y se dirigió a Rod, que se presentó con un sonoro:

—Rodrigo Sotomayor, experto en Seguridad y Salud Laboral. Éste es mi ayudante, Víctor García.

—Encantado. —Les estrechó efusivamente las manos a ambos—, pasen por aquí, por favor.

Caminaron hasta el despacho de David sin perder por un instante el aire de seriedad y cortesía que sería propio de una visita profesional de aquellas características.

Ninguno de los tres hombres cedió un ápice en su representación teatral hasta que hubieron franqueado la puerta y ésta se hubo cerrado tras ellos. Sólo entonces, David se permitió decir

aliviado:

—¡Gracias a Dios que estáis aquí!

—Relájate, David. Ten por seguro que no te vamos a abandonar ni un instante hasta que todo esté asunto esté definitivamente solucionado.

—Muchas gracias, Víctor. A mi edad no se está preparado para grandes emociones. Pero sentaos, por favor. ¿Queréis tomar algo? ¿Un café?

—Sí, la verdad es que no nos vendría mal. Yo tomaré un café con leche.

—Que sean dos —añadió Rod.

Se sentaron y David ordenó los dos cafés por teléfono. También llamó a su hijo al que, a pesar de sus reticencias, presentó durante unos minutos a los detectives.

Cuando Eduardo se marchó, Víctor le pidió al empresario que les hiciera una descripción lo más exacta posible de la conversación que había mantenido esa mañana con los chantajistas.

Sólo en el momento en el que Olga entró con los cafés, todos cambiaron momentáneamente de conversación, recuperando el estilo envarado y formal de una visita de inspección.

Contrariamente a su costumbre de tomar el café sin azúcar, Víctor se sirvió un par de terrones. «*Necesitaba cargar el cerebro de glucosa*», se dijo a sí mismo.

Mientras revolvió el café a conciencia, David terminó de reconstruir su conversación telefónica. No se dejó nada fuera del tintero.

Víctor tomó entonces la palabra con el tono de voz suave y seguro que Rod conocía tan bien, y que sabía transmitir tranquilidad y confianza a los clientes.

David escuchaba sin pestañear y, a pesar de lo grave de las circunstancias, daba la impresión de que el mensaje de Víctor iba logrando su objetivo de serenarle.

—Mañana a las 11h 00 te llamarán y te citarán en algún lugar de conveniencia del o los chantajistas. Al elegirlo buscarán que reúna principalmente dos características: la primera, que sea un lugar abierto, un lugar en el que no sea fácil prepararles una encerrona. Siempre les queda la duda de que finalmente hayas decidido acudir a la policía... La segunda característica que debe reunir el emplazamiento es que les permita una fácil huida. Por eso opino que elegirán un paraje despoblado o, mejor aún, un entorno urbano máximamente transitado.

—¿No les conviene más en despoblado?

—En ocasiones es lo que ellos mismos creen. Pero si se trata de una zona rural, las carreteras suelen ser malas y llenas de curvas. Las leyes de Murphy también se cumplen para los delincuentes —aquí Víctor se permitió esbozar una leve sonrisa—. Por el contrario, en plena ciudad, en un lugar bullicioso y muy concurrido, resulta tal vez más fácil huir, mezclado entre el gentío y, si han preparado las cosas bien, les es relativamente sencillo desaparecer en un garaje, un portal, un centro comercial con varias entradas y salidas... ¿me sigues, David?

—Sí, claro. Pero, entonces, si les entregamos el dinero y consiguen evadirse... ¿estamos perdidos!

—Alto, alto. Nadie ha dicho que vayan a ser capaces de escaparse así como así.

—Ah ¿no? ¿Y si se escabullen entre la masa y no sois capaces de seguirles?

—Siempre les tendremos localizados. Colocaremos un emisor con GPS en la maleta.

—Pero en cuanto lo vean montarán en cólera y...

—No lo verán, David. Es un chip del tamaño de una lenteja. Parecerá un tornillo. Para descubrirlo tendrían que dedicarle un tiempo del que carecen. Por ese lado puedes estar tranquilo.

—¿Y si vacían el dinero y abandonan la maleta en un basurero?

—Eso es muy probablemente lo que harán, pero no antes de que hayan llegado a un lugar

seguro en donde puedan realizar el cambio. Y eso nos proporcionará una información valiosísima: por ejemplo, la del propietario del inmueble en donde se han guarecido. No me imagino a estos tipos vaciando el dinero en la mesa de un bar a la vista de todo el mundo...

—¿Y si sospecharan de la existencia del chip y se detuvieran en un descampado para realizar el cambio a otra maleta?

—Para entonces nuestro experto en Seguridad y Salud Laboral —dijo señalando a Rod—, ya estaría tras su pista convenientemente camuflado con el paisaje.

—David —apuntó el aludido—, seguiré al automóvil o al medio que utilicen para huir y jamás me descubrirán, te doy mi palabra. No me preguntes cómo lo haré, porque eso pertenece al secreto profesional, pero ten por seguro que lo haré.

Víctor y Rod, sabían transmitir seguridad. Al menos parecía que sabían de lo que hablaban.

Víctor insistió:

—David, mañana límitate a cumplir escrupulosamente con las instrucciones de esa gente. El resto corre de nuestra cuenta.

El empresario había recuperado la calma en la escasa medida en que un hombre en sus circunstancias podía hacerlo. Al menos, se reafirmó en la idea de que estaba en las mejores manos, en que había hecho bien en acudir a la «Consultora Legal y Forense Fosch».

No era poco...

Eduardo Zorrozúa terminó muy tarde su trabajo aquel día. No era algo habitual en él. Le gustaba exigirse durante las horas laborables para después poder disfrutar de un merecido descanso al final de la jornada: tiempo que dedicaba a salir con Virginia, a leer, o a jugar al tenis con sus amigos. Pero aquel día tenía que presentar un informe a una empresa de ingeniería norteamericana, y el límite de entrega por internet expiraba a las doce de la noche, hora española.

No consiguió terminarlo hasta unos pocos minutos antes de la hora. Cuando lo hizo, suspiró aliviado. Estaba cansado y hambriento: no había tenido tiempo ni para probar un bocado desde la comida del mediodía. Un café a media tarde era todo cuanto le había mantenido en funcionamiento desde entonces.

Apagó el ordenador, cogió sus cosas y se dispuso a salir. Tenía la mente puesta en llegar cuanto antes a casa, tomarse un yogur y meterse directamente en la cama. El agotamiento podía sobre el apetito.

Al llegar al hall de entrada de la fábrica hubo algo, no supo identificar qué, que le llamó la atención. Pero desde luego había algo raro, de eso estaba seguro, algo que se salía de lo habitual.

¡Claro!: Los guardas de seguridad nocturna no estaban en su sitio. Era muy extraño, pues mientras uno de ellos hacía la ronda por las instalaciones, el otro debía permanecer atento a las pantallas desde las que se vigilaban los puntos más sensibles del recinto de la empresa. Ése era el protocolo que debían seguir, Eduardo lo sabía muy bien. El puesto de vigilancia jamás debía abandonarse, siempre debía haber alguien ahí.

En medio de su sorpresa, un lejano portazo al que siguió el inconfundible sonido de rápidos pasos a la carrera, le sobresaltó aún más. Las pisadas se acercaban a gran velocidad. Parecían buscar la salida. ¿Sería alguien perseguido por los guardas? ¿O serían los propios guardas?

Eran demasiados estímulos inesperados para el cansado cerebro de Eduardo Zorrozúa. No sabiendo cómo reaccionar, permaneció inmóvil, a la espera de que quien quiera que fuese, doblase la esquina del pasillo e hiciese su aparición ante él.

Escuchó un grito imperativo:

—¡Alto! ¡Quieto ahí! —Era la voz inconfundible de Manuel, uno de los vigilantes. Corría tras un fugitivo, que en ese momento apareció ante los ojos de Eduardo.

El ingeniero lo reconoció de inmediato, pues no era otro que Franklin, el empleado colombiano que últimamente estaba causando problemas.

Al ver al hijo del dueño ante sí, detuvo su carrera y aún jadeante, comenzó a justificarse:

—Es que había un problema en el puente de una fresadora y me quedé a repararlo.

Detrás llegaba Manolo:

—¡Miente! ¡Este tipo estaba escondido en los vestuarios! Creo que trataba de robar o de esconder algo, no lo sé con exactitud.

—Sólo fui a mi casillero a por tabaco... —se defendió el colombiano.

Era verdaderamente inaudito que un empleado de la cualificación y la reputación de Franklin Carrillo se quedara a trabajar a esas horas. De cualquier forma, si su versión era cierta, el encargado de su sección debería estar informado, y éste debía habérselo comunicado al servicio

de seguridad. No cabía duda de que había algo turbio en todo aquel suceso.

—Creo que lo mejor será dejar este asunto para mañana —dijo Eduardo—. Franklin, vete a casa.

Costó bastante trabajo que el sudamericano abandonase la fábrica, pues no dejaba de hablar, tratando de justificarse mediante un sinfín de pretextos de inocencia y de estar siendo víctima de un malentendido.

Cuando el vigilante y el empresario se quedaron a solas, éste preguntó:

—¿Qué crees que estaba haciendo?

—No lo sé. Pero nada bueno. Hace semanas que le tengo echado el ojo a ese tipo y a su amigo marroquí. No sé lo que se traen entre manos, pero algo se traen.

—Nadie ha denunciado ningún robo, que yo sepa...

—No, tal vez no. Pero algo me dice que no van por ahí los tiros. Me huele más a drogas.

—¿Crees que pueden estar traficando en la empresa?

—No lo sé. Voy a registrar los lugares por donde ha pasado el angelito y mañana te informaré.

—De acuerdo, Manolo. Registra a fondo los vestuarios y las zonas que creas convenientes. Mañana a primera hora nos reuniremos con el encargado y veremos qué podemos sacar en limpio de todo esto.

—Por cierto, ¿dónde está Julián? —se refería a al compañero del guarda.

—En el cuarto de baño. Ya sabes...: siempre coinciden las cosas en el momento más inoportuno.

—Sí, así suele ser... Bueno, me voy. Estoy muy cansado. Buenas noches.

—Hasta mañana.

Eduardo salió de la fábrica notablemente más preocupado de lo que era capaz de reconocer ante sí mismo. Por un momento se le ocurrió que este episodio podría tal vez guardar relación con las amenazas recibidas por su padre. Pero inmediatamente desechó la idea. Lo de su padre no era más que una burda broma de mal gusto. De eso estaba prácticamente seguro. ¿O al menos eso era lo que quería creer?

Comenzaba a no estar seguro de nada. Ya no sabía ni si sería capaz de dormir al llegar a casa. Probablemente no. Ahora todos sus sentidos se habían activado y estaban alerta. Se encontraba más despierto que nunca.

Enfiló la rápida autovía que desde Urnieta le llevó en pocos minutos hasta Ayete, el elegante barrio residencial en donde vivía. Desde la distancia muy pronto pudo distinguir su casa. Todavía desde el coche, se extrañó al observar que las luces del salón estaban encendidas. Pasaban de las doce y media de la noche y sabía muy bien que su padre se acostaba regularmente a las once, con la exactitud de un reloj suizo.

Eso sólo podía significar que su padre estaba tan nervioso, que era incapaz de descansar en la cama y se había vuelto a levantar.

Al entrar se lo encontró ojeroso e insomne, y con una copa de ginebra en la mano.

—Pero, aítá, ¿qué haces levantado tan tarde? Además, si tú nunca bebes...

Su padre no le respondió. Se limitó a esbozar una sonrisa que, más que beatífica, a Eduardo le pareció una triste mueca de descorazonamiento. El gesto de un hombre vencido.

—¿Sigues preocupado por esos hombres?

—¿No lo sabes? Mañana tengo que llevarles el dinero. —Sin llegar a estar bebido por completo, la voz de David sonaba pastosa, algo que nunca antes había ocurrido.

—¿Cómo? No hablarás en serio...

—¿Cómo quieres que hable? A las 11h 00 de la mañana me llamarán para indicarme el lugar en donde debo realizar la entrega.

—No pensarás ir...

—No hablarás en serio, no pensarás ir... —David ridiculizó ligeramente el tono empleado por su hijo—. ¿Es que no tienes algo más positivo para decir a tu padre?

—Pero aítá, ¿no lo entiendes? Creo que estás concediendo demasiada importancia a este asunto. En mi opinión, un tipo desalmado, probablemente un individuo insignificante, te está jugando una mala pasada. Eso es todo. Debiste haber ido a la policía, y todavía estás a tiempo de hacerlo. ¡Estás haciendo una montaña de un granito de arena!

—Mira, hijo, ellos me han amenazado a mí —David insistía en utilizar el plural para referirse a sus extorsionadores—, por tanto déjame defenderme como crea mejor. A Ramón Aguirre lo mataron. Si voy a la policía, me matarán o, lo que es peor, le matarán a tu madre o te matarán a ti...

Eduardo, que tras el cansancio del largo día de trabajo había quedado afectado por el encuentro con el colombiano, estuvo a punto de perder los estribos.

Contestó con un tono algo más alto del que le hubiera gustado emplear:

—Ramón Aguirre se suicidó. Y, aunque no fuera así... si el maldito chantajista descubriera a tus amigos los abogados de Madrid, ¿crees que no obraría igual que si hubieras llamado a la policía?

—A ellos no los descubrirá...

—¡Ya! Pues si tanto confías en su capacidad, no sé qué haces aquí levantado y bebiendo. — Definitivamente estaba perdiendo los estribos.

David casi se echó a llorar. Haciendo un ímprobo esfuerzo por evitarlo, logró a duras penas balbucear:

—Ellos están trabajando bien. Son buenos profesionales y saben lo que hacen. Esta tarde se han reunido conmigo en la empresa. Hemos trazado un plan. Mañana estarán al quite. Saben cómo hacerlo.

Eduardo pareció ablandarse, pero seguía mirando fijamente a su padre, que añadió:

—...Sólo que al llegar a casa y verla vacía, he pensado en lo que podría llegar a ocurrir y..., bueno, entonces ha sido cuando me he derrumbado.

La estampa que ofrecía David era, en efecto, la de un hombre derrotado.

Eduardo se arrepintió de haberle levantado la voz y de haber sido brusco con él. Se prometió a sí mismo que, pasara lo que pasara, no volvería a hacerlo. Pasara lo que pasara, se pondría del lado de su padre y lucharía a una con él.

Esforzándose por emplear un tono notablemente más suave y afectuoso, le preguntó:

—¿No prefieres que sea yo quien lleve el dinero?

—No hijo. Tú eres joven. Y si las cosas salieran mal, estarás aquí para cuidar de tu madre...

Eduardo se preguntó si no debía decirle lo que le acababa de ocurrir en la fábrica. Su encuentro con el colombiano. Pero..., dadas las circunstancias, a pesar de que hubiera deseado hacerlo, prefirió callar. Su padre podía verse afectado muy negativamente por cualquier nuevo dato que viniera a agravar el cuadro que tenía dibujado en la mente. Era evidente que tenía los nervios deshechos. Lo mejor sería darle tranquilidad y tratar de ayudarlo a dormir. A pesar de que él mismo comenzaba a verse a sí mismo mucho más afectado de lo que jamás hubiese pensado, procuró rebajar la tensión.

—Entonces, aítá, por favor, vete a dormir, tienes que descansar esta noche...

Por la mañana todo el mundo estaba nervioso.

Empezando por Víctor. Estaba muy bien eso de tranquilizar a los clientes con bonitas palabras y argumentos del estilo de que «todo está bajo control» y «sabemos bien lo que hemos de hacer», pero lo cierto es que la experiencia le enseñaba que cada criminal era distinto y que las posibilidades de que la acción más simple se torciera, eran infinitas.

Por eso Víctor tampoco había dormido todo lo plácidamente que le hubiera gustado.

Tanto él como Rodrigo se alojaban en el Hotel Orly, en las inmediaciones de la playa de la Concha, donde Marina les había reservado dos habitaciones. La secretaria había pernoctado ahí durante el verano, y sabía que resultaría del agrado de su jefe.

A las siete y media Víctor recibió una llamada de su mujer.

—Buenos días, cariño.

—Víctor, ayer no me llamaste en todo el día. Ni siquiera para decirme qué tal os había ido el viaje.

—Tienes razón. Perdona. Fue un día movido. El cliente está muy alterado y necesita atención constante. A veces pienso que esta profesión se parece cada día más a la de los psiquiatras. He estado tentado de llamarte por la noche, pero he preferido no despertarte.

—¿Has dormido bien?

—No del todo, el día de hoy es importante para la resolución del asunto. A las once nos jugamos mucho. Y ya sabes que, a pesar de mi apariencia de nervios de acero, la procesión va por dentro.

—Saldrá bien.

—Eso espero. ¿Qué tal los niños?

—Sin novedad. Dando guerra, como siempre. Ahora voy a despertarlos.

—¿Y el diente de Patricia?

—Se cayó por fin. El ratoncito Pérez le ha traído un regalito esta noche.

—Siento no estar para verlo.

—Vuelve pronto. Y, sobre todo, ten mucho cuidado.

—Lo procuraré.

—Un beso.

—Te quiero. Adiós.

Eduardo se había tomado un par de orfidales. Pero, a pesar de ello, al igual que su padre, había transitado por la noche con altibajos, con constantes sobresaltos en medio de un tumultuoso oleaje de recurrentes episodios de duerme-vela.

El día había amanecido muy frío y desapacible. Aún peor que la víspera. Soplaba un fuerte viento racheado y las nubes, muy bajas y negras, amenazaban con frecuentes aguaceros de granizo y lluvia.

No habían dado todavía las ocho de la mañana cuando David se levantó de la cama y, con manos temblorosas, telefoneó a Víctor:

—¿Diga?

—Victor, soy David.

—Buenos días, David.

—¿Te he despertado?

—No, que va. Ya estaba levantado —mintió Víctor, ya que tras la llamada de su mujer había logrado por fin conciliar un plácido sueño.

—Son las ocho. Sólo quedan tres horas...

—Sí, lo sé. Tranquilo, David. Rod y yo estamos listos. Bastará con que nos avises en cuanto recibas la llamada, a las once.

David comprendió que su llamada actual carecía de sentido. Pero su intranquilidad al despertar había sido enorme, y había sentido una urgente necesidad de hablar con alguien.

—Gracias, Víctor. Es que estoy algo nervioso y...

—Lo comprendo. Tal y como acordamos ayer, te vendría bien hacer vida normal, si crees que eres capaz de ello: trata de no romper con tu rutina, de seguir actuando como si nada ocurriera, como si tu cita de hoy fuese parte de tu trabajo habitual. Te aconsejaría que fueses a Teknomat. Allí estará Rod, al que podrás consultar cualquier cosa que surja.

—Sí, tienes razón. Gracias. Me tomaré un café y me acercaré a la fábrica. ¿Rodrigo está ya allí?

—Me dijo que llegaría hacia las nueve.

—Muchas gracias, Víctor. Y disculpa si te he interrumpido en lo que estuvieras haciendo.

—No te apures, David. Has hecho bien en llamar. Para eso estamos aquí. Hasta luego.

Desde el pasillo, su hijo había escuchado toda la conversación. Al menos la parte de su padre.

—Buenos días, aitá. ¿Has podido descansar? —Eduardo estaba ya completamente vestido y preparado para salir. De hecho, tenía las llaves del coche en la mano.

—No mucho, pero supongo que lo suficiente.

—¿De verdad no prefieres que vaya yo en tu lugar?

—No, Lalo: prefiero ocuparme yo de este asunto. Además, ni siquiera sabemos si esos tipos admitirían que fuese otra persona en mi nombre, incluso aunque esa persona fuese mi hijo.

—Ellos sólo quieren el dinero, les importa muy poco quién se lo entregue...

—Eso es verdad, pero seguramente no quieran correr riesgos innecesarios. Ellos me conocen a mí: cualquier otra persona podría resultarles sospechosa, podría tratarse de un policía.

—¿Cómo sabes que te conocen? Y... según ese razonamiento, también podrían conocerme a mí...

—Mira hijo, no hablemos más de este tema. Si de verdad quieres ayudarme, encárgate de tranquilizar a tu madre. Ayer me llamó, poco antes de que llegaras y, bueno, ya viste cómo estaba yo. No sé lo que pensaría ella... Anda, llámale y dile que estoy bien, cuéntale que ayer tuve una jornada especialmente intensa y que al final del día estaba deshecho, o lo que se te ocurra, pero haz el favor de calmarla. Yo no me veo con fuerzas para llamarle. Y si a ella se le ocurriera venir ahora aquí..., creo que me derrumbaría y me echaría a llorar como un niño. Al menos el pensamiento de que ella está a salvo en Alicante me da cierta seguridad. Por ese lado estoy tranquilo... ¿Comprendes? ¿Me harás este favor?

—Claro. En cuanto den las nueve le llamaré desde la empresa.

—Gracias, hijo. De veras que te lo agradezco.

—No es nada, aitá.

A las once en punto sonó el teléfono móvil de David. «Número desconocido».

Rodrigo estaba sentado frente al escritorio del empresario.

—¿Diga?

—¿David Zorrozúa?

—Sí, soy yo.

—Llamo de la Compañía de Seguridad. Tiene usted una hora para presentarse en uno de los bancos de la Plaza de Cervantes, concretamente, en el más próximo a la estatua de Don Quijote. A las doce en punto pasará uno de nuestros hombres a recoger el maletín en el que debe usted realizar la entrega. Nada de policías y nada de trucos. De lo contrario habrá muy graves consecuencias. ¿Alguna pregunta?

—No. Bueno..., este yo...

Su interlocutor había colgado.

La cara de David reflejaba una gran angustia.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Rodrigo.

—Debo llevar el dinero en el maletín a uno de los bancos situado en la Plaza de Cervantes, en Alderdi-Eder. A las doce en punto pasarán a recogerlo.

—¿Un banco? No hablas en serio, ¿verdad?

David comprendió qué es lo que lo que hacía titubear a Rodrigo. En otras circunstancias se hubiera echado a reír.

—¡No! No se refería a una oficina bancaria, se refería a uno de los bancos para sentarse en la calle, uno de los bancos del paseo marítimo.

—Eso ya me cuadra más... —respondió Rod, algo avergonzado por su error—. Esa plaza está en la Concha ¿no?

—Sí, es el centro de San Sebastián, cerca de la Avenida de la Libertad, la avenida principal de la ciudad.

—Entonces nos resultará muy fácil llegar con tiempo. Dime la posición exacta en la que debes estar. —Tenían abierta la página de *Google maps* en el ordenador. Zorrozúa le mostró el punto exacto en el que debía esperar hasta que alguien pasara a recoger el maletín.

—Perfecto. ¿Dónde está el dinero?

—Lo tengo aquí, preparado en la caja fuerte.

—Déjame que eche un vistazo al mecanismo radio emisor.

El detective comprobó que el dispositivo funcionaba correctamente.

—¿Cómo era la voz que te ha hablado?

—Completamente irreconocible. Sonaba distorsionada. No podría saber la edad de quien hablaba. Ni siquiera si era hombre o mujer.

—No quiere correr riesgos... Tú vete en tu coche, yo iré por mis medios. A partir de ahora no me verás, pero recuerda, aunque no lo parezca, Víctor y yo estaremos en todo momento muy cerca de ti, cubriéndote las espaldas. Y no lo olvides: muéstrate siempre colaborador, no trates de salirte del guión marcado por ellos. No intentes poner trabas, ni apresar al enlace ni, en definitiva, hacer nada que les pueda molestar. Para defenderte y para capturarlos estamos nosotros. Para eso nos has contratado, ¿de acuerdo?

—Sí..., sí. Claro.

—Entonces, chócala. —Rodrigo estrechó calurosamente la mano de su cliente mientras en su

fuero interno rezaba para que todo saliera bien.

Los dos coches se perdieron de vista a lo largo de la autovía, mucho antes de llegar a la altura de Astigarraga.

Rod llamó a Víctor y le puso en antecedentes.

—Le han citado en la Plaza de Cervantes.

—¡Estupendo! Es un buen sitio.

—¿Lo conoces?

—¡Claro! Como sabes, en mi infancia pasamos muchos veranos en San Sebastián. Creo que el lugar es perfecto para nosotros. Está a tres minutos del Hotel caminando despacio. ¿David tiene que llevar algún signo identificativo especial?

—No. Solamente debe situarse en el banco más próximo a la estatua de Don Quijote.

—Aún mejor. Se me está ocurriendo una gran idea... ¿Y tú? ¿Tienes claro el lugar al que debes dirigirte?

—Sí. David me lo ha enseñado en *Google maps*.

—¿Cómo está él?

—Hecho un flan, pero aun y todo confío en que lo haga bien.

—Bueno. Crucemos los dedos.

—No paro de pedirle a San Patricio que nos eche una mano...

—Tú eres un poco irlandés, pero ya sabes que yo apunto más alto: a la Virgen del Pilar.

—Mejor. Así contaremos con más y mejores aliados...

—Los vamos a necesitar...

—Saldrá bien.

—Eso espero. Nos vemos cuando todo haya pasado.

—Visto. Hasta luego, jefe.

Zorrozúa, con un nerviosismo creciente que no recordaba haber padecido desde hacía muchos años, accedió al aparcamiento público que se ubicaba justo debajo del lugar en donde había sido citado.

Detuvo su Audi A5 ante la barrera de entrada y tomó el ticket de pago. El reloj del salpicadero marcaba las 11h 36' de la mañana.

Le sudaban las manos. Al ver levantarse la barrera y retomar la marcha, el automóvil estuvo a punto de calarse. «*¡Qué desastre!* —pensó con amargura—. *No pego una..., ya no acierto ni con las marchas del coche.*»

Siendo un día laborable de invierno, no le costó encontrar un hueco en las cercanías de la salida peatonal que más le convenía. Pero estaba tan alterado, que incluso esa circunstancia favorable consiguió irritarle. Hablando consigo mismo se dijo: «*como si eso tuviera alguna importancia. Tengo casi media hora de espera por delante, con un maletín repleto de dinero en la mano. Sólo faltaría que me robaran antes de hacer la entrega.*»

Aun y todo, le costó un buen rato introducir el automóvil en su sitio. Las plazas del estacionamiento de Alderdi-Eder no se caracterizan por la generosidad de su superficie

precisamente.

Cuando salió del vehículo y abrió el maletero, volvió a mirar el reloj. Las 11h 43'. Tomó el maletín y emprendió el breve trayecto hacia las escaleras de salida.

Reparó en que el suelo del recinto estaba muy mojado, incluso inundado en algunos lugares que aparecían acotados por una cinta métrica con el sello de la empresa gestora. Parecía que la lluvia torrencial de la noche se había estado filtrando por alguna parte. O tal vez fuese el agua del mar. Había marea alta y el oleaje era muy fuerte. El parking estaba al nivel del mar, incluso más bajo en algunos puntos.

David observó la balsa de agua con cierta prevención: *«si es agua de mar va a estropear los neumáticos del coche...»*

Pero su cita no podía esperar.

En poco más de un minuto estaba de nuevo en la superficie, junto a la boca peatonal del aparcamiento, a escasos metros del banco en el que debía sentarse a esperar.

Lo de sentarse era una broma. El banco estaba empapado.

De cualquier modo, se acercó tímidamente y apoyó el maletín sobre el asiento. Nunca hubiera pensado que los billetes pudieran pesar tanto.

Al cabo de pocos segundos, además de nervioso, se sentía ridículo. Él era un empresario conocido en San Sebastián. Un empresario muy ocupado que desconocía lo que era permanecer quieto en un banco, viendo pasar a los transeúntes. No lo había hecho nunca en su vida. Ni siquiera los domingos. Ni en vacaciones. Eso era cosa de jubilados.

Pero es que, además, era invierno, hacía frío y a ratos granizaba con fuerza.

Ahí solo, quieto en medio de la plaza, David parecía un naufrago en medio de una isla desierta.

Hacía unos cinco minutos que Víctor había llegado también a las proximidades de la Plaza de Cervantes.

El abogado, envuelto en varias capas de ropa que a su vez eran protegidas por un enorme chubasquero amarillo, se apoyaba sobre el manillar de una vieja bicicleta cargada de utensilios en la parrilla trasera. Había tenido la idea de emplearla al verla apoyada junto a las cocinas del Hotel. No había tenido problemas en conseguir que se la prestaran. Ahora observaba extasiado el mar con su bella bahía, exactamente igual que uno de tantos peregrinos del Camino de Santiago, ciertamente escasos en esta época del año. Llevaba un gorro de nieve en la cabeza, y el cuello del chubasquero subido hasta la nariz. Nadie, ni siquiera David, podría reconocerle.

Miró el reloj. Las 11h 48'. Si todo iba bien, todo habría pasado en tan sólo doce minutos. Llamó a Rodrigo.

—¿Qué hay, jefe?

—¿Dónde estás?

—En una parada de taxis, en el Boulevard, frente al ayuntamiento, según el GPS, a 350 metros de la Plaza de Cervantes. Es lo más cercano que he encontrado para poder detenerme sin interrumpir el tráfico.

—Voy a retirarme del paisaje hasta dentro de un rato. Tal vez me tome un café. Aquí al lado hay un bar, el Bar Basque, desde el que puedo seguir observando sin problemas. Te mantendré informado de lo que vaya sucediendo por aquí.

—Entendido.

Los minutos transcurrían despacio.

Comenzó a granizar racheado con tanta fuerza, que el propio Zorrozúa corrió a refugiarse a la entrada del aparcamiento, a unos cincuenta metros del banco de espera.

El chaparrón duró algo menos de diez minutos. Pero fue muy intenso. Tanto, que la calle se quedó momentáneamente blanca y desierta.

En cuanto aflojó un poco, a eso de las 11h 58', David volvió a su puesto.

Víctor también salió del bar.

Eran las 11h 59'

Zorrozúa observó que un hombre joven que circulaba por el carril para bicicletas se desviaba de su camino para acercarse hacia él. Venía desde La Perla. Vestía unos viejos vaqueros renegridos y desgastados bajo un anorak igualmente viejo y desgastado.

David fijó su mirada en él. No cabía duda de que tenía que tratarse de su enlace.

A pesar del día que hacía, completamente oscuro e invernal, el ciclista ocultaba su fisonomía tras unas gafas de sol completamente opacas. Era imposible verle los ojos.

Pero entonces, como si la llegada de las doce del mediodía hubiese desatado repentinamente todas las alarmas de la ciudad, comenzaron a escucharse multitud de sirenas de vehículos patrulla. Sonaban lejanas, pero no cabía duda de que se acercaban, y que lo hacían a gran velocidad.

—¿Qué demonios está ocurriendo?!

El ciclista, que a medida que se aproximaba a David había ido reduciendo la cadencia de su pedaleo para aminorar la marcha, al escuchar el inesperado y amenazante escándalo de la policía, volvió a acelerar, pasando de largo y continuando su camino en dirección hacia el ayuntamiento.

Víctor comenzó a seguirle a una distancia prudencial. Le pareció que el fugitivo se esforzaba por dominar sus nervios, por obligarse a mantener un ritmo cadencioso. Un ritmo que evitara llamar la atención de los escasos viandantes.

De vez en cuando el tipo se volvía hacia atrás. Parecía comprobar que nadie le estuviera siguiendo.

No pareció conceder excesiva importancia a la cercana bicicleta de Víctor.

Sin embargo, un centenar de metros más adelante, cuando volvió a girarse para comprobar si el abogado continuaba circulando a una velocidad próxima a la suya, fue cuando pareció sospechar.

Víctor optó por detenerse. Pasaría el testigo a su socio, que seguía en el Boulevard, hacia donde se dirigía el ciclista:

—¿Dime jefe! ¿Ha aparecido el individuo en cuestión?

—Sí, creo que sí. Creo que es un ciclista que no tardará en pasar muy cerca de donde estás. Va hacia derecho hacia ti. Se ha asustado con las puñeteras sirenas y ha pasado de largo. Viste vaqueros negros y un viejo anorak azul. Se tapa la cara con un gorro de lana y gafas de esquiar. Parece que se ha fijado en mí, así que me he parado. Mira a ver si puedes seguirle sin llamar la atención. Va relativamente despacio.

—De acuerdo. Voy a salir del coche y trataré de seguirle a paso rápido...

Los causantes del alboroto con las sirenas no eran otros que un par de camiones de bomberos escoltados por otro par de coches de la Policía Municipal.

Al parecer, la tromba de granizo que había obligado al propio David a buscar refugio, había terminado de anegar una parte importante del aparcamiento subterráneo.

Y los bomberos y los municipales habían acudido a la llamada con toda la parafernalia que, en su opinión, merecía el caso.

Eran ya las 12h 20' y nadie más se había acercado hasta el banco junto a la estatua de D. Quijote y Sancho Panza.

Víctor llamó a David y le pidió que regresara a Teknomat. Allí se reunirían a analizar lo ocurrido.

Mientras tanto, era de esperar que Rodrigo consiguiera averiguar algo. Había salido del coche inmediatamente después de la llamada de su jefe.

Y, tal y como habían previsto, el ciclista no había tardado en aparecer frente a él.

Rodrigo no tuvo dificultad en seguirle algunos metros, caminando a grandes zancadas. Estaba convencido de que el tipo de la bicicleta no había reparado en él.

Sin embargo, cuando menos lo esperaba, el fugitivo se salió repentinamente del carril bici para saltar a la carretera y, desde allí, mediante un par de fuertes pedaladas, cruzar el Boulevard con intención de internarse en una de las bocacalles que conducen hacia la Plaza de Guipúzcoa.

Rod se quedó momentáneamente perplejo. ¿Qué hacer? Para seguirle tendría que correr de manera ostensible, dándose a conocer, y ni aun entonces tendría ninguna garantía de poder alcanzarle.

Pero... ¿qué diablos? ¿El tipo no había pasado de largo creyendo que la policía estaba sobre aviso? Así pues, el mal ya estaba hecho, no tenía nada que perder.

Se lanzó en su persecución. Una decidida carrera en pos de su presa...

Rod tenía un tipo atlético y le gustaba correr. Tenía una velocidad punta que, aunque no podía mantener por mucho tiempo, era realmente extraordinaria.

Atravesó la avenida circulando por en medio de los coches. Algunos conductores, irritados, se vieron obligados a frenar.

Uno de ellos, especialmente molesto, emitió un sonoro bocinazo que puso en alerta al ciclista.

Aún y todo, el detective consideró que todavía estaba a tiempo de poder darle alcance.

El ciclista, viéndose inequívocamente perseguido por un tipo alto y fuerte, con el pelo rapado al estilo militar, intensificó su pedalada tanto como pudo.

No tardó en llegar al espacio peatonal que recorre el frontal del edificio de la Diputación de Guipúzcoa.

Esquivando entre los peatones, consiguió ganar algunos metros de distancia.

Pero Rodrigo seguía corriendo como un sabueso tras su presa.

El ciclista giró ahora hacia la izquierda, hacia la calle Camino.

Rod continuaba pisándole los talones, pero comenzaba a acusar un fuerte pinchazo en el flato, la señal que tan bien conocía. Estaba llegando al límite de su resistencia a velocidad punta.

El fugitivo cruzó temerariamente la calle Oquendo y continuó la marcha hacia el río. Ahora sí, había logrado distanciarse de su perseguidor.

Rod aminoró la velocidad y se limitó a trotar en la misma dirección en la que había escapado el enlace. Jadeaba.

No tardó en llegar al río. Contrariamente a lo que ocurría en el laberinto de calles de la ciudad, desde ahí abarcaba una amplia panorámica. Tan amplia, que el ciclista tenía necesariamente que estar en su radio de visión.

Podría ser que tuviera un lugar cercano en donde esconderse, o podría ser que no. En el primer caso, lo tendría que dar por perdido. En el segundo, lo más lógico era pensar que se hubiera refugiado en el primer refugio que considerara más o menos seguro, un lugar en donde permanecer emboscado hasta que hubiese pasado el peligro: el portal de una casa, un bar tal

vez...

Teniendo en cuenta que la práctica totalidad de los portales estaban cerrados, lo más probable —concluyó Rod— era que se hubiese metido en un bar. Comprobó de manera discreta que su pistola continuara en su sitio, y se dispuso a inspeccionar lenta y metódicamente la zona: «¿*dónde me habría escondido yo si estuviese en su pellejo...?*»

¿Diga?

—¿Mánix? Soy Truchas...

—¿Por qué no has llamado antes? ¡Me tenías agobiado! ¿Cómo ha ido?

—¡Mal! ¡Muy mal!

—¡Mierda! ¿Qué es lo que ha pasado?

—He pasado de largo. Han avisado a la pasma. Cuando estaba delante de Zorrozúa han empezado a sonar montones de sirenas... Antes de que pudieran cogerme, me he hecho el longuis y he seguido para adelante como si yo no tuviera nada que ver con el pago...

—¿Eres idiota?! ¡Pero si eran los bomberos! ¡Yo mismo he visto los camiones! ¡El periódico lleva semanas dando la matraca con las inundaciones en Alderdi—Eder...!

—¿Los bomberos? ¡Joder! ¡No me digas eso...! ¡Pero si hay un tipo que me ha estado persiguiendo hasta aquí...! ¡Me he tenido que esconder en un bar!

—¿Que te ha perseguido un tipo? ¿Quién era?

—¡Yo qué sé! No iba vestido de poli, pero ¿qué otra cosa podía ser? Seguro que todavía está buscándome. Por eso me he metido en un bar, para poder llamarte.

—¡Eres un pringao! ¡Como te coja estamos perdidos! Recuerda lo que dijo el tipo de la Loba. De todas formas, seguro que es el hijo de Zorrozúa, o alguien de su familia haciéndose el héroe...

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Qué le decimos a los de la Loba?

—¿Que qué les decimos? Que ha ido un capullo a recoger la pasta donde le esperaba un anciano muerto de miedo y que el capullo no ha sido capaz ni de bajarse de la bici, por si le veían los bomberos, que estaban todavía circulando por la otra punta de la ciudad... —la voz al otro lado del teléfono sonaba tan enfurecida como alarmada.

—Coño, Mánix, cálmate... Podemos citar a Zorrozúa para otro día...

—¡Cállate, idiota! —la ira incontenida en aquella voz era cortante—. Mira, lo que acabas de hacer es exactamente lo que nunca tendría que haber ocurrido. Ahora, o nos cubrimos las espaldas, o lo tenemos muy jodido. Deja que hable yo con los de La Loba. Les mentiré. No nos queda otra. Es la única manera de salir bien librados de tu cagada. Les diré que Zorrozúa ha avisado a la poli, y que a pesar de todo has conseguido escapar a tiempo.

—Pero se enterarán de lo de la inundación... De que eran los bomberos...

—Da igual. Que hubiera una inundación no impide que estuviera allí la policía, además, ¿no dices que te han perseguido? Pues sea quien sea, diremos que era de la poli y asunto terminado. Y ahora procura llegar a casa sin que nadie te vea y no salgas de ahí hasta que yo te avise. No quiero volver a saber nada de ti hasta que consiga apaciguar a los de la Loba.

—Vale, vale... ¡Oh no!

—¿Qué te pasa ahora?

—El tipo que me ha perseguido. Está aquí, y me ha visto...

—¡Joder! ¡Sal corriendo! ¡Escápate! ¡Que no te coja...!

La comunicación se cortó.

Rod acababa de quitarle el teléfono. Presionó el botón de colgar.

Rodrigo Sotomayor poseía un sentido innato para captar de un vistazo el tipo de persona que tenía delante. Sobre todo en el caso de los delincuentes.

Se percató de que aquel individuo, un tipo joven de unos veinticinco años, era el último eslabón de la cadena de extorsión. Se preguntó si llegaría a formar parte de la auténtica maquinaria, o si no sería tan sólo una simple pieza de usar y tirar.

Se había apostado en una mesita aislada del resto del establecimiento. Desde ahí es desde donde había llamado a su socio, teóricamente a salvo de oídos indiscretos.

Rod aprovechó la circunstancia para interrogarle:

—¿Vas armado, hijo? —el tono empleado por el detective era firme y profundamente intimidatorio.

—No. No llevo armas.

—Más te vale, porque yo sí. Y además de rápido, tengo buena puntería.

—¿Es usted policía?

—Las preguntas aquí las hago yo. ¿Cómo te llamas?

—«Truchas».

—Eso no es un nombre. Eso es un apodo.

—Es que no puedo hablar. Si hablara me matarían...

—Y si no hablas, tal vez maten a un empresario. ¿No es así?

—Serían muy capaces.

—¿Quiénes son?

—No lo sé. Le aseguro que no lo sé.

Era evidente que el tal Truchas estaba atemorizado, y que hubiera dado cualquier cosa por poder dar marcha atrás en su vida. Rebobinar hasta el momento inmediatamente anterior a haberse metido en aquel lío...

A primera hora de la mañana Eduardo se había reunido con Manolo y Adrián, los vigilantes nocturnos de Teknomat.

Les ofreció un café caliente en su despacho, mientras charlaban de lo que habían descubierto por la noche.

—¿Habéis encontrado algo?

—Nada. Pero ese tipo no es legal. Guarda un as en la manga, como me llamo Manolo.

—Lo mismo pienso yo —apuntó Adrián.

—¿Has hablado con el jefe de sección?

—Sí. No sabía nada de que Franklin fuera a quedarse hasta las doce. Aunque dice que es cierto que había un problema en el puente de una fresadora, y que esta mañana la avería estaba arreglada.

—Eso sí que es raro. Si se tenía que quedar, ¿por qué no avisó al encargado?

—No lo sé, desde luego no tiene mucho sentido. —Eduardo estuvo tentado de hablarles de las amenazas recibidas por su padre, pero en seguida lo desechó. Paradójicamente, del mismo modo que no creía, o tal vez prefería no creer, que nadie estuviese realmente dispuesto a matar a su padre, comenzaba a sospechar de todo el mundo: ¿y si los guardas de seguridad tampoco fuesen de fiar?—, De todas las maneras, mantened los ojos bien abiertos, y si llegaseis a descubrir cualquier cosa sospechosa, por insignificante que sea, informadme de inmediato, por favor.

—Así lo haremos, no lo dudes.

Se marcharon dejando al joven Zorrozúa solo ante las tres tazas de café vacías.

Después de la breve conversación se sentía extrañamente decaído y malhumorado.

Trabajó con intensidad durante el resto de la mañana hasta que, a eso de la una, cuando ya quedaba poco tiempo para bajar a almorzar, recibió una llamada que le intrigó, y que alimentó enormemente su curiosidad.

La llamada le llegó a través del teléfono de la empresa. Olga le pasó el mensaje:

—Eduardo, llama un tal Sr. Guixols, de una empresa con un nombre impronunciable en alemán, de Barcelona.

—¿Sabes lo que quiere?

—Algo referente a un posible contrato de fabricación de fresadoras. Una posible carga de trabajo para Teknomat, parece importante, si he entendido bien.

—Todavía no ha llegado mi padre, ¿verdad?

—No. No ha llegado aún. De todas formas, Guixols ha preguntado directamente por ti.

—Pásamelo, por favor.

—¿Diga?

—¿Don Eduardo Zorrozúa?

—Sí, dígame.

—Mire, me he presentado como un empresario catalán interesado en la producción de Teknomat porque quería asegurarme de poder hablar con usted personalmente. Mi verdadero nombre es Alfonso Zabala, le llamo desde San Sebastián, y me he permitido cometer esta irregularidad porque tengo algo muy importante que decirle en relación con su padre.

Eduardo permanecía callado. Su interlocutor, cuya voz era la de una persona de edad madura, continuó:

—Estoy al corriente de lo que le está ocurriendo, no me pregunte por qué: se lo diré en cuanto nos veamos. También estoy al corriente de quiénes son las personas que están detrás de todo este asunto. No quiero dinero ni nada por el estilo, sólo quiero ayudarle. Conocí a su padre hace años y le aprecio mucho. No creo que él me recuerde, pero yo a él sí, y haría cualquier cosa por poder sacarle de la terrible situación que debe estar pasando.

—¿Quién es usted?

—Ya se lo he dicho: me llamo Alfonso Zabala. Su padre me ayudó mucho hace años y quiero devolverle el favor. De un modo totalmente fortuito he accedido a una información que, o mucho me equivoco, o les libraré a ustedes de la pesadilla que están padeciendo.

—Está bien, venga usted a Urnieta y hablaremos.

—¿A su empresa? No, no puede ser. Precisamente de eso quiero hablarle. Tienen ustedes algunas personas peligrosas trabajando ahí dentro. Y algunas de ellas me conocen. Tendríamos que reunirnos en algún otro lugar. Donde usted quiera, pero fuera de Teknomat...

—¿Ha dicho que llama usted desde San Sebastián?

—Sí, pero si lo prefiere podemos quedar a mitad de camino. ¿Qué le parece en Hernani?

—¿En qué parte?

—¿Conoce AMR refractarios?

—Claro..., la antigua Arístegui.

—Exactamente.

—Sí, sé bien dónde está.

—¿Le parece bien ahí dentro de diez minutos?

—¿Diez minutos?

—Sí. Cuando se lo explique todo comprenderá que el tiempo es vital y ahora mismo juega en nuestra contra. Pronto comprenderá que no exagero.

—¿Cuánto tiempo nos llevará la entrevista?

—No mucho. Espero no retenerle más de quince o veinte minutos.

—De acuerdo, voy para allá...

—Hasta ahora.

Cuando Eduardo salía por la puerta, se encontró con que su padre y Víctor llegaban a un tiempo. Venían de la cita para la entrega del dinero. No le gustó nada la cara que traían, sobre todo la de su padre, que parecía más compungido que nunca.

—¿Cómo os ha ido?

—Mal, hijo. —Con aire deprimido, sin detenerse, Zorrozúa continuó caminando hacia el interior del edificio.

Eduardo interpelló entonces a Víctor, que venía caminando por detrás:

—¿Tan mal han ido las cosas?

—Han sonado las sirenas de los bomberos a las doce en punto. El enlace se ha asustado y ha huido. Tu padre teme que los chantajistas crean que ha llamado a la policía, y tomen represalias.

—El maletín que lleva ahora mi padre, ¿sigue conservando el dinero en su interior?

—Sí. Nada ha cambiado desde ese punto de vista.

—Me alegro. Ahora tengo que salir un momento a una reunión en Hernani, pero volveré en seguida. Trata de calmarle, por favor.

—Haré lo que pueda. Ven a vernos cuando vuelvas.

—Por supuesto. Hasta ahora.

Apenas le llevó unos minutos recorrer los escasos seis kilómetros que le separaban de su cita en Hernani.

Aparcó en una de las rayas destinadas a las plazas de visitas de AMR y salió del coche. Entonces cayó en la cuenta de que no había establecido ningún modo de reconocimiento con su interlocutor. Aunque tampoco tenía excesiva importancia el detalle. El lugar convenido no tenía pérdida. AMR ocupaba un enorme pabellón industrial, y los coches aparcaban en uno de los laterales, junto a la puerta de entrada. No había nadie más en las inmediaciones. En cuanto llegara el tal Alfonso Zabala, no les sería difícil reconocerse mutuamente.

Aprovechando que en ese momento había dejado de llover, salió del coche.

Al cabo de un par de minutos de espera, comenzó a pasear a lo largo de la estrecha carretera entre los pabellones del Polígono industrial de Ibaiondo.

El viento, helador, seguía soplando racheado, aumentando aún más la sensación de frío.

Se subió el cuello del gabán y se abrochó hasta el último botón.

Mientras caminaba, con aparente despreocupación, no dejaba de dar vueltas en la cabeza a lo que la presente cita podría aportar a la resolución de tan desagradable situación.

Entonces escuchó a sus espaldas el motor de un vehículo que se acercaba hacia él a gran velocidad. Sin tiempo para apartarse a tiempo, y sin siquiera saber hacia qué lado hacerlo, Eduardo optó por permanecer inmóvil, a la espera de que el imprudente conductor fuese capaz de esquivarle.

Se trataba de una furgoneta Volkswagen Caravelle, modelo antiguo, que en el último momento

logró detenerse con brusquedad, derrapando a su lado.

Mucho antes de que el joven pudiera reaccionar, una de las puertas laterales, una puerta corredera, se abrió con evidente precipitación. De su interior salió un tipo alto y fornido que, de un violento empujón, le introdujo en el interior del vehículo.

Ninguno de los edificios adyacentes tenía ventanas que dieran al lugar en donde acababa de ser secuestrado el hijo de David Zorrozúa.

Virginia estaba sentada en la mesa en que últimamente comía con Eduardo.

Tenía cara de pocos amigos. Pocas cosas le enojaban más que las faltas de puntualidad. Por eso Eduardo acudía siempre como un reloj a la una y media. Siempre, menos hoy.

La joven consultó el reloj por enésima vez. Pasaban ya de las dos menos diez.

Además de la falta de cortesía que suponía el retraso, a Virginia se le antojaba humillante comer sola en una mesa, mientras el resto del personal charlaba animadamente a su alrededor.

Ese día la contable comió más rápido de lo habitual. Además de que el mal humor le había hecho perder el apetito, no tenía con quién hablar.

En cuanto terminó, subió directamente al despacho de Eduardo. Quería decirle a la cara, aunque estuviese en medio de una reunión, que si no podía llegar a tiempo a comer, lo menos que podía hacer era avisarle. Para eso estaban los teléfonos móviles, para comunicarse con inmediatez y eficacia. Había infinidad de modos de hacerle llegar un mensaje tan sencillo como por ejemplo: «hoy no podré llegar a la 1h 30'. Me ha surgido un imprevisto. No me esperes: disculpa.»

Llamó a la puerta, pero no contestó nadie.

Volvió a llamar con mayor fuerza.

Tampoco.

Entonces abrió la puerta y comprobó que Eduardo no estaba en su despacho.

«*Qué raro. ¿Dónde se habrá metido?*»

Le llamó por teléfono.

El aparato daba señal, pero Eduardo no respondía. Al sexto tono saltó el contestador.

Virginia tenía alergia a los contestadores de voz, por lo que no dijo nada.

Iba a ponerle un mensaje cuando se paró un minuto a reflexionar: «*claro, estará con su padre. Seguro que están enzarzados en una de sus interminables discusiones...*»

La mujer dudó un instante. Interrumpir en la oficina de su jefe eran palabras mayores... Pero para eso estaba la mano izquierda femenina. Entraría con cualquier excusa y se aseguraría de que Eduardo se percatara de su terrible cara de enfado.

Llamó a la puerta y, para su sorpresa, chocó con una sonora negativa a entrar. En el tiempo que llevaba en Teknomat, jamás se había encontrado en una situación semejante. La voz que le había respondido, que reconoció como la de David, no estaba para bromas, ni mucho menos para sobresaltos.

La muchacha optó por regresar a su puesto de trabajo con las orejas gachas. Ya tendría ocasión de ajustarle las cuentas a Lalo más adelante...

Al otro lado de la puerta, Rodrigo —que acababa de llegar hacía apenas un minuto—, informaba a David Zorrozúa y a Víctor de lo que había conseguido averiguar.

—Era un pobre chaval. Un novato. Un pobre chorizo de tres al cuarto. Se llama Endika Moreno. ¿Te suena el nombre y, sobre todo, el apellido?

—No. Conocí una vez a un «Moreno» en Pamplona. Pero me figuro que no tendrá nada que ver con él. No es un apellido infrecuente.

—Entonces, ¿nadie de la empresa o relacionado con ella?

—Ahora mismo no caigo. Tal vez si hiciera memoria..., pero no creo que haya nadie significativo con ese nombre en mi vida, ni en la de la empresa...

—¿Estás seguro de que ése es su verdadero nombre? —preguntó Víctor.

—Absolutamente seguro. El tipo me mostró su carnet de identidad.

—¿Quieres decir que fue a recoger el dinero con el DNI encima? —preguntó Víctor asombrado.

—Sí. Como ves, no es ningún «profesional». Ya os he dicho que es un pobre chaval.

—Bueno, ¿y qué te ha dicho?

—Creo que todo lo que sabe: que a él y a un amigo suyo que responde al apodo de «Mánix» les contactó un tal Aitor, del que desconoce el apellido. Es un pequeño traficante de drogas de la parte vieja donostiarra.

»Aitor les ofreció un trabajo con el que se podían ganar un dinero fácil. Bastaba con ir a recogerlo a donde se les dijera. Se quedarían con 300.000 €, a repartir entre Mánix, Endika y Aitor. El resto sería para «La Loba».

—¿La qué...? —preguntó Víctor. David se limitaba a escuchar con cara cada vez más asustada.

—«La Loba». Por lo visto es el nombre con el que se autodenomina la organización que está detrás de este chantaje. Endika dice no saber quiénes son.

—¿No tiene al menos alguna intuición? ¿Si son extranjeros o locales, si llevan tiempo actuando en la zona...?

—Dice que no sabe nada. Sólo ha oído decir que son capaces de cumplir sus amenazas.

—¿Crees que dice la verdad?

—Sí. Se me ha echado a llorar. Y no fingía. Tiene mucho miedo. Además, o mucho me equivoco, o es el tipo de individuo que, cuando está sometido a presión, canta hasta lo que no sabe.

—¿Lo tienes localizado?

—Sí. Vive con su madre en el barrio de Gros: calle San Francisco, número 26.

—Si ese chico no miente, significa que no estamos ante un simple farol. Desde luego, no parece tratarse de un viejo empleado resentido. Es alguien con un mínimo de estructura y, si la tal Loba es tan fiera como la pintan, se trata de una banda dedicada al crimen organizado.

El empresario estaba a punto de sufrir una crisis de ansiedad. Víctor trató de serenarle una vez más:

—David, cálmate, por favor. Piensa que las sirenas han sonado sin que nosotros hayamos intervenido. Ni siquiera habíamos fijado la hora ni el lugar de la cita. La habían fijado ellos. Por tanto, no puedes culparte de que las cosas no hayan salido como teníamos previstas. Por otro lado, es cierto que esta información nos impulsa a extremar las precauciones. En mi opinión, ha llegado el momento de acudir a la policía.

—Víctor, te agradezco mucho tu sinceridad. Y, sí: estoy de acuerdo en que ha llegado el momento de informar a la policía.

—Si quieres podemos acompañarte, esta vez en estricta calidad de abogados.

—Sí, me gustaría mucho que me acompañarais.

Iban a salir, cuando sonó el teléfono portátil de David. Número oculto.

Los únicos que llamaban con número oculto eran los de la «Compañía de Seguridad» o «La Loba» o como quisieran llamarse. Las pupilas de los ojos de David se dilataron ostensiblemente:

—¡Son «ellos»! ¿Qué hago?

—Coge.

—¿Diga?

—¿¡Aitá!?! ¡Soy Eduardo!

—¡Hijo! ¿Desde dónde llamas? ¿Qué teléfono es éste?

Una voz distinta de la de Eduardo respondió por él:

—No se apure. Con nosotros estará a salvo. No así con usted. Se ha comportado muy mal esta mañana. Tan mal, que hemos debido alejar a su hijo de su compañía. Como sabe, velamos por la seguridad de su familia. Si no vuelve a hacer tonterías y mantiene a la policía alejada, tal vez consideremos la posibilidad de que su chico vuelva con usted. De lo contrario, tenga por seguro que no le volverá a ver.

»Muy pronto recibirá nuevas instrucciones. Pero le adelanto que en la próxima cita deberá entregar dos maletines. Los retrasos se pagan: en este caso el importe de las facturas se ha duplicado. Tenga el dinero preparado lo antes posible, porque no tardaremos en volver a llamar...

Y colgó.

Víctor y Rodrigo asistieron al duro espectáculo de ver cómo un respetable empresario, entrado en años, con el pelo completamente encanecido por los reveses de la vida, se llevaba impotente las manos a la cabeza y se echaba a llorar y a sollozar como un niño.

Los abogados no sabían hacia dónde mirar.

Sólo cuando se hubo recuperado lo suficiente, Víctor le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Tienen a Lalo... Y ahora me exigen el doble de dinero... Debo reunirlo lo antes posible...

Se produjo un profundo silencio.

Sólo una vez que Zorrozúa volvió a ser dueño de sí, añadió con firmeza:

—Cambio de planes. No vamos a ir a la policía. Eso pondría en grave riesgo la vida de mi hijo. Debemos continuar luchando por nuestros propios medios.

Rodrigo miró en dirección a su jefe, que respondió:

—David, dudo mucho que nosotros estemos capacitados para proteger a tu hijo mejor que la policía.

—¡Pero ellos han dicho que si no mantengo a la policía apartada, mi hijo morirá! —era la primera vez que David levantaba la voz ante Víctor y Rodrigo.

Víctor hizo un gran esfuerzo para emplear el tono sosegado que tan buen resultado le daba en situaciones de tensión:

—Tú mandas. Si no quieres llamar a la policía, no podemos obligarte a hacerlo. Si prefieres que seguir trabajando con nosotros, por nuestra parte no ahorraremos esfuerzos.

—Gracias. —Respondió David con apenas un hilillo de voz. Ahora, si no os importa, dejadme solo.

Antes de salir, Víctor formuló una última pregunta:

—David, ¿vas a tener problemas para reunir el dinero?

—No. Preparé más dinero del que pedían, previendo posibles complicaciones.

—Entonces, ¿lo tienes?

—Sí, podría realizar el pago ahora mismo si hiciera falta...

—Mejor así. Me quitas un peso de encima.

Transcurrieron un par de días sin noticias de los chantajistas. David padecía continuos altibajos: tan pronto lo veía todo negro e irresoluble, como se llenaba de optimismo y vitalidad, dedicándose a hacer planes de futuro para cuando regresara su hijo.

Rodrigo Sotomayor dedicó buena parte de su tiempo a recorrer la empresa, ejerciendo sus supuestas funciones de supervisión en seguridad e higiene laborales.

Había robado algunas horas a las noches para estudiar los listados de personal de las diferentes áreas, y para refrescar sus empolvados conocimientos en la materia en la que se suponía que era un experto. A esas alturas estaba ya perfectamente al corriente de la existencia de Franklin Carrillo y de su actividad conflictiva, así como de sus extrañas andanzas nocturnas, de las que no había informado a su jefe de sección. Tenía también identificado a su camarada marroquí, Bilal Hamri.

Acababa de verlos frente a sí, cuchicheando en una esquina apartada, precisamente debajo de un enorme puente-grúa. Ninguno de los dos llevaba puesto el casco.

Una oportunidad como esta no se presentaba dos veces.

Con paso firme y seguro, Rodrigo se acercó hasta ellos e interrumpió la conversación con pretendida rudeza.

—¿Qué hacéis aquí vosotros dos?

Tanto el colombiano como el marroquí habían tenido ocasión de ver a Rodrigo en la fábrica durante los días anteriores, sin embargo, parecían desconocer por completo cuál era su función en Teknomat.

Por eso, su primera reacción fue de sorpresa: ¿quién demonios se supone que era ese tipo que se permitía llamarles la atención de ese modo? ¿Acaso no sabía con quién estaba hablando? ¿No sabía que se estaba buscando problemas?

El primero en responder fue el colombiano:

—Estamos hablando. ¿Está prohibido hablar? Además... ¿a ti qué te importa? ¿Quién te crees que eres?

—Soy Rodrigo Sotomayor, inspector de Seguridad e Higiene Laborales. Puedo abriros un expediente por lo que estáis haciendo.

—¿Por hablar?

—Por hallaros en este área sin casco. ¿Veis eso? —Rod señaló hacia arriba—. Es una grúa. Sirve para transportar mucho peso. Si cayera sobre vosotros, el casco podría salvaros la vida.

—Mira, tío. Me canso de tus chorradas. —Mientras hablaba, Bilal, el marroquí, sostenía la mirada de Rod con ojos amenazantes—. Tú no vas a abrir expediente, o lamentarás mucho.

Rodrigo comprendió que tenía ante sí a dos auténticos matones.

Manteniendo su papel de inspector, trató de defenderse:

—¿Eso es una amenaza? Puedo denunciaros por esto.

—¿Ah, sí? —esta vez fue Franklin quien habló—. ¿Con qué pruebas? Es tu palabra contra la nuestra... No sigas por ahí, amiguito, lo mejor será que te largues de aquí ahora mismo...

Rodrigo tenía a gala ser una persona fría y dueña de sí. Pero si había algo que no podía

soportar era la chulería y la insolencia. Por eso no se esforzó mucho por controlarse.

—Mira, hijo. Soy inspector de seguridad e higiene, pero eso no significa que sea tonto y, mucho menos, que puedas tratarme con semejante falta de respeto.

De un soberbio puñetazo en la mandíbula derribó al colombiano y, acto seguido, agarró al marroquí por el cuello mientras le preguntaba:

—¿Verdad que nadie ha visto nada? ¿Verdad que tu amigo se ha caído solo?

—Sí, sí. Claro.

—Más te vale. Porque como se te ocurra ir a la policía con el cuento, volveremos a vernos las caras. Y no sólo en el juzgado. ¿Me has entendido?

La cara de enfado del marroquí no auguraba nada bueno. Sus ojos inyectados en furia estaban proclamando a los cuatro vientos que trataría de desquitarse a la menor oportunidad. Pero también estaba claro que de ninguna manera denunciaría los hechos ante la policía.

—¡Ah! Y no olvidéis poneros el casco.

A Rodrigo le había quedado muy claro que esos dos tipos no eran legales. Y que muy probablemente ocultaran material o información de interés en sus casilleros.

Al llegar al despacho de Zorrozúa, se encontró con que Víctor estaba también allí.

Les hizo un breve resumen de su encuentro con los dos «trabajadores».

—¡Vaya pareja! Hay que registrar sus casilleros esta misma noche.

Pero David estaba en una de sus horas bajas. Sentado en el sillón, tenía la mirada perdida en el infinito. No volvió en sí hasta que sonó su teléfono móvil.

Miró a la pantalla y se relajó ligeramente. Por lo visto no eran «ellos».

—Dime, cariño.

—...

—No, tranquila. Todo va bien.

—...

—Sí, estoy en Urnieta.

—...

—¿Qué...? ¿A las 15h 30'...? ¿Cómo no me has avisado antes?

—...

—Sí, claro, iré a recogerte. Un beso. Adiós.

Cuando colgó, volvía a ponerse lívido, como una hoja de papel.

—¿Qué más podría ocurrirme? Mi mujer aterriza a la una y media en el aeropuerto...

Antes de que nadie pudiera comentar nada, su teléfono volvió a sonar.

—¡Qué oportunos! ¡Es que todo el mundo se ha puesto de acuerdo en interrumpirnos precisamente ahora...! —Irritado, pulsó con brusquedad la tecla de llamada ocupada.

—¡Cuidado, David! Pueden ser «ellos» —exclamó Rodrigo.

Tenía toda la razón: eran los chantajistas: número oculto.

David se dio cuenta cuando ya había colgado.

Afortunadamente, el teléfono volvió a sonar.

Esta vez Zorrozúa se apresuró a responder.

—¿Diga?

—¿Qué le ocurre? Entiendo que me ha colgado por error.

—Sí, claro. Estoy un poco torpe y al coger...

—No tiene importancia. Espero que tenga ya el dinero. Recuerde que la vida de su hijo

depende de ello. Deberá entregarlo esta tarde a las 20.00 en el lugar que se le indicará mediante una nueva llamada que recibirá a las 19h 00.

Y colgó.

David colgó también y se secó la frente con el pañuelo. Sudaba abundantemente.

—Esta tarde a las 20.00 debo llevar el dinero a algún lugar que determinarán a las 19h 00.

—Los acontecimientos se precipitan. Y a la vista de cómo se están acelerando las cosas, debemos preparar la llegada de Mentxu. No puedes ocultarle la desaparición de vuestro hijo. ¿Me permites que te acompañe al aeropuerto?

—Sí, creo que será lo mejor.

David Zorrozúa era en aquellos momentos un hombre vencido. Hubiese accedido a cualquier cosa con tal de no tener que pensar más en toda aquella vorágine que le abrumaba, y que no hacía más que crecer a cada minuto.

A las doce en punto alguien llamó a la puerta del despacho de David.

—¡Pase!

Era Virginia, que desde el día del desplante de su Eduardo había permanecido en casa aduciendo fiebre y que ahora, ya recuperada, regresaba de nuevo a la fábrica.

El trato de Virginia con David Zorrozúa era tenso, si bien ambos guardaban las formas.

La chica se había asomado a la puerta y se había quedado de pie, apoyada en la manilla, sin atreverse a entrar.

—Perdone que le moleste. ¿Sabe algo de Eduardo? No está en su despacho.

—Entra y cierra la puerta, por favor.

Virginia obedeció en el acto.

David le indicó mediante un gesto que se sentara en la silla frente a su mesa de trabajo.

Entonces le explicó lo sucedido:

—Se han llevado a Lalo. Le han secuestrado...

—¿Qué...? —con aquel breve monosílabo la chica dio la impresión de no poder dar crédito a lo que acababa de oír.

David continuó hablando con una cadencia lenta y pesada, motivada por su propio dolor:

—¿Te ha dicho él algo de lo que me está ocurriendo?

—Sí. Estoy al corriente de todo.

—Pero tal vez no sepas que cuando fui a entregar el dinero, justo a la hora convenida, sonaron las sirenas de los bomberos. Al parecer, los chantajistas las tomaron por sirenas de la policía... Por eso es por lo que ese mismo día se llevaron a Lalo, como represalia, y como medio de cubrirse las espaldas...

—¡Eso es absurdo! Además, puede decirles que eran los bomberos, que ni usted ni Eduardo tienen la culpa de ello... Y ellos, los tipos esos, tienen maneras de comprobar que es cierto...

—Me temo que no es tan fácil, Virginia. Ellos pueden contactar conmigo cuando quieren, pero yo no puedo hacer lo mismo con ellos. Y cada vez que llaman, dan sus instrucciones y cuelgan. Es tarde ya para volver atrás sobre esa cita. Ahora tendremos que encarar las cosas tal y como están.

—¿Y no ha sido capaz de... de decirme nada hasta hoy? ¿Qué hubiera pasado si no vengo a preguntar?

—Debes perdonarme, estoy muy alterado, y..., en cualquier caso, no quería inquietarte.

—Pero... ¿y sus famosos detectives de Madrid? —Sin haberlo pretendido, la chica remarcó tal vez en exceso las palabras «sus» y «Madrid», como si continuara siendo la chica nacionalista radical que aborreciera nombrar la capital de España y todo lo que viniera de allí—. ¿Para qué se supone que están? ¿Cómo es que no han sido capaces de evitarlo?

—Ellos lo están haciendo bien. Sigo confiando en ellos. Hay que darles tiempo. Apenas llevan aquí unos pocos días...

—¡Pero no han sido capaces de evitar el secuestro de Lalo...! —La mujer empezaba a perder los estribos—. ¡Hay que ir a la policía!

—¡Eso está completamente descartado! —David respondió levantando la voz y haciendo uso de todo el peso de su autoridad—. Si ellos creen que hacemos caso omiso de sus advertencias, ten por seguro que lo matarán. Así me lo han dicho expresamente, la vida de Lalo depende de que sigamos sus indicaciones y, muy en particular, de que mantengamos alejada a la policía.

—¿Pero es que esos detectives de Madrid no son algo equivalente a policías? —volvió a pronunciar con despego la palabra «Madrid». Esta vez pareció hacerlo intencionadamente.

—Es distinto. Ellos conforman una estructura ligera, que puede actuar sin ser vista y, en determinadas circunstancias, llegar incluso más lejos que la policía.

—No comparto esa visión. Nuestra obligación es denunciar el caso en la comisaría. Sólo así podremos recuperar a Lalo...

—Mira, Virginia, Lalo es mi hijo y voy a llevar este asunto como me parezca. Bastantes explicaciones te he dado ya, a pesar de que sabes muy bien que me gusta nada que salgas con él. De ahora en adelante no pienso volver a hablar de este tema contigo. Sólo te voy a decir que no se te ocurra aparecer con el cuento en ninguna comisaría de policía, o de lo contrario, quedarás automáticamente despedida. Confío en esos abogados de «Madrid», como tú les llamas y me importa un bledo lo que tú opines sobre el asunto. ¿Me has comprendido? —David estaba fuera de sí. Había perdido los papeles y sus palabras habían sonado tan duras como el mensaje que transmitían.

Virginia estuvo a punto de defenderse con palabras igualmente duras. Pero consiguió controlarse a tiempo. Se limitó a despedirse con un lacónico:

—Adiós, David.

De camino hacia el aeropuerto, apenas intercambiaron unas pocas palabras.

Víctor conducía mientras David viajaba en el asiento del copiloto con los ojos cerrados. Era evidente que hacía esfuerzos por tratar de relajarse.

El avión llegó puntualmente a la hora prevista.

David corrió al encuentro de su mujer tan pronto como vio que atravesaba el control policial. La recibió con un cariñosísimo abrazo, mucho más emotivo de lo que sería de esperar tras una ausencia de apenas una semana.

—Mentxu, cariño, ¿no sabes qué alegría tan grande me da verte!

La mujer no se esperaba un recibimiento tan efusivo y, sobre todo, desproporcionado.

Al serle presentada, Víctor comprendió que Mentxu Olazábal era toda una mujer. Una mujer con todas las de la ley. «*Si lo hubiera sabido antes —pensó—, no hubiera abogado porque ella se quedara en Alicante.*»

Además de presencia, pues era alta y apuesta, tenía clase.

Pero, sobre todo, tenía carácter. Y esto fue lo que más le gustó al abogado. O mucho se equivocaba, o esperaba encontrar en ella una firme y segura aliada.

Se hizo cargo cortésmente de su equipaje.

El trayecto hasta el coche fue muy breve, el aeropuerto era pequeño y habían conseguido aparcar muy cerca de la puerta.

Al subir al automóvil, David anunció:

—Mentxu. Víctor es abogado y detective. Y tiene algo que explicarte.

—¡Ya me lo temía yo! Por eso he adelantado el regreso. Veo que no me equivocaba. ¿Qué es lo que ha pasado?

Víctor comenzó a esbozar un relato sucinto pero completo de lo que había ocurrido en San Sebastián durante su ausencia.

Puso especial tacto al referirse al secuestro de su hijo.

La mujer, tal y como era de esperar, acusó el golpe. Sin embargo, no lloró. No era el tipo de persona que gimotea en presencia de extraños. Su rostro se crispó en un gesto serio y dolorido, pero supo mantener el tipo. Era considerablemente más fuerte que su marido. «*Y ése —confirmó el detective para sí— iba a resultar el apoyo que Zorrozúa necesitaba para no venirse abajo cada dos por tres.*»

Era tanta la fortaleza que Víctor apreció en la dama, que después de haberle puesto en antecedentes de todo, se atrevió a pedirle además algo que hacía tiempo que se proponía abordar:

—Mentxu, me gustaría que visitaras a Isabel, la mujer de Ramón Aguirre. No quiero que pienses que quiero que espíes a tu amiga. Pero, consciente o inconscientemente, es posible que ella haya visto u oído algo. David me habló de su hija, que es posible que continúe con vida. Si es así, si esa chica vive y ha regresado, no sería del todo descabellado pensar que pudiera estar implicada en el asunto. Incluso con los años que han pasado, sería posible que estuviera trabajando en Teknomat bajo una identidad falsa.

Mentxu escuchaba atentamente sin que el menor movimiento de los músculos de su cara diera

a entender lo que pensaba.

El detective hizo entonces una pausa intencionada ante la que la mujer respondió:

—Cabe muy bien que, como dices, en el caso de que su hija haya regresado, trate de mantener algún tipo de relación con su madre. Isabel siempre se portó muy bien con sus hijos. Por eso no sé cómo pudieron salirle así. Supongo que por culpa de Ramón... Pero, respondiendo a lo que me pides, iré a verla.

—Gracias Mentxu. Sé que es duro. Pero creo que es importante.

—Lo que no comprendo —dijo, dirigiéndose hacia su marido—, David, es que hayas sido capaz de mantenerme al margen durante todos estos días...

—Mujer, yo..., creí que todo se solucionaría en un par de días y..., bueno, quise ahorrarte disgustos.

—Me parece que debías haber llamado a la *Ertzaintza*⁵.

—Lo mismo me dijo Víctor. Pero ahora ya es demasiado tarde, sobre todo porque la seguridad de Lalo depende de que no digamos nada a la policía.

Mentxu lanzó una mirada de conmiseración a su marido. Más que una mirada de esposa, pareció una mirada de madre, de una madre que se apiadara de un hijo desamparado, incapaz de valerse por sí mismo.

—¿Te llevamos a casa, no? —preguntó Víctor que era quien conducía.

—No. Déjame en la puerta de la parroquia. Quiero rezar por la liberación de Lalo.

—Menos mal que has venido, Mentxu. Ahora me doy cuenta de lo mucho que te necesito, y de lo estúpido que he sido al querer afrontar este asunto yo solo.

En cuanto el reloj dio las cuatro de la tarde, Virginia recogió sus cosas, abandonó su oficina y salió a paso rápido en dirección hacia la comisaría de policía más cercana.

Urnieta dependía —ironías de la vida— de la comisaría de la *Ertzaintza* de Hernani, situada en el barrio de Latxunbe de esa localidad.

Y apenas diez minutos más tarde la joven llegaba a las inmediaciones de su lugar de destino, en donde estacionó su sencillo Ford Focus de color blanco.

Bajó del coche y, con el mismo paso rápido con el que había abandonado Teknomat, se dispuso a ascender la leve loma sobre la que se asienta la comisaría.

La recibió un policía uniformado con el característico traje rojo del cuerpo. El agente ocupaba la zona de recepción, perfectamente delimitada tras un grueso cristal blindado que dificultaba un poco la sonoridad de la comunicación.

—*Arratsalde on!* ¡Buenas tardes!

—*Arratsalde on!* Vengo a interponer una denuncia.

—¿Un denuncia de qué tipo?

—Se trata de un caso de chantaje y secuestro.

—¿Está segura de lo que dice?

—Completamente.

—Espere un momento por favor...

El policía se retiró para regresar al cabo de pocos minutos acompañado de los dos agentes que recibirían su declaración: una mujer vestida de uniforme, y un hombre de paisano.

Salieron de la zona blindada y se dirigieron hasta una pequeña oficina situada a espaldas del

lugar en donde había estado esperando Virginia.

Comenzaron con las formalidades de rigor:

—¿Nombre?

—Virginia Iturrioz Fernández.

—¿Domicilio?

—Avenida de Zumalacárregui número 6, 4º derecha.

...

...

Al cabo de aproximadamente cuarenta y cinco minutos, los policías sabían poco más o menos lo mismo que Virginia: que desde hacía algunas semanas don David Zorrozúa, presidente y socio fundador de Teknomat, S. A., y padre de don Eduardo Zorrozúa Olazábal, había recibido una serie de mensajes intimidatorios, requiriéndole al pago de una importante suma de dinero a cambio de respetar su integridad física y la de su familia. Que los chantajistas habían insistido desde el principio en que David no debía bajo ningún concepto acudir a la policía.

Que don David Zorrozúa había acudido a los jardines de Alderdi-Eder de San Sebastián a efectuar el pago solicitado, cuyo importe exacto Virginia Iturrioz desconocía. Que debido a una inesperada aparición de los bomberos haciendo sonar sus sirenas, el enlace que debía recoger la suma se había asustado, abortando la operación.

Que los chantajistas, confundiendo las sirenas de los bomberos con las de la policía, como represalia habían secuestrado a Eduardo Zorrozúa Olazábal, hijo de don David Zorrozúa Ortúzar.

Que, de lo manifestado por la denunciante, se desprendía que la vida e integridad física de David y de Eduardo Zorrozúa estaban en claro peligro.

Que, dadas las especiales circunstancias por las que atravesaba don David Zorrozúa Ortúzar y las amenazas recibidas por parte de los extorsionadores, debían extremarse las precauciones antes de que la policía se diera a conocer.

No mencionó la intervención profesional del Estudio Legal y Forense Fosch. Consideró que nada sustancial aportaría a la policía con referirse a ellos y que, por el contrario, si David Zorrozúa llegaba a saber que los había nombrado, su enfado sería aún mayor.

Diez minutos después de que Virginia hubiera abandonado la comisaría, el policía que la había atendido de paisano llamó a su compañera.

—Eduarne, mira lo que he encontrado aquí —se refería al fichero de datos de policía.

—¡Pero si es la denunciante!

—Así es. ¿Curioso, no?

Desde media hora antes de las siete de la tarde, los tres hombres, reunidos en el despacho de Zorrozúa, hacían conjeturas en torno al lugar en el que el empresario sería convocado en esta ocasión, y el modo conforme al que deberían proceder.

—Creo que te citarán en un despoblado. No querrán que se repita el fiasco de las sirenas. El GPS nos informará de la posición del maletín. Nosotros nos encargaremos de su seguimiento. Al igual que en la ocasión anterior, tú no debes hacer nada que se salga del guión que establezcan: te limitarás a entregarles el dinero y a regresar a casa.

A las siete en punto sonó el teléfono.

David cogió a la segunda llamada.

—¿Diga?

—¿Sr. Zorrozúa?

—Sí, dígame.

—Llamo de la Compañía de Seguridad. Debe tomar los dos maletines y llevarlos por la autopista A-8 hasta la salida de Eibar. Dese prisa, porque tiene cuarenta minutos para hacerlo. Nada más pasar el peaje, verá a un motorista con una bufanda amarilla. Sígale hasta que se detenga. ¿Ha comprendido? Repita las instrucciones que le he dado.

—Sí, sí. Debo salir de la autopista en Eibar y, una vez pasado el peaje, verá a un motorista con una bufanda amarilla. Debo seguirle hasta el lugar en el que se detenga. Pero, ¿por qué cuarenta minutos? Es un tiempo muy justo y...

—Cuarenta minutos exactos. Empiezan a contar. No se entretenga. Piense en su hijo...

Una vez más, sin esperar respuesta, el hombre al otro lado de la línea telefónica había colgado.

—Tengo cuarenta minutos para llevar el dinero a Eibar, a unos cuarenta y cinco kilómetros siguiendo la autopista de Bilbao. Veré a un motorista con una bufanda amarilla en el peaje. Debo seguirle hasta que se detenga.

—Recuerda David, por favor: límitate a cumplir con sus instrucciones. ¡Mucha suerte!

—¡Gracias!

Al verlo marchar, Víctor recordó la primera vez que había visto al empresario, en la cafetería de Castellana Ocho, en Madrid, apenas unos días antes. Si en aquella ocasión, al conocer su edad, lo había encontrado envejecido, ahora lo vio aún más estropeado. Se hacía patente que estos días de tensión estaban minando su salud.

—Ahora nos toca a nosotros. Dios quiera que no tengamos ninguna víctima que lamentar...

Pero al atravesar la cancela de Teknomat, Víctor vio algo que le llamó la atención.

—Como me llamo Víctor, que ese coche que ha salido detrás de Zorrozúa es un coche de policía camuflado.

—¿Estás seguro? Sería realmente asombroso.

—Tiene toda la pinta. Dos hombres jóvenes a bordo. Además, es un Citroën C-4, precisamente el modelo más empleado para este tipo de operaciones.

—Hay que evitar que esta segunda entrega fracase.

—Si se confirma que es la poli, la cosa se pone muy fea...

Víctor iba al volante y Rodrigo atendía al receptor de señales que llegaban desde uno de los maletines.

En el momento en el que el empresario llegaba al peaje eran las 19h 32'. Ocho minutos de adelanto... Había corrido como tal vez nunca antes en su vida.

Tan pronto como hubo pasado la barrera, comprobó que el motorista de la bufanda amarilla ya estaba ahí, y que supo reconocer su coche sin dificultad. Pues, nada más verle, arrancó, señalando el camino a seguir.

En un primer momento se limitó a recorrer el trazado de la N-634, siguiendo el curso del río Deva.

Pero en cuanto llegó a la altura del Ayuntamiento, giró hacia la derecha para enfilarse por la calle Santa Clara, inicio de una endiablada carretera llena de curvas. Una ruta que conduce hasta Marquina-Jeméin, ya en territorio de Vizcaya.

La motocicleta se defendía muy bien en el que es su territorio natural: el de los giros y las revueltas. Pero Zorrozúa se las veía y se las deseaba para no perder de vista al tipo de la bufanda amarilla.

A ratos llegaba a perder de vista al Citroën C-4 que circulaba tras él. Zorrozúa se preguntó quién podía ser. Le resultaba evidente que le estaba siguiendo. ¿Tal vez otro vehículo de los delincuentes? Ni se le pasó por la imaginación que pudiera tratarse de la policía.

Pasados algunos kilómetros, de modo totalmente inesperado, el motorista hizo señas con la mano a David.

El empresario se preguntó qué es lo que podían significar.

No le quedó ninguna duda en cuanto vio al motorista realizar un giro de 180°, para regresar de nuevo hacia Eibar.

Jugándose la vida e infringiendo un buen número de normas de circulación, David le imitó.

Él mismo quedó asombrado de la pericia que, en su nerviosismo, había sido capaz de desarrollar, en medio de una carretera tan accidentada.

Ahora sí, el coche de la policía había quedado momentáneamente fuera de juego.

Cuando el C-4 se dispuso a imitar la maniobra, se encontró con que el coche que circulaba por detrás de él se lo impedía.

—¡Joder! Llevo un coche atrás intentando adelantarme desde Eibar y ahora viene tan pegado, que si giro nos va a chocar.

—Pues reduce y señala para que te adelante.

Pero el coche de atrás también aminoró y no adelantaba.

—¡Este tío de atrás me está poniendo malo! ¡Debe ser un dominguero de los que hacen época!

Los policías eran conscientes de que estaban perdiendo un tiempo precioso.

Se demoraron dos o tres minutos más hasta llegar a una recta en donde hubiera la suficiente visibilidad como para poder detenerse y girar en redondo sin peligro.

El coche de detrás se detuvo también.

—¿Qué hace? ¿No ve que estoy señalando para que me adelante?

El conductor bajó la ventanilla e hizo señas con el brazo. Sólo así consiguió ser adelantado.

—Por fin se va ese tipo...

—Lo has hecho muy bien, Víctor.

Mientras tanto, Zorrozúa continuaba siguiendo al motorista de la bufanda. Estaba cada vez más nervioso. Hacía rato que habían abandonado la carretera, y ahora circulaban por un camino secundario con piso de hormigón.

Al cabo de cinco minutos de accidentada marcha, la motocicleta se adentró en el interior de un enorme caserío abandonado del que apenas quedaba en pie la estructura.

La entrada carecía de la anchura suficiente para penetrar con el coche, por lo que Zorrozúa hubo de detenerse fuera.

Salió del vehículo a la espera de instrucciones.

Hacía frío y comenzaban a caer algunos copos de nieve dispersos.

Una voz procedente del interior rompió el silencio:

—¿Ha traído el dinero?

—Sí.

—¿Los dos maletines?

—Los dos.

—Sáquelos del coche y deposítelos junto la puerta.

Zorrozúa obedeció como un autómatas. A pesar de la baja temperatura reinante, un sudor frío le recorría por todo el cuerpo.

Una vez entregados los maletines, regresó al vehículo. Le temblaban las piernas y que el pulso le latía desbocado.

La profunda voz volvió a sobresaltarle:

—Si el importe es correcto, volverá a tener noticias nuestras. ¡Ahora márchese!

—¿Cuándo soltarán a mi hijo?

—Tal vez en unos días...

—¿Tal vez...? ¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que, si no hubiera llamado a la poli, su hijo estaría ahora en casita. Pero fue usted quien infringió el trato. Por eso ya no nos sentimos obligados a complacerle. Si le devolvemos a su hijo, será por motivos de buena relación entre la Compañía de Seguridad y sus clientes, pero no porque nos sintamos especialmente obligados. ¿Lo entiende ahora mejor?

—Pero oiga..., yo no llamé a la policía. Fueron los bomberos con sus sirenas los que lo alteraron todo...

—Los bomberos no persiguieron al cobrador de la bicicleta. Fue un poli. Y ahora cálese. Aténgase a lo pactado y límitese a esperar.

Zorrozúa calló y regresó cabizbajo al coche. Una vez dentro se echó a llorar. Se sentía destrozado e impotente.

Rezó para que no descubrieran el emisor de señales. Al menos, que no lo descubrieran antes de que Lalo estuviese a salvo.

Arrancó con la torpeza que últimamente era habitual en él, y giró en redondo para regresar a casa por el mismo sendero por el que había llegado hasta aquel apartado lugar.

La intensidad con que caían los copos de nieve iba en claro aumento.

Una vez perdidos de vista los policías, Víctor y Rodrigo dieron la vuelta y se detuvieron a un lado de la carretera.

Se habían apostado en un lugar muy próximo a la entrada del camino vecinal seguido por Zorrozúa y el motorista. Desde su posición dominaban los posibles movimientos de entrada y salida, a pesar de que el parabrisas se iba cubriendo de una ligera capa blanca.

Rodrigo permanecía atento a los menores movimientos del GPS.

Hacía ya más de media hora que Zorrozúa había regresado a San Sebastián y, sin embargo, los secuestradores seguían inmóviles en el mismo sitio.

Según el GPS se hallaban a tan sólo 2,3 kilómetros del maletín, y a 225 metros exactos de la entrada del camino.

Cansados de esperar, decidieron que Rodrigo se acercaría a pie a echar un vistazo.

Comenzó a caminar despacio, atento a cualquier sonido. La nieve recién caída, que iba cubriendo el suelo rápidamente, amortiguaba el ruido de sus pisadas.

La noche cerrada, unida a la frondosa vegetación que se extendía a ambos lados del estrecho camino, hacía que a ratos se le hiciera difícil seguir la senda.

La única fuente de luz de que disponía era la de su móvil, que sólo utilizaba cuando perdía por

completo toda referencia.

Así avanzó durante algo más de un cuarto de hora.

Hasta que el cercano e inesperado rugido de un motor le sobresaltó.

Se echó a un lado, saltando sobre la maleza.

Pero cuando, segundos más tarde, el coche pasó a su lado, la oscuridad reinante le impidió ver nada, ni siquiera el número de viajeros que lo ocupaban.

Casi lo había olvidado, pero la moto, cuyo conductor llevaba la cara completamente tapada por el casco, circulaba a continuación.

Llamó inmediatamente a Víctor:

—¿Dime Rod! ¿Has visto algo?

—Acaban de levantar el vuelo a bordo de un coche. Un BMW, me ha parecido, pero no estoy seguro. Le sigue la moto. ¿Qué dice el GPS?

—Sí. La señal se mueve. El maletín con el emisor sigue con ellos.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Les seguimos?

—Antes me gustaría echar un vistazo al lugar. ¿Estás muy lejos?

—No. Según mis cálculos debo de estar a un paso.

—Pues continúa. Pero por favor, no arriesgues.

—Entendido.

Sacó la pistola de su cartuchera.

Al cabo de pocos minutos descubrió un claro que se abría en la espesura. En medio se alzaba, como una gigantesca sombra, el caserío abandonado.

¿Y si Eduardo Zorrozúa estuviera encerrado en un sótano del edificio?

Continuó acercándose con mayor cautela.

Todo aparentaba estar en calma.

Abandonó la zona de vegetación para caminar lentamente hacia la entrada.

Descubrió que todo el edificio era una gran ruina. Ni siquiera quedaban restos de las puertas.

Se detuvo a escuchar. Nada. Ni el menor indicio de que ahí pudiera haber alguien.

Penetró en el interior muy lentamente, midiendo cada paso. La oscuridad era total. Aguzó el oído todo lo que pudo, tratando de escuchar a través del silencio. Pero la calma seguía pareciendo absoluta.

Se decidió a iluminar con el celular. Lo primero que vio fue que el piso superior se había venido abajo. Después realizó una rápida batida, enfocando cada rincón o esquina. Pero no había nadie. Ni tampoco nada de interés. Sólo escombros y algunos restos de basura. Dejados por antiguos ocupas, por indigentes, o por los propios secuestradores. Pero, en definitiva, nada que pudiera aportar algún indicio.

Trató de localizar la entrada a un posible sótano o bodega. Tampoco encontró nada.

Era el momento de llamar a Víctor:

—¿Sí?

—Han volado, Víctor. Aquí no hay nada que nos interese. Sólo un viejo caserío en ruinas, que es donde han esperado a Zorrozúa.

—Voy para allá a recogerte. Parece que circulan de regreso hacia San Sebastián.

Pocos minutos más tarde los dos abogados circulaban por la autopista tras la pista de los delincuentes.

Las máquinas quitanieves habían comenzado a trabajar, pues en el firme se iba acumulando

una capa de nieve de varios centímetros de espesor.

También los delincuentes circulaban despacio. Tanto, que poco a poco habían ido reduciendo las distancias.

Hasta que la señal del GPS desapareció...

—¡No recibo señal!

—Tranquilo, deben de haber entrado en un túnel, o en un aparcamiento subterráneo.

—No. Hace cinco segundos estaban a sólo quinientos metros por delante de nosotros. Y aquí en la autopista no hay aparcamientos que yo sepa. Tampoco veo ningún túnel... si lo hubiera ya deberíamos tenerlo a la vista.

—Entonces la cosa se pone fea. A no ser que sea una pérdida momentánea de batería.

En ese momento sonó el teléfono de Víctor. Era David.

—¡Me han dicho que no es seguro que liberen a Lalo...!

—Tranquilízate, David. Ellos ya tienen el dinero. Es lo único que les importa. No ganan nada con hacerle algo a tu hijo. En cambio, te perderían como «cliente» y se buscarían muchos problemas.

David trató de tranquilizarse con estas palabras. Era lo que buscaba: un clavo, aunque fuese un clavo ardiendo, al que poder agarrarse.

—Gracias, Víctor, buenas noches.

—Hasta mañana, David.

Al poco de colgar, volvió a sonar el teléfono.

¡Es Igor Prado! Quizás tenga buenas noticias.

En efecto, Igor Prado era el abogado de Bilbao que llevaba días luchando por conseguir los autos en donde se recogía toda la información en torno al accidente de Ramón Aguirre.

—¡Igor...! ¡Qué sorpresa! ¿Vas a darme una buena noticia? Te advierto que la necesito...

—Sí..., bueno, eso espero: verás, tengo los autos desde ayer por la mañana, pero tuve que marcharme corriendo a Bilbao, porque un compañero del despacho se puso malo. Por fin he conseguido terminar su trabajo y el mío, y ya estoy otra vez de regreso en San Sebastián. Dime dónde y cuándo quieres que te lleve la documentación. Supongo que ahora estarás cansado y te parecerá demasiado tarde, así que si quieres podemos quedar para mañana...

—No. Al contrario. La necesito ahora. ¿Dices que estás ya de vuelta?

—Sí, he regresado en cuanto he podido.

—¿Dónde te alojas?

—En el barrio del Antiguo. En el Hotel Aránzazu. ¿Sabes dónde está?

—Sí. Lo conozco. ¿Estás ahí ahora mismo?

—Acabo de llegar.

—¿Te ha dado tiempo para estudiar la documentación?

—Ayer la leí y releí unas cuantas veces, y en el coche he tenido tiempo para reflexionar.

—¿Hay algo que te haya llamado la atención?

—Un par de cosas.

—¿Te parece que cenemos juntos?

—Estupendo.

—Rod y yo vamos para allá. En unos minutos nos vemos en tu hotel. Si quieres, espéranos en el comedor, así ganamos tiempo.

Efectivamente, no fueron más que algunos pocos minutos. Los suficientes para comprobar que el GPS había dejado de emitir de modo definitivo.

Conforme a las instrucciones, Igor les esperaba sentado en una mesa para tres.

—¡Hola Igor! ¡Tu aparición en escena llega como agua de mayo!

—Hola a los dos —respondió levantándose de su asiento para saludarles—. Entonces, ¿eso significa que se están complicando las cosas?

—Más de lo que sería de desear. Esos tipos han secuestrado al hijo de nuestro cliente, al que siguen teniendo en su poder, a pesar de que ya han cobrado el dineral que pedían por su rescate: el doble de lo que demandaban al principio. Y lo peor de todo es que todavía no sabemos quién está detrás, ni qué es lo que se propone hacer con el hijo del cliente.

—No me lo podías poner más negro. ¿No creéis que convendría ir a la policía?

—Alguien ha denunciado ya el caso, así que ellos están ya enterados y trabajando. Pero de todas formas, la presencia de la policía, tal y como están las cosas, puede complicar mucho las cosas. En fin, ya veremos. Tenemos muchas esperanzas puestas en la información que nos traes.

—Bueno, espero no defraudaros —comenzó Igor, al tiempo que entregaba el grueso volumen de los autos a Víctor—, como os he dicho antes, veo varias cosas extrañas.

—¿Por ejemplo?

En ese momento llegaba el camarero, por lo que se vieron obligados a hacer una breve pausa.

Como la tensión del momento hacía que ninguno de los tres tuviera excesiva hambre, se limitaron a pedir un sándwich vegetal para cada uno.

—Por ejemplo —retomó Igor en cuanto se sintió a salvo de oídos indiscretos—, se encontraron algunos indicios que sugieren que pudo haber un forcejeo dentro del coche: hay un par de marcas de patadas que son inconfundibles.

—¿Y el motivo del forcejeo?, ¿sugieres que el muerto pudo haber sido retenido dentro del vehículo a la fuerza? —comentó Rodrigo pensativo.

—Eso es.

—Sí que es raro —continuó Víctor—, sobre todo porque entonces, quien quiera que lo tratase de sujetar, tendría que haber caído al agua con él. ¿Qué dijo el atestado policial de todo eso?

—No reparó en las marcas de los zapatos, o no les dio importancia. De todas formas, las marcas están hechas por alguien que viajaba en el asiento de atrás.

—Ya... ¿Y tú qué opinas? —preguntó Rodrigo.

—Yo me inclino más a pensar que las huellas de esos impactos fueron hechas por la víctima.

Víctor y Rodrigo se quedaron un rato pensativos, digiriendo las palabras de su colaborador.

—Porque, además, hay más cosas —prosiguió Igor—: la autopsia reveló que sin ningún tipo de duda, el hombre murió de traumatismo craneal.

—¿Y...? Eso es lo lógico: el coche se despeñó desde un alto acantilado.

—Pero veréis: presentaba sobre todo dos grandes impactos craneales. Uno de ellos es el que me ha parecido especialmente significativo, ya que de alguna manera podría explicar las patadas. Sin embargo, en los autos nadie parece reparar en él, o al menos darle la importancia que a mi juicio merece.

—¿Qué le pasa a ese impacto?

—Que en una de las fotos se ve que la víctima tiene una profunda lesión en la nuca.

—Perdona mi cortedad, pero ¿qué tiene de particular que un tipo que se despeña por un acantilado reciba un impacto en la nuca?

—Ese mismo razonamiento fue el que hizo que, al redactar el atestado, la policía lo pasara por alto. Pues tiene de particular —Igor adoptaba un cierto aire profesoral—, que la víctima llevaba puesto el cinturón de seguridad. Y que éste le mantuvo sujeto al asiento antes, durante y después de la caída. Por tanto, lo lógico es pensar que no pudo golpearse en la nuca, pues ésta permaneció en todo momento protegida por el reposacabezas del asiento, que logró permanecer en su sitio y llegar indemne hasta el fondo del precipicio.

—¿Y entonces sugieres que el golpe en la nuca se produjo antes del accidente?

—Sin ninguna duda. Y, dada su magnitud, estoy convencido de que fue ése impacto el que lo mató.

—¿Y cómo es que nadie reparó en él?

—Ya os lo he dicho. En realidad, sí que se reparó en él. Pero no lo suficiente. Quiero decir que nadie se paró a pensar cuándo, cómo y, sobre todo, por qué, se pudo producir. Un hombre se cae por un acantilado a causa de un exceso de velocidad. Muere de los golpes que recibe en la cabeza. Punto. A nadie se le ocurre indagar más allá, plantearse hipótesis extrañas. No había suficientes motivos para ello. Pues, a excepción de la muy extraña y posterior carta desde Biarritz, a la que no se concedió credibilidad, nada apuntaba a algo distinto de un accidente. Dicho de otra manera: carecían de los motivos que tenemos nosotros ahora para pararnos a reflexionar y

profundizar más en el asunto: me refiero a las coacciones que está recibiendo vuestro cliente. Además, si el impacto en la nuca se produjo antes del accidente y mató a Ramón, ¿cómo iba entonces a conducir el vehículo hasta el acantilado?

—¡Caramba! Está bien visto... ¿qué solución das a eso?

—Yo por ahora ninguna. Eso os lo dejo a vosotros. Me limito a señalaros las contradicciones que he encontrado.

Víctor y Rodrigo se miraron sin decir nada. Estaban asombrados de lo que estaban oyendo.

—¿Y el otro impacto?

—El coche cayó boca arriba contra las rocas, entre las que literalmente se empotró. A consecuencia del impacto, el techo del vehículo cedió, y una punta rocosa abrió la sutura sagital del cráneo de Ramón Aguirre, muy cerca ya de la sutura coronal.

—¿Cómo has dicho: la sutura...?

—La sutura sagital: es una línea que recorre la parte alta del cráneo como una bisectriz, de atrás hacia adelante. Por decirlo coloquialmente, es donde se unen por arriba los parietales, que son los huesos que hacen de cierres laterales del cráneo. Para entendernos, los parietales son como unas «tapaderas» de cada uno de los dos lados de la cabeza.

Los hallazgos tenían su importancia. Igor Prado era muy bueno en su trabajo. Por eso estaba ahí.

Llegados a los postres, no quedaba mucho más de lo que hablar, lo que les permitió tomarse un café en un tono algo más distendido.

—Me he quedado con una copia de los autos, para seguir estudiándolos con más calma — comentó Igor antes de despedirse.

—Me parece bien. Si hay algo más que te llamara la atención, por pequeño o estúpido que te parezca, no dejes de avisarnos.

—Cuenta con ello.

—Buenas noches, y que descanses.

—Lo mismo os digo.

Por el camino, mientras Víctor y Rodrigo regresaban hacia su hotel, recibieron una sorpresa inesperada: ¡el GPS volvía a emitir! Probablemente la batería se había visto temporalmente afectada por la humedad ambiental, o tal vez el propio emisor había perdido momentáneamente la señal de alguno de los satélites.

—¡Esta sí que es una buena noticia! ¿Desde dónde llega la señal?

—Desde un punto situado en pleno campo, no lejos de aquí, a mitad de camino entre donde nos encontramos y Orio.

—¿Has dicho Orio? Está a un paso.

Rodrigo, que conocía demasiado bien a su jefe, le preguntó:

—¿No pretenderás ir ahora a por Eduardo, sin preparar antes un plan de acción?

—Claro que no. Además, ¿quién te ha dicho que el maletín y Eduardo estén en el mismo sitio? Pero nada nos impide echar un vistazo. Vamos a explorar la zona...

El cielo se había despejado y la temperatura era muy baja. La pequeña capa de nieve que se había acumulado durante la tarde se había helado en el suelo, haciendo peligrosa la conducción. Sobre todo en las vías secundarias por las que no hubieran pasado las máquinas quitanieves.

Consciente de ello, Víctor extremó las precauciones.

Guiado por Rodrigo, que era quien seguía la señal del GPS, siguieron la avenida de Zumalacárregui hasta llegar junto a la playa de Ondarreta, desde donde torcieron hacia el Oeste, para iniciar la subida a Igueldo.

Curiosamente, se verían obligados a pasar por la misma curva por la que se había despeñado Ramón Aguirre.

Así lo anunció Rodrigo cuando se acercaban:

—Jefe, estamos sobre la tumba de Ramón Aguirre.

—¿Qué?

—Que aquí fue exactamente donde se salió de la carretera.

Aprovechando que el tráfico era prácticamente nulo a esas horas de la noche, Víctor detuvo el coche y, dejando las luces de emergencia parpadeando, bajó a echar un vistazo. Ya lo habían hecho días antes, a su llegada a San Sebastián, pero ahora era distinto: era de noche y en pleno invierno. Se reproducían casi exactamente las mismas condiciones que habían acompañado a Ramón Aguirre hasta la muerte.

A la fría luz de las estrellas y de la luna creciente, el violento oleaje chocaba furioso contra las rocas al pie del acantilado. Sólo de pensar en caer desde esa altura, a Víctor le dio un escalofrío.

—¡Es realmente sobrecogedor!

—Sí que lo es.

—¿Cómo conseguiría sobrepasar la barrera de protección?

—Por lo visto estaba rota. Había habido otro accidente pocos días antes. Un camión se había salido de la calzada en esta misma curva, llevándose la valla por delante.

—¡Vaya una coincidencia!

«*O tal vez no lo fuera...*», pensó Víctor.

Continuaron la ascensión de la carretera, en dirección hacia el Oeste, hacia Orio, hasta que el GPS les indicó que, justo antes de llegar al pueblo de Igueldo, unos dos kilómetros más adelante, debían desviarse a la derecha y descender algunos metros en dirección hacia el mar.

La zona estaba poblada de caseríos⁶ dispersos y algunos chalets y villas de recreo, todas ellas muy alejadas de cualquier núcleo urbano, y entre sí.

Continuaron circulando conforme a la ruta indicada por el satélite, que a su vez seguía los mil vericuetos que trazaba la complicada red de carreteras vecinales.

La cantidad de nieve acumulada era considerablemente mayor que en la ciudad, pero no llegaba a impedir la circulación. Una característica, ciertamente sorprendente, de la región, es que en ella todos los caminos, aún los menos transitados, se encuentran bien asfaltados.

Se hallaban a menos de cincuenta metros de su destino cuando divisaron ante sí una gran casa, aparentemente abandonada y, desde luego, sumida en la más completa oscuridad.

—¿Qué hacemos, jefe?

—Voy a pasar de largo. Tan pronto como perdamos de vista el edificio, regresaremos a pie para echar un vistazo.

Mentxu había estado esperando a su marido con una cena sencilla pero que era la que más le gustaba a David: tortilla de patatas. Con el toque especial que sólo ella sabía darle.

Aunque al conocer la noticia del secuestro de su hijo, ella también se había quedado momentáneamente sin fuerzas, muy pronto se había rehecho y había tomado la decisión de luchar.

Como tantas otras veces a lo largo de su vida.

Quería tratar de aliviar siquiera un poco la pesada carga que abrumaba a su destrozado esposo.

En cuanto éste llegó, le preguntó:

—¿Cómo ha ido, David?

—Creo que bien: les he entregado el dinero. Esta vez no ha habido imprevistos ni interferencias de ningún tipo.

—¿Te han dicho algo de Lalo?

—Que está bien —mintió David.

—¿Han dicho cuándo lo liberarán?

—No, no han dado una fecha concreta. He tratado de explicarles que nosotros no llamamos a la policía la otra vez, y que por lo tanto no deben tomar represalias.

—¿Y te han creído?

—Eso creo...

—Anda, come algo. Lo necesitas...

—Gracias, Mentxu. Me alegro mucho de que estés aquí conmigo...

Apenas hablaron mucho más. Se limitaron a hacerse mutua compañía en silencio. A los dos les faltaban los ánimos.

Mentxu sabía bien cuándo su marido necesitaba conversación, y cuándo las palabras sobraban.

Al acabar, se fueron temprano a la cama.

Estaban exhaustos y, aunque sabían que difícilmente podrían dormir en toda la noche, al menos tratarían de descansar.

Tenían que hacer acopio de fuerzas para lo que pudiera depararles el día siguiente.

Acababan de dar las dos de la mañana.

Si las noches anteriores había dormido mal, esta noche era completamente incapaz de conciliar el sueño.

Hacía rato que, nervioso y malhumorado, vagabundeaba de aquí para allá por la casa, dando vueltas y más vueltas a la cabeza, sin llegar a ninguna conclusión.

Decidió salir al balcón a despejarse con el aire fresco de la noche.

—¿A dónde vas? —le preguntó Mentxu, despierta pero somnolienta.

—Voy a tomar un poco el aire.

—Ponte la bata. Hace frío.

En efecto, hacía frío. Se había despejado y el termómetro del balcón marcaba tres grados bajo cero. A la luz de las farolas, los coches aparcados en la calle brillaban envueltos en una fina capa

de nieve.

Las estrellas y una preciosa luna creciente brillaban en el cielo. No había un alma en la calle. Si no fuera por las duras circunstancias que atravesaba, David se hubiera sentido reconfortado al poder disfrutar de aquella calma y serenidad.

Sin embargo, al cabo de muy pocos instantes le pareció notar que algo se movía en la calle, entre los árboles, muy cerca de la cancela de entrada al jardín.

Aguzó bien la vista y el oído, manteniéndose en máxima tensión, hasta que consiguió confirmar que sus sospechas eran ciertas.

En efecto, había un hombre detrás de uno de los árboles de la calle. De eso estaba tan seguro como de que se llamaba David Zorrozúa.

El hallazgo no hizo sino aumentar su nerviosismo.

Sin pararse a pensarlo dos veces, tomó su escopeta de caza y, presa de un súbito ataque de ansiedad, se vio a sí mismo corriendo escaleras abajo, dispuesto a enfrentarse con quienquiera que fuese la persona que merodeaba junto a su casa.

Al llegar al jardín, abrió la cancela metálica de un brusco tirón, y se plantó de improviso ante el desconocido, al que encañonó de frente, apuntándole al pecho:

—¿Quién eres tú y qué coño haces aquí? ¿Dónde está mi hijo? ¡¡Habla o te reviento de un tiro!!

La punta del arma temblaba al ritmo del acelerado pulso de David.

El desconocido, súbitamente sorprendido por el excitado comportamiento del empresario, alzó las manos, en un acto reflejo:

—¡No dispare! ¡Por favor! ¡Soy... soy policía! Puedo demostrarlo.

Pero David Zorrozúa estaba fuera de sí. No parecía comprender lo que se le decía.

Alzando aún más la voz, volvió a preguntar:

—¿Dónde está a mi hijo?!

—No sé nada. Créame, se lo ruego. Por lo que más quiera...

Afortunadamente, había otro policía en un coche aparcado a sólo algunos metros más allá.

Logró salir sin llamar la atención de David, y se le acercó por detrás, muy despacio.

Cuando ya estaba casi a su altura, requirió de toda su pericia y entrenamiento para arrebatarse el arma sin que ésta se disparara.

—¡Cálmese! Estamos aquí para ayudarle. Nadie le hará daño.

Zorrozúa comenzó a volver muy poco a poco a la realidad.

Cuando comprendió lo que había ocurrido, comenzó a sollozar como un niño. Tenía un llanto convulsivo que movía a compasión.

Los policías, dos hombres jóvenes, le condujeron de regreso al interior de su casa.

Alarmada por los gritos y el timbre de la puerta, Mentxu estaba ya levantada. Les recibió en el salón envuelta en un elegante batín.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Quiénes son ustedes?

—Tranquila, señora, somos policías.

Zorrozúa tuvo mucha suerte. Los dos agentes, de los que sólo pudo saber que respondían a los nombres de Iker y Carlos, eran gente razonable. De lo contrario, su salida de tono de esta noche podría haberle costado muy cara.

Al cabo de un rato se encontraron los cuatro charlando en la sala de estar.

David se tomó una copa generosa de coñac y Mentxu y los dos policías sendos cafés calientes.

Al despertar por la mañana, Zorrozúa dio gracias a Dios por haber podido descansar durante el resto de la noche. Al parecer, el coñac consiguió hacer su efecto.

Entonces recordó que, a juzgar por la conversación mantenida durante la noche con los *ertzainas*⁷, era casi seguro que la persona que había denunciado los hechos era Virginia.

Se arregló y desayunó tan rápido como pudo. Tenía mucha prisa por llegar a la fábrica. Tal vez demasiada.

Mentxu, viéndole tan resuelto y expeditivo, trató de retenerle. Pero fue en vano.

—No te apures, cariño, pocas veces he tenido tan claro lo que debía hacer.

Si la víspera era Virginia quien le había buscado a él para hablar, ahora sería él quien iría en busca de la muchacha.

Esa chica había ido demasiado lejos. ¿Quién se creía que era? El amenazado era él. Y el secuestrado su hijo. Era intolerable que una mera empleada, porque al fin y al cabo, eso es lo que era, se entrometiera de semejante modo en asuntos tan sensibles para él y para su familia.

Entró por la puerta principal con paso firme y, al franquear la zona de recepción, sin preámbulos de ningún tipo, le preguntó a Olga:

—¿Ha llegado ya Virginia? —la recepcionista se asombró mucho de que David, que siempre cuidaba mucho las formas, no se preocupara ni tan siquiera de darle los buenos días.

—Sí, ya ha llegado.

—Pues dile que venga inmediatamente a mi despacho...

Y sin tampoco esperar contestación, continuó su marcha acelerada.

Virginia no tardó en llegar.

Sin siquiera mirarle a la cara, en un tono que por su brusquedad lo decía todo, Zorrozúa le ordenó:

—¡Siéntate!

La joven obedeció. No necesitó que nadie le explicara lo que ocurría. Se preparó para capear el durísimo temporal que se le venía encima.

—Virginia. Estoy muy cansado y, para qué negarlo, muy alterado, así que voy a ir al grano: ¿has sido tú quien ha dado parte a la policía de la desaparición de Eduardo?

—Sí, fui a la *Ertzaintza*.

Ya estaba. Ésta era la confesión que David estaba esperando para poder lanzarse sin miramientos sobre la culpable.

Sin contener un ápice su enfado, levantó la voz varios tonos por encima de lo que le hubiera sido razonable:

—¿Estás satisfecha de lo que has hecho?! ¡Te tenía por más inteligente! ¡¿Qué te dije?! ¿O es que acaso no te previne? ¡Ahora lo matarán...! ¡Sí! ¡Lo matarán...! ¡¿Es eso lo que quieres?! ¡¿Es eso lo que buscabas?! ¡La única condición que pusieron los secuestradores para mantenerlo con vida, era que no acudiéramos a la policía!

—No, David —la chica respondió con aplomo—. En el momento en el que secuestraron a Lalo, lo que no era más que un conjunto de amenazas se convirtió en una trágica realidad. Y había que acudir a los únicos que pueden recuperarle sano y salvo... Y, como por lo visto nadie lo quería hacer, lo hice yo.

—¡No y mil veces no! Ahora lo has echado todo a perder. Pero si tú has tenido la satisfacción de salirte con la tuya, yo también voy a tener la satisfacción de salirme con la mía: ¡quedas

despedida! A partir de este mismo momento dejas de ser empleada de Teknomat. Hablaré con Olga para que te prepare ahora mismo el finiquito y así no tengas que volver por aquí nunca más. ¿Me oyes? ¡Nunca más! Por favor, recoge tus cosas y vete. ¡Ah! Y cuenta con que, tanto si Eduardo regresa como si no, haré todo lo posible y lo imposible para evitar que os volváis a ver. Es mi última palabra. Adiós Virginia.

Si David había pretendido hacer daño a la chica, lo había logrado. La joven quedó muy profundamente herida por el duro mensaje que acababa de escuchar.

Ni siquiera tuvo fuerzas para responder.

Se limitó a levantarse y, en silencio, encaminarse a la puerta y abandonar la habitación.

David, por su parte, se arrojó cansado y derrotado en su sillón, en donde permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, hasta que sonó el teléfono fijo del despacho. Era Olga. Había una pareja de policías a la entrada que querían hablar con él.

—Diles que estoy en una reunión de la máxima importancia, pero que en diez minutos les recibiré.

—De acuerdo, David.

—Siéntense, por favor.

—Gracias.

—Buenos días. Soy el comisario Erquicia y éste es mi compañero el subcomisario Bilbao.

—Buenos días.

—Encantado.

—Bueno, señor Zorrozúa, ya sabe por qué estamos aquí. Creo que podemos hablar sin rodeos.

David hubiera deseado sincerarse con ellos. Pero su hijo continuaba secuestrado por una banda desconocida de chantajistas cuya única condición para liberarlo era la de que no acudiera a la policía. Desde ese punto de vista, creyó conveniente lanzar todos los botes de humo que aquellos dos policías estuviesen dispuestos a tragar. No era una posición fácil ni cómoda.

Trató de aparentar serenidad:

—¡Claro!

—Antes de nada debo decirle que hemos investigado a su personal y hemos descubierto que dos de sus empleados, Franklin Carrillo y Bilal Hamri, son conocidos traficantes de droga. Traemos una orden de registro y, con su permiso, vamos a proceder a registrar sus pertenencias y a detenerlos. Queremos interrogarlos en comisaría.

—Por mi parte tienen todo el edificio a su entera disposición.

—Muchas gracias.

El subcomisario Bilbao tomó la palabra, relevando a su jefe:

—Hay además una persona del servicio administrativo, Virginia Iturrioz, que es quien ha denunciado las extorsiones de que está usted siendo objeto. También nos ha informado del secuestro de su hijo. ¿Es esto cierto?

—Supongo que sí, aunque, con todos los respetos, son ustedes quienes deberían decirme a mí si todo esto es una broma pesada, o si obedece a algo más serio...

—¿Lo dice por la personalidad de la denunciante? —Preguntó el comisario.

Esta pregunta no se la esperaba David. Pero le pareció sumamente interesante que el policía se fuese por esos derroteros.

—Personalmente no me gusta esa chica, si es eso lo que me pregunta.

—¿Qué sabe usted de ella?

—Que tiene un pasado turbio en el mundo radical. Supongo que no tendrá crímenes a sus espaldas, pero sí sé que estuvo muy involucrada en el MLNV⁸.

Los dos *ertzainas* se miraron.

—Así que usted lo sabía...

—Sí.

—¿Y aun así la contrató?

—No fui yo quien lo hizo. Fue mi hijo.

—¿El que ha desaparecido?

—Sí. Es mi único hijo.

—¿Qué tal se llevaba su hijo con Virginia? Quiero decir...

—Sé a lo que se refiere y le voy a ser muy sincero: se llevaban demasiado bien para mi gusto. Esa chica está, o estaba, encandilando a mi hijo Lalo.

—Ahora me gustaría formularle una pregunta tal vez un tanto osada por mi parte, una pregunta sobre la que he reflexionado mucho antes de decidir si debía plantársela o no. Le ruego que medite bien antes de responder. O incluso que no me responda si prefiere no hacerlo.

—Usted dirá... —David tomó aire, tragó saliva y cambió de postura en su sillón.

—¿Cree usted que Virginia Iturrioz podría estar implicada en el secuestro de su hijo?

David casi no daba crédito a lo que estaba oyendo.

Tras tomarse unos segundos para reflexionar, contestó:

—La verdad...: no se me había ocurrido pensarlo. Pero ahora que usted menciona la posibilidad, desde luego no es descartable. Nadie mejor que ella conocía las costumbres, los horarios, el estilo de vida, de Lalo. Nadie mejor que ella hubiera podido organizar su secuestro. Y, a la vez, nadie con una coartada mejor que la de ella. Sobre todo, por ser la única persona en acudir a la policía. ¿Cuándo se ha oído decir que un delincuente se presente ante la policía a denunciar sus propias transgresiones? —Al escuchar la respuesta que él mismo estaba dando, David se reafirmó interiormente en lo acertado de su deducción. Incluso se asombró de no haber sido capaz de sospecharlo antes, y de que tampoco se le hubiera ocurrido semejante posibilidad a Víctor ni a Rodrigo.

Vistas las cosas desde esta nueva perspectiva, incluso se planteó la conveniencia de informar a la *Ertzaintza* de que, en realidad, si no había denunciado los hechos y había preferido contratar los servicios de un despacho de abogados criminalistas, era porque, además del pago del rescate, los secuestradores habían puesto como condición terminante para la liberación de Lalo que bajo ningún concepto denunciara los hechos a la policía.

En este momento fue tal su convencimiento de que el cerebro de la operación era Virginia, que optó por hablar:

—En realidad, debo añadir algo. Debo confesar que el verdadero motivo por el que no denuncié los hechos fue que los secuestradores pusieron como única condición para la liberación de mi hijo la de que no fuese a la policía.

—Lo comprendo. Son situaciones límite en las que uno teme por la integridad de su vida y la de su familia.

—No sabe usted lo mal que lo he pasado, incluso antes del secuestro. Envié a mi mujer una temporada a Alicante...

—Bueno, señor Zorrozúa, celebro que nos hayamos sincerado todos, esto simplifica mucho las cosas.

—Así es. Créame que me acabo de quitar un peso de encima.

—¿Se encuentra Virginia Iturrioz ahora mismo en la empresa?

—No lo sé. La acabo de despedir. —Omitió explicar que el motivo de su expulsión había sido precisamente el hecho de haber denunciado los hechos a la *Ertzaintza*.

—Si ya se ha ido la buscaremos. Sin duda su interrogatorio será muy esclarecedor para todos, y probablemente la vía más rápida para recuperar a su hijo con vida cuanto antes.

—Por favor, hagan todo lo que esté de su mano.

—Puede tener la absoluta seguridad de que así lo haremos.

¿Diga?

—¡Izaskun! Soy Virginia.

—¿Ocurre algo?

—Me han puesto de patitas en la calle.

—¿A ti?

—Sí, a mí.

—¿Tu jefe?

—Claro, ¿quién va a ser? Pero lo peor de todo es que ha prometido separarme de Lalo. Yo creo que sospecha de mí. Pero, ¿sabes una cosa? Ahora sé que estoy enamorada.

—¿Ahora me sales con esas? Sí hasta yo me había dado cuenta... ¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé... Si supiera cómo va a terminar todo esto... Por un lado me gustaría luchar hasta el final, pero por otro, ese hombre, David, mi jefe, me da miedo. No sé si no sería mejor poner tierra por medio, largarme lejos, al menos por una temporada.

—Virginia, estás llorando...

—Estoy muy nerviosa.

—¿Por qué no vienes a casa? Aquí podremos hablar con tranquilidad.

—Sí, voy para allá.

—Anda ánimo un poco... te espero.

—Gracias.

—Hasta ahora, Virginia.

Eduardo se hallaba confinado en un estrecho cubículo de apenas seis metros cuadrados por dos de altura. Llevaba encerrado en aquel mismo lugar desde el día de su secuestro. El aislamiento en un espacio tan reducido le estaba afectando muy negativamente a los nervios. Hubo momentos en que creyó que iba a enloquecer.

Pero la violenta actitud de rebeldía que interiormente había mantenido durante las primeras horas de cautividad llegó a transformarse en exactamente su antítesis: en una impasibilidad y apatía casi vegetales. Ahora trataba de dormir o, al menos de sestear, el mayor número de horas posible. Sólo dejaba de hacerlo cuando sus músculos o los nervios se resentían debido a la prolongada y forzosa inactividad. Entonces se levantaba y se imponía agotadoras horas de marcha, aprovechando al máximo el exiguo espacio de su prisión.

Después volvía a dormir.

Era capaz de seguir las horas de modo aproximado, así como la fecha en que vivía, orientándose a partir de los dos momentos fijos del día en que le suministraban una exigua ración de comida.

Los secuestradores apenas hablaban en su presencia, por no decir que no lo hacían en absoluto. Sin embargo, al principio, probablemente el mismo día de su secuestro, le pareció escuchar entre sueños una voz conocida. Aquel día le habían suministrado algún tipo de narcótico

para el viaje. Y entonces, al comenzar a dormirse, o tal vez al comenzar a despertar, lo mismo daba, había escuchado aquella voz que le había resultado tan familiar.

Las primeras horas de encierro se había devanado los sesos intentando averiguar a quién correspondía ese modo de hablar. Pero, al final, derrotado, abandonó sus esfuerzos. Lo hizo tan pronto como comprendió que su empeño se estaba convirtiendo en una obsesión que, en aquellas duras circunstancias de confinamiento, no haría más que empeorar aún más las cosas.

Dos pisos por encima del zulo, los secuestradores charlaban ajenos al sufrimiento del prisionero.

Después de cenar habían estado bebiendo y fumando, mientras terminaban de contar el dinero.

—Tiene pasta el viejo, ¿eh? Cualquiera no sería capaz de reunir una suma así en tan pocas horas.

—La Loba sabe bien dónde atacar.

—¿Y si nos quedáramos con su parte? Podríamos esconder los billetes en cualquier sitio y desaparecer del mapa, irnos lejos hasta que las cosas se calmen, y entonces regresar a por la pasta.

—¿Estás loco, Aitor? La Loba nos perseguiría hasta el fin del mundo si fuera necesario. Y acabaría con nosotros del peor modo imaginable.

—Tranquilo, Mánix, sólo bromeaba. Además, aquí hay más que suficiente para mí. No pienso volver a trabajar en el resto de mi vida.

—¿Y si te lo gastas antes?

—Siempre quedará la posibilidad de dar otro golpe igual. Otro motivo añadido para no enemistarme de ninguna manera con la Loba. Ella sabe cómo conseguir una pasta gansa sin correr riesgos. Fíjate en esta operación. ¿Qué peligro ha tenido para nosotros?

—Muy poco. Pero Truchas está fichado.

—¡Bah! ¡Truchas es un mocoso! ¡Y está cagado! Me alegro de no haberle dicho nunca mi verdadero nombre.

Mánix terminó de contar uno de los maletines. Entonces percibió algo que le llamó la atención.

—Oye, Aitor, aquí hay algo que no me gusta nada.

—¿Falta dinero?

—No, no es eso.

—¿Entonces...? ¿No creerás que nos han preparado un maletín-bomba...?

—Una bomba, no, pero un micrófono, o algo parecido, sí.

—¿Qué...?! ¿Estás seguro de lo que dices?

—Todavía no. Pero lo voy a comprobar en un minuto...

Mánix era especialista en electrónica, y un auténtico «manitas» a la hora de montar cualquier tipo de instalaciones, de ahí precisamente su apodo.

—¡Joder! ¡Como que es un GPS...! ¡El muy cabrón...! —cogió en sus manos el pequeño artefacto y lo arrojó al suelo.

—Mánix, más te vale que no me juegues ese tipo de bromas. ¿Estás seguro de lo que estás diciendo?

—¡Que sí, coño! ¡Podemos tener ahora mismo a toda la pasma de la ciudad rodeando el caserío! ¡Más nos vale que nos larguemos, si es que todavía estamos a tiempo...!

—Vale, vale... Vete metiendo la pasta otra vez en los maletines, que voy a llamar a la Loba. Voy a preguntar qué quieren que hagamos con el chaval.

—¿Y si te dicen que lo liquidemos? Mejor será que lo dejemos en el agujero. Ya lo sacará la poli cuando lo encuentre. ¡Vámonos de aquí...!

—Tienes razón. No me gustaría tener que cargármelo...

Llenaron rápidamente los maletines, sin preocuparse por la cantidad de billetes que, a puñados, quedaron esparcidos por la mesa o por el suelo, y salieron corriendo en dirección hacia el único vehículo que tenían fuera.

Era noche cerrada.

El parabrisas estaba cubierto por una gruesa capa de nieve helada y de escarcha.

Lo rasparon con tanta fuerza como nerviosismo y, tan pronto como consideraron que había quedado lo suficientemente limpio, corrieron a abandonar el que hasta ese momento había sido su escondite.

Víctor y Rodrigo, escondidos tras la vegetación, fueron testigos de la huida.

—¿Crees que quedará alguien más ahí dentro?

—No creo. Han salido de estampida. Tiene toda la pinta de que han descubierto el GPS.

—¿Qué hacemos?

—Vamos ver qué podemos averiguar.

Desenfundaron las pistolas y se acercaron despacio.

En la parte trasera había una vieja puerta que daba a un antiguo establo.

Víctor apoyó el oído y permaneció un buen rato escuchando. Dentro no había nadie, o estaba durmiendo, lo cual era muy improbable, dado lo rústico del lugar, y el intenso frío que hacía.

—¿Tienes algo con que abrir?

La puerta era de doble batiente y estaba muy deteriorada.

—Tengo mis manos —respondió Rodrigo.

—Trata de no hacer ruido.

El fornido abogado presionó las tablas podridas de la hoja superior. En cuanto cedieron lo suficiente, introdujo el brazo.

Con sumo cuidado, temeroso de lo que pudiera haber dentro, tanteó hasta encontrar la barra de anclaje.

Tiró de ella y la puerta quedó desenganchada.

Dentro estaba negro como la boca del lobo. Pero parecía tranquilo.

—Usted primero —bromeó Rodrigo.

Víctor iluminó el interior con su móvil. Primero hacia el techo, para evitar deslumbrar a hipotéticos moradores durmientes y, una vez comprobado que no había nadie, hacia el resto de la estancia.

En efecto, era un antiguo establo, sucio y abandonado.

Al fondo había una escalera de madera.

Caminaron hasta ella e iniciaron la ascensión.

La escalera les condujo hasta el piso superior, que comunicaba con el resto de la vivienda a través de un largo y oscuro corredor.

De puntillas, con todo el sigilo del mundo, iluminando débilmente hacia el techo, recorrieron la totalidad del pasillo.

Seguían sin encontrar señales de vida.

Al final del recorrido encontraron otras escaleras, más nobles que las anteriores, que bajaban posiblemente hacia el zaguán.

Descendieron.

Encontraron una mesa cubierta de billetes abandonados, algunos de los cuales habían caído al suelo.

—¡Los tipos que hemos visto estaban todavía más asustados de lo que parecía!

—Mucho me temo que, en efecto, la causa sea que hayan descubierto el GPS...

No tardaron en comprobar que así era.

Víctor, que conocía bien la forma del artilugio, lo distinguió en medio de la suciedad y del desorden que reinaba en la habitación.

—¡Mira! ¡Aquí está!

—Por eso se han ido en mitad de la noche. Ahora es casi seguro que estamos solos.

—A no ser que Eduardo siga prisionero en algún lugar de la casa. Es muy probable que, si estaba escondido aquí, lo hayan abandonado a su suerte.

—¿En el sótano?

—Es donde yo lo habría encerrado...

Notablemente más confiados por el convencimiento de hallarse solos, recorrieron la planta baja en busca de un descenso hacia el subsuelo.

Encontraron una trampilla al fondo de una cámara de reducidas dimensiones, posiblemente una despensa, junto a la cocina.

Al abrirla encontraron el camino expedito hacia la bodega.

Víctor se aventuró a gritar:

—¡Eduardo...?! ¡Eduardo...?!

Obtuvo una sucesión de fuertes golpes como respuesta.

Los dos abogados se lanzaron escaleras abajo, como un solo hombre.

La bodega consistía en un pequeño recinto dividido en dos mitades por una sólida pared de piedra. Lalo estaba encerrado en la segunda mitad, a la que se accedía por una maciza puerta de madera de roble.

Estaba fuertemente asegurada por dos pesadas traviesas que hacían imposible su apertura desde el lado del cautivo, pero que bastaba girar noventa grados desde el lado exterior para ser abierta.

—¡Eduardo! ¡Somos nosotros: Víctor y Rodrigo! ¡Venimos a sacarte de aquí!

Al escuchar las pisadas y los gritos de sus salvadores, Lalo no cupo en sí de satisfacción. Sin embargo, no pudo evitar que, por un momento, le asaltó una duda terrible: ¿podría tratarse de una treta de sus secuestradores? ¿De una broma cruel?

Tan pronto como se abrió la puerta sus dudas se disiparon. Estuvo a punto de echarse a llorar. Era tanta su emoción, que le dio un fuerte abrazo a Víctor, mientras exclamaba:

—¡Dios mío, qué alegría! Ahora es cuando de verdad valoro lo que significa estar libre...

Salieron a través del mismo itinerario que habían seguido para entrar.

Fuera empezaba a amanecer. Un amanecer especialmente bello, por la limpidez de la fría atmósfera, y la blancura de la nieve que cubría los campos.

—¡Qué frío hace, pero qué maravilla poder respirar libremente! ¡Y, sobre todo, volver a ver la luz del sol! —exclamó Eduardo con verdadera pasión.

—¿A quién quieres llamar el primero para darle la noticia? —le preguntó Víctor ofreciéndole su móvil.

La primera persona a la que quiso llamar fue a Virginia.

—¡Qué raro, no coge! Si a estas horas debería estar levantada hace rato...

—Lo más seguro es que no reconozca este número, y que prefiera no responder.

—Sí, será eso —comentó Eduardo visiblemente decepcionado.

A continuación llamó a su padre. Tampoco cogía.

—¡Qué raro! ¿Qué le puede haber pasado?

Lalo tenía un aspecto tan famélico y desmejorado, que Víctor quiso quitar importancia al asunto:

—No te apures. Tu padre está muy alterado. No me extrañaría que se hubiera dejado el teléfono olvidado en algún sitio. En cuanto se dé cuenta nos devolverá la llamada. Vamos a desayunar algo y después le volvemos a llamar. Aunque, pensándolo mejor, yo creo que, dada la hora, puedes llamar a tu madre...

—¿Está aquí?

—Sí, volvió ayer...

El joven no dudó ni un instante:

—¡Amá! ¡Soy Lalo!

—¡¡Lalo!! ¡Hijo mío! ¿Te encuentras bien?

—¡Mejor que nunca! ¡Soy libre!

—¡Dios mío! ¡Qué alegría tan grande!

—Sí, pero no me han liberado los secuestradores, sino Víctor y Rodrigo. Están aquí conmigo.

—¡Sabía que podíamos confiar en ellos! ¿Dónde estáis?

—Muy cerca del pueblo de Igueldo. He estado encerrado en un viejo caserío.

—¿Tenéis como volver..., quieres que vaya a buscarte?

—No. No hace falta. Tenemos un coche.

—Muy bien, pues entonces ven a casa.

Víctor y Rodrigo llevaron a Eduardo hasta su casa en donde el muchacho se fundió en un cariñosísimo abrazo con su madre.

Por el camino les llamó David que, en efecto, durante sus dos entrevistas con Virginia y los *ertzainas* no se había dado cuenta de que se había dejado el móvil en el coche. Cuando fue a recuperarlo vio la llamada perdida del número de Víctor y le llamó de inmediato.

Así, David tampoco tardó en llegar a su casa. Estaba radiante. No escatimaba en palabras de agradecimiento para con los dos abogados:

—Aunque perdiera todo el dinero del rescate y jamás lográramos coger a los culpables, tened por seguro que estoy muy satisfecho de vuestro trabajo. Sois los mejores profesionales que he conocido en mi vida.

—Muchas gracias, David. Pero espera a que hayamos terminado de coger a los culpables.

Aprovechando que Eduardo había ido a ducharse y a desayunar algo y por tanto no estaba delante, David se vio impulsado a decir:

—¡Ah! Por cierto..., todavía no estáis al corriente de la conversación que he mantenido con

dos comisarios de la policía: tanto ellos como yo estamos casi seguros de que el cerebro de la operación no es otro que Virginia Iturrioz, ya sabéis, la contable.

Víctor y Rodrigo se miraron sorprendidos.

—¿Te refieres a la chica que sale con Eduardo? —preguntó Víctor.

—Esa misma. De hecho, lo hemos visto tan claro, que me he sincerado completamente con ellos. Van a seguir hasta el fondo con esa línea de investigación. Es muy posible que a estas horas ya la hayan detenido, y que estén a punto de esclarecerlo todo. En realidad, incluso creo que podéis regresar tranquilamente a Madrid.

Rodrigo trató de decir algo, pero David estaba tan entusiasmado que continuó hablando:

—También han descubierto que esos dos empleados extranjeros que causaban problemas son traficantes de drogas. Los han arrestado y están siendo interrogados. No me extrañaría que estuvieran también implicados en el asunto. Como veis, hoy estamos de enhorabuena.

Víctor vio por fin la oportunidad de hablar:

—David, eso que dices está muy bien, y es verdaderamente esperanzador, pero a Rodrigo y a mí nos gustaría seguir trabajando. Queremos cerrar una línea de investigación que hemos iniciado.

El empresario dudó. Pareció perder momentáneamente el entusiasmo que le acompañaba. Pero pronto se recuperó y, con buen humor, respondió:

—¡Muy bien! Pero os advierto que os tendréis que dar prisa. Como os he dicho, esta vez creo que la *Ertzaintza* os ha tomado la delantera...

—No te preocupes por eso. Si nos ganaran la partida, créeme que seríamos los primeros en celebrarlo.

—¡Sois fantásticos! Ahora, si no os importa, me voy a ver a mi hijo. Estoy deseando charlar despacio con él y con su madre.

—Por supuesto... Nosotros nos vamos. Pero seguiremos en contacto.

Tan pronto como los abogados regresaron al coche, Rodrigo le preguntó a su jefe:

—¿Crees de verdad que esa chica puede ser el cerebro de la operación?

—No tengo ni idea. Ni siquiera sé si puede estar implicada. Todo es posible. Pero en cualquier caso, hay algo que no me termina de encajar, y que está a punto de hacerlo. Algo que no sé qué es y a lo que no paro de dar vueltas en la cabeza.

—Si tuvieras aquí tus queridos bonsáis...

—¡Exacto! Puedes estar seguro de que, con un par de horas de relajación, estudiando los autos con los bonsáis, y un poco de música clásica a todo volumen, creo que iba a ser capaz de dar un paso de gigante.

—¿Qué te parece si nos volvemos al campo? Tú escuchas música clásica en el coche, rodeado de la naturaleza mientras repasas los autos, y yo mientras me tomo un café en algún chiringuito. Creo que ése sería el escenario más parecido al de tus bonsáis. Además, tengo un sueño que me muero...

—Es la mejor idea que has tenido desde que hemos llegado a San Sebastián, ¡vamos!

En casa de David, una vez que las desbordantes efusiones de alegría se hubieron calmado un poco, y una vez que Lalo terminó de relatar sus principales impresiones, deteniéndose muy especialmente en la liberación efectuada por Víctor y Rodrigo, la mente del joven regresó de nuevo a Virginia.

Eduardo se había quedado sin su teléfono móvil. Le fue requisado por los secuestradores en el mismo momento de su captura y, evidentemente, no había vuelto a recuperarlo.

Por eso, cuando quiso volver a tratar de contactar con la joven, se vio en la necesidad de pedirle prestado el móvil a su madre.

De manera completamente ingenua, manifestó su propósito en presencia de su padre.

—¡Lalo, hijo! No llames a esa mala mujer. La *Ertzaintza* cree que ella es la causante de todo. También de tu secuestro.

Eduardo, muy sensible todavía, después de tantos días de encierro, reaccionó de un modo brusco, levantando la voz a su padre:

—¡No te permito que la llames mala mujer! Y si la *Ertzaintza* cree que ella es culpable, permíteme que me carcajee de la *Ertzaintza*.

Visiblemente enfadado y haciendo caso omiso de la petición de su padre, comenzó a marcar el número de teléfono de Virginia.

Pero si alguien tenía los nervios destrozados, ése era David. Ante la airada respuesta de su hijo, muy a su pesar, perdió los papeles:

—¡He dicho que es una mala mujer y lo vuelvo a decir! Y también digo que siento tener un hijo que, a pesar de su edad, continúa siendo peor que un chiquillo. Un imberbe al que la primera empleada que se propone engatusarlo, lo mete en el bote.

Mentxu contemplaba asombrada la escena. Jamás su marido y su hijo habían reñido de esa manera. Ella tenía una gran autoridad y ascendencia sobre ambos. En primer lugar, porque era la que más carácter tenía de los tres. Pero el ambiente estaba tan cargado, tan electrizado, que incluso ella se vio impotente para cortar la discusión.

Eduardo, con el teléfono en la oreja a la espera de que Virginia respondiera, contraatacaba a su padre:

—No sólo le insultas a ella, sino que también me ofendes a mí. Si llego a saber que éste era el recibimiento que me esperaba, tal vez hubiera preferido quedarme en el zulo. Allí al menos no me insultaban...

El teléfono de Virginia había dado ya seis tonos y saltó el contestador.

—¿Dónde se habrá metido? ¿Por qué no coge?

Mentxu aprovechó para intervenir. Trató de hacerlo con voz serena:

—Hijo, tu padre no te ha mentado, la policía sospecha de ella. Tal vez esté detenida...

—Amá, eso no me lo creo. Es decir, no me lo puedo creer.

—Hijo, ¿no te lo puedes creer o no te lo quieres creer?

—Probablemente sean las dos cosas. Ahora mismo me voy a aclarar este misterio.

Y sin dar mayores explicaciones, cogió su abrigo y salió de casa.

A esas mismas horas sonaba el timbre en casa de Isabel Dorronsoro, la viuda de Ramón Aguirre. Como era habitual, salió a abrir su hermana Lourdes.

—Isabel: vuelve ese señor, Tutor, el que vino con el ruso.

—¡Huy, qué bien! Con lo atento y agradable que era. Y lo mucho que se acordaba de Ramón.

—Pues a mí no me cayó tan simpático...

—Calla, mujer, que te va a oír.

Una vez a la puerta, comprobaron que volvía a presentarse con su cliente ruso.

—¡Buenos días, señor Tutor! ¡Y señor...!

—Volkóv —le ayudó Tutor.

—¡Qué atentos de volver a acordarse de nosotras! —disimuló Lourdes con cortesía.

—Lamentablemente será una visita muy breve. Tenemos que tomar un avión en Biarritz dentro de pocas horas. Pero lo pasamos tan bien aquí el otro día, son ustedes tan amables, que no hemos podido marcharnos sin pasar antes a despedirnos.

Se acomodaron en la salita, junto a Isabel, que dio visibles muestras de su alegría.

Al igual que en la anterior ocasión, Volkóv mantuvo la boca completamente cerrada. Como si en vez de ser ruso fuese mudo. O fuese un ruso mudo, lo cual no es incompatible. Volvía a limitarse a sonreír cada vez que entendía que la ocasión lo requería. Tampoco se quitó la *ushanka*. Y volvió a hacer gran aprecio del coñac.

—Así que se marchan ustedes.

—Sí, señora. Ya ve, todo lo bueno se acaba...

—Pero, ¿no estaban ustedes de trabajo?

—Sí, señora. Pero en San Sebastián, aunque uno esté tratando de negocios, le da a uno la impresión de estar en el paraíso. No sé si son ustedes del todo conscientes de lo que tienen. Es un marco realmente incomparable. Creo que, cuando me jubile, me plantearé muy seriamente venirme a vivir aquí. A una casa como ésta de ustedes, con vistas a la bahía. ¿Qué más se puede pedir?

La pobre Isabel escuchaba con gusto los elogios a su ciudad, pero al escuchar esta pregunta, se vio invadida de una profunda sensación de nostalgia. ¿Qué más se podía pedir? La presencia de su marido y de sus hijos. Era evidente que echaba mucho de menos los buenos años pasados junto a ellos, antes de que llegara la desgracia que la había sepultado en aquel piso para el resto de sus días.

No dijo nada, pero Tutor se dio perfecta cuenta, y cambió rápidamente de tema.

—Esta tarde salimos para Suiza. No sé cuándo volveré por San Sebastián, pero cuando lo haga, espero venir a visitarlas, si no les molesta...

—¿Cómo dice usted esas cosas? Ésta es su casa, para lo que necesiten. Siempre serán ustedes muy bien venidos. ¿Verdad, Lourdes? —Mentxu hablaba en plural, por cortesía con el ruso, que seguía permaneciendo inmóvil como una piedra.

—Sí, claro. Estaremos encantadas de volver a verles.

Hablaron durante un cuarto de hora o poco más del tiempo y de tres o cuatro lugares comunes hasta que Tutor exclamó:

—Bueno, nos vamos a tener que ir. El avión no espera... Les hemos traído otra cajita de Leónidas para que se acuerden de nosotros. Ya vimos el otro día lo mucho que les gustan.

—¡Ay que detalle...! Muchísimas gracias, don Antonio.

—Es lo menos que podía hacer...

Se levantaban ya para marcharse.

Al llegar a la puerta, se despidieron con gran efusividad, como si fuesen viejos amigos. Incluso el ruso participó de los besos y abrazos:

—¡A ver si vuelven pronto!

—Eso esperamos. Muchas gracias por todo.

—Gracias a ustedes. ¡Por la visita y por los bombones!

—No nos diga usted eso, que nos va a avergonzar. ¡Adiós, hasta pronto...!

—¡Adiós...!

Y se cerró la puerta del ascensor.

Pero la casa de Isabel y Lourdes tenía dos líneas de ascensores, y en el momento en el que se cerraba la puerta automática de los visitantes, se abría la del ascensor de al lado, por donde salía Mentxu.

—¡Mentxu! ¡Qué sorpresa! Hoy tenemos día de visitas. Precisamente se acaban de ir dos señores muy simpáticos, uno de ellos antiguo amigo de Ramón.

—¿Ah sí?

—Sí, ha venido a despedirse de nosotras con un ruso. Hoy se van de San Sebastián.

Por fin habían encontrado una solución incluso mejor que la que había propuesto Rodrigo. Ahora los abogados rumiaban despacio, cada uno por su lado, la información acumulada a lo largo de aquellos intensos días.

Sobre todo Víctor, que, con un café doble cargado sobre la mesa, contemplaba la naturaleza a través de la ventana del asador Katxiña de Orio. El dueño había accedido a poner música clásica a todo volumen, como le habían pedido. Entre trago y trago de café, repasaba los autos que Igor les había entregado. De vez en cuando, levantaba la vista y se quedaba un buen rato abstraído, contemplando las impresionantes vistas sobre la desembocadura del Oria y la circundante campiña helada.

Rodrigo, por su parte, respetaba religiosamente sus silencios de su jefe. Sabía que era así como debía hacerse. Igual que sabía que, de ir las cosas bien, de un momento a otro se haría la luz en la mente de Víctor.

Pero mientras la luz llegaba, además de un par de cafés dobles, Rodrigo se había tomado también un par de huevos fritos con patatas «para que el café no dañara su estómago vacío». Y, como había acompañado los huevos con un buen vino de Rioja, ahora se sentía plenamente reconfortado. No le molestaba en absoluto que su jefe se alargase cuanto quisiera en sus meditaciones.

Llevaban así un buen rato.

Como si de una partida de ajedrez se tratara, Víctor consideraba despacio una y otra vez cada una de las posibilidades que se abrían detrás de los hallazgos de Igor Prado.

Por un lado, en el coche de Ramón se habían encontrado señales de lucha y forcejeo.

Por otro, había muerto a causa de un traumatismo craneal, según Igor Prado, el golpe en la nuca tuvo necesariamente que preceder al impacto en la parte alta del cráneo, ya que éste se produjo al impactar contra las rocas, al final de la caída.

«Según esta hipótesis, primero lo mataron y luego lo arrojaron por el despeñadero.»

Desde luego era sólo una hipótesis, y tenía en su contra que Ramón no pudo haber conducido ya muerto hasta el acantilado, pero aún y todo se propuso analizarla despacio. Conocía bien a Igor, y confiaba al máximo en su criterio.

Pero... ¿por qué matarlo y después despeñarlo? ¿No bastaba con matarlo?

O... visto desde otro punto de vista: si habían decidido despeñarlo, ¿para qué matarlo antes? ¿O es que acaso temían que no llegara a morir tras caer sobre las rocas desde una altura de ciento cuarenta metros? No, eso no tenía mucho sentido...

Volvió a representarse la escena mentalmente por enésima vez:

«Uno: los chantajistas encuentran a Ramón Aguirre y lo matan de un golpe seco en la nuca.»

Dos: ya muerto, lo introducen en su coche y lo llevan hasta el acantilado.

Tres: despeñan el vehículo con Ramón Aguirre a bordo.»

Seguía habiendo una parte que no encajaba: la de las patadas en el coche. Si ya lo habían matado, ¿cómo iba a dar patadas? Además, tenía el cinturón puesto en el asiento del conductor y

las patadas aparecían en el asiento de atrás...

Podría ser que, la víctima, dándose cuenta de que iban a arrojarlo por el precipicio, tratara de escapar. Entonces los asesinos lo mataron para que dejara de forcejear.

Eso tuvo que ocurrir necesariamente fuera del coche. Porque, desde luego, es muy difícil golpear a alguien con fuerza en la nuca dentro de un coche, y mucho más si la víctima estuviera sentada en un asiento con reposacabezas, como tenía el Mercedes en todos sus asientos, también en los traseros.

Por tanto, tendría lógica pensar que, cuando lo llevaban para despeñarlo, Ramón se dio cuenta y se resistió. Como consecuencia detuvieron el coche, lo bajaron y lo mataron. Pero, ¿para qué despeñarlo entonces?

¿Para ocultar el cadáver? No. Puesto que se encontraría de todas las maneras, como de hecho ocurrió, al fondo del precipicio.

Si lo que querían era ocultar el rastro, hubiese sido mejor enterrar el cadáver, simplemente esconderlo, o quemarlo.

Entonces... ¿tal vez lo precipitaron por el acantilado para que pareciera un suicidio?

Tampoco acababa de verlo.

No encajaba con las claras huellas de frenado sobre el asfalto...

A no ser que quisieran simular un accidente. Pero eso tampoco terminaba de casar con lo demás: ¿unos tipos a los que no les importa amenazar a sus víctimas por escrito, acaso se preocuparían después de ocultar sus represalias? No parecía lógico.

Eso, sin contar con que ni siquiera se habían tomado la molestia de borrar las huellas del forcejeo en el interior del vehículo.

Seguía habiendo demasiadas incógnitas.

Levantó de nuevo la vista hacia la campiña: el sol reverberaba con fuerza sobre la nieve. Sin embargo, ésta apenas se fundía. La helada nocturna había sido muy fuerte.

Miró hacia su izquierda. Ahí estaba Rodrigo, teóricamente estudiando el caso, como él. Pero ahora se había quedado profundamente dormido.

Como un alumno aplicado que trata de resolver un difícil problema de matemáticas, Víctor volvió a atacar el enigma una vez más, por enésima vez, tratando de no desanimarse.

Estaba convencido de que había algo que se le escapaba. Algo que intuía que tal vez no fuese tan difícil de resolver, pero que, por lo que fuera, no acertaba a ver.

Una y otra vez volvía a chocar con el escollo de siempre. Un escollo que, al final, comprendió que era la clave de todo el asunto: ¿por qué matarlo y después despeñarlo? ¿Por qué ese doble ensañamiento?

O, visto una vez más desde otro punto de vista: ¿por qué ese interés en despeñarlo, vivo o muerto?

Hasta que, de repente, se hizo la luz en su mente. Como en un rápido fogonazo, de repente lo vio todo muy claro. Meridianamente claro.

Entonces lanzó un grito que, a pesar del elevado volumen de la música, se elevó sobre cualquier otro sonido, logrando incluso despertar a Rodrigo:

—¡¡¡Claro!!! ¡¡¡La extraordinaria caída, las rocas y el mar!!! ¡¡¡¿Cómo no lo habré visto antes?!!!

Y dirigiéndose a su socio, añadió:

—Paga lo que debemos, te espero en el coche. No tenemos un segundo que perder.

Salió disparado hacia el vehículo desde donde, mientras esperaba a Rodrigo, marcó el

teléfono de Mentxu que, por suerte, cogió casi de inmediato:

—¿Diga?

—¿Mentxu? Soy Víctor.

—Hola Víctor, ¡qué sorpresa! ¿Has descubierto algo más?

—Me parece que sí, pero necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? Tú dirás...

—¿Has hablado últimamente con Isabel?

—Sí. Precisamente salgo de estar con ella. Lalo ha salido y he aprovechado para visitarla.

—¿Y no te ha dicho nada acerca de si últimamente ha recibido alguna visita, digamos... desacostumbrada?

—Sí, precisamente de eso hemos estado hablando. Resulta que estos días ha estado en su casa dos veces un antiguo amigo de su marido, un caballero que las dos veces se ha presentado acompañado de un ruso.

—¡Bingo!

—¿Qué dices?

—Que son ellos. Ellos son los chantajistas y los secuestradores de Lalo.

—¿Estás seguro?

—Como que me llamo Víctor.

Rodrigo llegaba en ese momento. Al subir al coche y ver que su jefe hablaba con alguien, se mantuvo en silencio.

Sin dejar de hablar, Víctor le entregó el dossier con los autos a su ayudante, indicándole con un gesto que no los guardara.

—¿Sería mucho pedir que me dijeras sus nombres?

—El amigo de Ramón es un tal Antonio Tutor. Del ruso no me han sabido decir el nombre.

—¿Sabes dónde se alojan?

—Sí: en el Hotel María Cristina. Pero esta tarde cogían un vuelo a Suiza desde Biarritz.

—Mentxu: ¡eres un sol! Luego hablamos. Adiós.

—Adiós.

—¡Vaya, jefe! No sabía que tenías tanta confianza con esa señora...

—No digas tonterías y agárrate bien. Vamos volando al Hotel María Cristina.

Recorrieron los 15 kilómetros de la bellísima y serpenteante carretera que une Orío con San Sebastián en un tiempo récord. El servicio de quitanieves había retirado hasta el último resto del blanco meteoro, y había esparcido una generosa cantidad de sal sobre la calzada.

Mientras conducía, Víctor formuló a Rodrigo un par de preguntas referentes a los autos. Quería terminar de asegurarse de que sus deducciones eran ciertas.

—Mira por favor cómo fue reconocido el cadáver de Ramón Aguirre. Creo que aparece justo a continuación de las conclusiones de la autopsia.

Rodrigo comenzó a pasar las hojas rápidamente hasta que lo encontró. Apenas le llevó unos segundos.

—Vamos a ver...: no se le practicó la prueba de ADN. Bastó con la identificación de su mujer, del propio David Zorrozúa y de algunos testigos más. ¿Quieres que te los nombre?

—No. Con eso me es más que suficiente.

—Entonces, ¿quieres decirme por favor qué es lo que has averiguado?

—Hay un par de tipos que han visitado a la mujer de Ramón Aguirre en su casa durante estos días. Uno de ellos se llama Antonio Tutor. O, mejor dicho, dice llamarse así, y el otro es un ruso

cuyo nombre no sabemos.

—Ya, ¿Y...?

—Que son ellos.

—¿Son qué?

—¿Pues qué van a ser? Los cabrones que han estado todo este tiempo importunando a David Zorrozúa y a su familia, y que han ordenado el secuestro de Eduardo.

—No. Esta vez no me lo creo.

—¿Qué dices?

—Que no me lo puedo creer.

—¿No te crees que son ellos los delincuentes que buscamos?

—Es posible que lo sean. Pero yo he leído los autos lo mismo que tú y, o te has tomado alguna sustancia que te hace ver cosas que yo no veo, o no sé de dónde puñetas has podido sacar esa conclusión. A no ser que tengas una bola de cristal...

—Una bola de cristal no, pero mientras tú le dabas a los huevos con patatas y al Rioja con fruición, he estado pensando algunas cosas...

—Eso ha sido un golpe bajo...

—No te preocupes, es bueno que uno de los dos haya dormido algo. Y ahora hablando en serio, siempre digo lo mismo: los seres humanos somos todos muy parecidos y actuamos movidos por unos mismos, o semejantes, criterios. Si una pieza no acaba de encajar en el rompecabezas, hay que seguir dándole vueltas hasta que encaje. Sólo entonces se hace la luz.

—Eso ya me lo has dicho muchas veces, Víctor.

—Es que ésa es la clave, la única manera de resolver un caso. Y en el que nos ocupa, da la casualidad de que se cumple de manera evidente. Y es el único modo de que todas las piezas encajen.

Acto seguido, Víctor pasó a explicar a Rodrigo cómo había logrado averiguar quiénes eran los cerebros de la trama.

Virginia aparcó su Ford Focus a la entrada de la casa de su amiga Izaskun, en Usúrbil.

Recorrió a paso rápido los escasos diez metros que le separaban del portal. Conocía a mucha gente en la localidad, y no quería que nadie le viera en ese intenso estado de conmoción.

Izaskun le estaba esperando a la puerta. En cuanto Virginia salió del ascensor, su amiga le recibió con un cariñoso abrazo.

Habían sido muy buenas amigas desde niñas. Y habían seguido trayectorias muy parecidas: habían estudiado en la misma *ikastola*⁹, en la misma facultad y, llegados los años convulsos de la adolescencia, las dos habían militado en las filas de las juventudes de la llamada izquierda abertzale. Con el paso del tiempo habían madurado juntas y, completamente desengañadas y frustradas por lo que habían vivido en el seno del mundo radical, habían decidido cortar con él. Ahora se arrepentían por completo de esa época de sus vidas.

Pero en el momento presente, cuando querrían olvidar el pasado, parecía que éste se negaba a hacerlo. Que las perseguía. Sobre todo a Virginia que, debido a un desgraciado incidente con la *Ertzaintza*, había quedado fichada: no penalmente, pero sí en los registros de la policía.

Al iniciar su trabajo como contable en Teknomat había creído que, por fin, su pasado había quedado definitivamente enterrado.

Sin embargo, lejos de ser así, comprobaba que una y otra vez tenía que volver a enfrentarse con la dura realidad: a causa de su pasado hoy acababa de perder su empleo y, muy probablemente, al que estaba a punto de ser su novio. De ahí su profunda tristeza. De ahí que todo este cúmulo de reveses le estuviera resultando especialmente traumático.

—Ven a la cocina, te he preparado una tisana. Creo que te ayudará a relajarte. —Izaskun era una gran aficionada a las hierbas y tenía una bonita cocina americana en cuyo mostrador tenía preparada la infusión.

—Gracias, Izaskun, no sabes lo mal que lo estoy pasando.

—Cuéntame todo, ya sabes que para eso estamos las amigas.

Aunque Izaskun ya estaba al corriente de muchos de los últimos acontecimientos, Virginia volvió a desahogarse a sus anchas, contando a su amiga de nuevo, de principio a fin, todo cuanto le había ocurrido en la empresa desde el día de su llegada a Teknomat.

A medida que iba hablando se iba encontrando mejor, notablemente más aliviada. Pero, sin embargo, seguía experimentando una opresión en el pecho, y un dolor de cabeza de los que no era capaz de liberarse por completo. Se sabía muy vulnerable y temía volver a sumirse en una terrible angustia en cuanto volviera a quedarse sola.

A modo de conclusión, confió a su amiga:

—Estoy tentada de poner tierra por medio, de irme lejos. A América, por ejemplo. Empezar una nueva vida, en donde no me miren a cada rato como a una asesina... Por de pronto me voy a ir a pasar unos días a La Rioja. He cogido una casa rural allí. Quiero pensar tranquila desde la distancia.

Sin su teléfono móvil consigo, Eduardo decidió que su única opción de contactar con Virginia era ir a verla a su casa. Y eso es lo que se propuso hacer tan pronto como se despidió de sus padres.

Pero cuando llegó al portal, llamó una y cien veces sin que nadie respondiera.

Mientras tanto, mil ideas negativas se acumularon en su cabeza: ¿me estará viendo por el video y no quiere abrir? ¿Será cierto que es una terrorista que me ha estado utilizando durante todo este tiempo? ¿Habrá sido todo una gran mentira?

Se mantuvo perseverante durante más de media hora en el portal, hasta que, una vecina que llegaba de hacer la compra, accedió a abrirle.

Una vez dentro, Eduardo subió hasta el piso de Virginia. No tenía muchas esperanzas de encontrarla, pero al menos lo intentaría hasta el final.

Volvió a ocurrirle lo mismo: llamó una y otra vez, hasta que le dolió el dedo. Era evidente que ella no estaba en casa o, aún peor, que si estaba no quería abrirle.

De nuevo fue tanta su insistencia, que terminó por encontrarse con otra vecina, la que vivía en la puerta de enfrente.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Busca usted a Virginia?

—Sí. ¿Sabe dónde está?

—La he visto salir hace un rato llevándose una maleta enorme. Iba tan cargada que daba la impresión de que se iba muy lejos o, por lo menos, para una larga temporada. Cuando le he preguntado, me ha sorprendido mucho la respuesta que me ha dado: pues me ha dicho que se iba a Usúrbil. Desde luego, parecía muy alterada. Como si estuviera en apuros.

Al llegar a la entrada principal del flamante hotel, aparcaron a la puerta y descendieron apresuradamente del coche.

Cuando el conserje se acercaba a Víctor para indicarle que no estaba permitido estacionar ahí si no era cliente, éste le remitió a Rodrigo, que caminaba un par de metros por detrás.

Una vez en recepción, explicó a la joven en prácticas que le atendió:

—Buenos días, mi nombre es Víctor Fosch, soy abogado, estoy buscando al señor Tutor, don Antonio Tutor, que se aloja en el hotel. Es cliente mío y me ha citado aquí a las doce. Llego un poco antes, pero quizás ya esté listo. ¿Podría avisarle por favor? Creo que a los dos nos vendría bien adelantar un poco la reunión.

La joven consultó la pantalla del ordenador, frunció un poco el ceño, y respondió:

—Debe haber habido una equivocación entre ustedes. El señor Tutor ha abandonado ya el hotel.

—¡Vaya! Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Sabe si un caballero ruso que le acompañaba se ha ido también?

—Sí. Abandonaron las habitaciones a la misma hora.

—No lo comprendo. ¡Vaya! Tendré que reñir a mi secretaria. Parece que no ha sabido tomar bien el recado. Muchas gracias, disculpe la molestia.

—No tiene por qué disculparse, faltaría más.

Víctor regresó al coche a grandes zancadas.

Allí se encontraba Rodrigo, todavía discutiendo con el conserje.

La llegada de Víctor zanjó oportunamente la polémica.

—¡Lo sentimos! Ya nos vamos.

Salieron derechos en dirección a Biarritz, en el País Vasco francés.

—Se han largado. Deben estar ya de camino hacia el aeropuerto.

—Pero el vuelo lo tenían por la tarde, ¿no?

—Sí, eso dijo Mentxu, ¿puedes mirar en tu móvil los horarios del aeropuerto? Sobre todo me interesa la salida del vuelo, o de los vuelos, de esta tarde hacia Suiza.

Rodrigo se sumergió en su móvil mientras Víctor cruzaba el puente de la Zurriola, sobre la desembocadura del río, con intención de atravesar el donostiarra barrio de Gros y, a continuación, tomar la primera salida hacia la autopista, en dirección a Francia.

Al cabo de un par de minutos Rodrigo respondió:

—Aquí lo tengo: el único vuelo de esta tarde a Suiza, desde Biarritz, despeg a las cuatro y se dirige a Ginebra.

—Tenemos que pensar la manera de traerlos de regreso a España, sobre todo al ruso, que tiene de ruso lo mismo que mi abuela. —En realidad, Víctor hablaba para sí mismo, reflexionaba en voz alta.

—¿Cómo los vamos a reconocer?

—Eso es lo que menos me preocupa. El aeropuerto de Biarritz es pequeño. Y, como has dicho, hay un único vuelo a Suiza. No habrá mucho donde buscar.

Circulaban ya por la autopista. No tardarían en cubrir los cuarenta kilómetros que les separaban de su destino. Debían aprovechar el viaje para elaborar un plan. El café doble hacía tiempo que había dejado de actuar sobre el cansado cerebro de Víctor. Pero seguía manteniéndose despierto y activo a base de adrenalina.

Veinte minutos más tarde, cuando llegaron al aparcamiento del aeropuerto, ya tenían una idea más o menos desarrollada de cómo iban a detener a esos tipos: al final, dadas las circunstancias, decidieron emplear la vía directa. Tan pronto como los localizaran, pasarían a la acción.

En efecto, el aeropuerto era pequeño. Y había muy poca gente pululando por las instalaciones; nada que ver con el ajetreo propio de las concurridas terminales de las grandes ciudades, o con el de este mismo aeropuerto durante los meses estivales.

Tan sólo había cuatro vuelos anunciados en las pantallas. El segundo de ellos, el de Ginebra, estaba previsto para las 16h 10' de la tarde. En ese momento eran las 12h 35'. Aún no se habían abierto los mostradores de facturación.

Los dos abogados dieron un rápido paseo de reconocimiento del terreno. Trataron de adivinar quiénes podrían ser el supuesto Antonio Tutor, y el falso ruso.

No les costó mucho. El llamativo gorro de Volkóv se hubiera distinguido a leguas de distancia de Biarritz.

El ruso y Tutor estaban en la cafetería, degustando un buen almuerzo. Al menos todo lo bueno que es capaz de proporcionar el servicio de un aeropuerto.

El tipo que se hacía llamar Antonio Tutor lucía un bronceado impropio de esta época del año.

—Entonces, ¿a por ellos? —preguntó Rodrigo.

—A eso hemos venido, ¿no?

—Entonces, no se hable más: ¡al ataque...!

Se sentían seguros bajo sus trajes de corte impecable. La experiencia les había demostrado que constituían una insustituible prenda de trabajo. A primera vista, que es la que cuenta, siempre lograban impresionar a sus interlocutores. Aunque las vestiduras habían padecido lo suyo durante las últimas horas, los abrigos las habían protegido razonablemente bien, por lo que podían todavía presentarse ante terceros con un aceptable aire de distinción.

El plan era que Víctor se sentara con los dos hombres mientras Rodrigo se colocaba en una mesa contigua. Desde ahí podría vigilar el desarrollo de la conversación. Cuestión de seguridad, principalmente.

Nada más llegar a la altura de su objetivo, Víctor se inclinó sobre el hombre tostado y le preguntó:

—¿Perdonen, caballeros, es alguno de ustedes el señor don Antonio Tutor?

El tipo en cuestión, ligeramente sorprendido, detuvo el viaje de su cucharilla con un trozo de flan hacia la boca para responder:

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Vengo del Hotel María Cristina ¿Me permiten un momento? —añadió en tono cortés mientras señalaba a la silla.

—Sí, claro. Siéntese. ¿Ha habido algún problema con la liquidación del importe de la cuenta?

—No, no es eso. No se preocupe. En realidad, vengo de parte de don Ramón Aguirre.

Tanto Tutor como el ruso se quedaron momentáneamente petrificados, instante que Víctor aprovechó para añadir, volviendo la vista hacia este último:

—¡Huy! ¡Qué tonto! Si Ramón Aguirre es usted. Claro que todos le daban por muerto...

La explosión de una granada de mano en medio del aeropuerto no hubiera causado un impacto mayor entre los dos hombres.

Víctor todavía tuvo la suficiente dosis de sangre fría para ironizar acerca de su llamativo gorro:

—¿Tiene usted frío en la cabeza?

Tutor hizo un último y patético intento por mantener las apariencias:

—¡Pero bueno! ¡Qué broma es ésta! ¡Váyase usted de aquí ahora mismo o llamaremos a la policía...!

—Me veo en condiciones de poder aconsejarles, incluso de modo completamente gratuito, que no lo hagan: que no llamen a la policía. La usurpación de identidad que están ustedes llevando a cabo en este mismo momento es un delito penal en Francia. Si viene la policía, al comprobarse que viajan ustedes bajo identidad falsa, serán automáticamente detenidos. Y cuando terminaran de arreglar sus diferencias con la justicia francesa, serían extraditados a España. De esa parte me encargaría yo, no lo duden. Les propongo algo mejor: acompañenme a España, y así se ahorrarán las penas y los trámites en la parte francesa.

La tensión iba en alza por instantes. Se podía palpar.

El ruso abrió la boca por primera vez. En perfecto castellano, sin el menor atisbo de acento extranjero, y mucho menos de la estepa siberiana, amenazó:

—¡Todavía no nos ha dicho quién es usted ni qué busca aquí! Tenga mucho cuidado. Está jugando con fuego. Si se larga y se olvida de nosotros podríamos recompensarle, de lo contrario, tendrá muchos problemas, se lo aseguro.

—Sí. Tienen ustedes dinero. De eso ya estoy enterado. Pero antes de seguir hablando, quiero hacerles notar la presencia de ese individuo, el de la mesa de al lado. —Señaló discretamente a Rodrigo, que respondió a sus miradas mediante un sarcástico saludo con una mano, mientras mantenía la otra en el bolsillo de su abrigo—. Nos está apuntando con una pistola. Les aseguro que es muy bueno disparando. O sea que no me vuelva usted, don Ramón, a hablar de jugar con fuego. Si estuviera usted armado, sería un nuevo delito en suelo francés, que se acumularía a las penas que le esperan en España.

»Ahora, si quieren ustedes seguir haciéndose los duros, están en su derecho. Pero yo que ustedes no perdería más tiempo. De lo contrario, tal vez sea yo quien pierda la paciencia y llame a la policía.

Los hombres se cruzaron las miradas.

Por primera vez, Víctor detectó debilidad en ellas. Pero no había sólo flaqueza, había también temor y, de alguna manera, derrota.

Con muy mal humor y en un tono todavía duro y cortante, el aludido respondió:

—Está bien, le escuchamos, hable con claridad.

—Me llamo Víctor Fosch. Soy abogado criminalista y he sido contratado por don David Zorroza para sacarle de la terrible situación en la que ustedes le han metido.

—¿Es usted un picapleitos? ¡Váyase al cuerno y déjenos en paz!

—Me parece que no me han entendido bien. Se lo voy a repetir por última vez. Están ustedes al final del trayecto. Lo sabemos todo. Tienen dos posibles opciones. O resistirse a mi ofrecimiento y ser arrestados por la policía francesa, o acompañarme a España donde les detendrá la policía autonómica vasca. Ustedes deciden.

»Porque, en efecto, soy abogado. Y, modestia aparte, soy bueno. Si cooperan conmigo, lo

tendré en cuenta a la hora del juicio. Pero si prefieren ponerse gallitos, créanme que no saldrán de la cárcel hasta que hayan cumplido el último día de pena en Francia y en España. Y hasta que no hayan devuelto el último céntimo. Es mi última palabra.

Los dos hombres sudaban visiblemente. Su máscara exterior de tipos duros se iba deshaciendo a ojos vista, como la cera junto al fuego.

De repente, Ramón Aguirre estalló, haciendo que varias de las miradas de la cafetería se volvieran hacia él:

—¿Dice usted terrible situación la de David Zorrozúa?! ¿Y qué situación fue la mía? Ellos siempre hablando de mí a las espaldas: «mira cómo bebe», «mira qué vida lleva», «mira cuánto gasta»...; bla, bla, bla. Siempre hablando a las espaldas. Hasta que decidí cortar con tanta hipocresía y largarme lejos. Por eso ideé todo ese montaje de mi propia muerte. Y no me arrepiento. Sólo lo he sentido por la pobre Isabel. Ha sido siempre tan simple...

—¿Eres idiota...?! —Tutor se rebeló ante el explícito reconocimiento de los hechos que acababa de hacer su socio.

—¡Bah! ¡Qué más da! ¿No ves que estamos acabados? Se ha terminado el juego...

—Parece mentira, Ramón —por primera vez Víctor pasó a tutearle—, que hayas sido capaz de hacerle algo así a tu socio y amigo. ¿Queréis entonces acompañarme al coche?

—Iremos. Déjanos sólo tomar este último café en libertad.

—Me parece bien.

Víctor echó un rápido vistazo hacia Tutor y comprendió que su ánimo no estaba tan dócil como el de Ramón. Todavía se debatía entre entregarse o intentar la huida. Tenía la mano derecha en el bolsillo del abrigo. Afortunadamente no iba armado. Sólo trataba de manipular su teléfono móvil.

El abogado hizo una señal a su socio para que se acercara y se sentara a su lado, cortándole el paso.

Rodrigo obedeció colocándose de modo que les bloqueara la salida.

Mientras terminaban los cafés, Víctor explicó a los delincuentes su situación con mayor detenimiento:

—Como os he explicado, mi socio y yo, además de detectives, somos abogados penalistas. ¿Sabéis lo que esto significa? Que el pacto tácito que acabamos de hacer seguirá vigente mientras no lo rompáis con vuestra conducta: por tanto, en la medida en que a partir de ahora, y hasta que os entreguemos a la *Ertzaintza*, os mostréis colaboradores, solicitaremos una pena más baja para vosotros. Por el contrario, si en algún momento os resistís, o nos lo ponéis difícil, haremos que se prolongue vuestra estancia en la cárcel tanto como sea posible. ¿Lo habéis comprendido, verdad? No es tan complicado...

Terminaron los cafés, pagaron, y se dirigieron al coche en una pequeña procesión en la que los dos delincuentes caminaban por delante, escoltados por los dos abogados.

Rodrigo les cacheó antes de subir al vehículo y sentarse en el asiento de atrás junto a Tutor. Como era de esperar, no iban armados.

Ramón se sentó en el asiento del copiloto.

Desde su puesto, Rod vigilaba a ambos: debía evitar que no intentaran ninguna tontería en el breve trayecto de veintisiete kilómetros hasta la frontera.

Nada más subir al coche, Víctor llamó a David:

—¡Víctor! Precisamente estaba pensando en ti. Estoy preocupado por Lalo, que ha salido en busca de esa chica... de Virginia.

—No te preocupes por eso.

—¿Qué no me preocupe?

—Escúchame, por favor —Víctor le interrumpió con autoridad—. Pronto averiguaremos si Virginia tiene algo que ver con todo este asunto, tengo al cerebro de la operación aquí conmigo. Estamos en Biarritz y lo llevamos ahora mismo camino de la frontera.

—¿Qué?! ¿Cómo?! ¿Me estás tomando el pelo?!

—Nunca he hablado más en serio. Tengo a Ramón Aguirre y a su socio principal a buen recaudo en el coche, bajo la vigilancia de Rodrigo.

—¿Ramón?! ¿Ramón Aguirre? Mira David, que estoy muy nervioso, por favor no bromees conmigo en estas circunstancias.

—No es una broma, David. Ramón no murió, fue un simulacro. El cuerpo que encontrasteis era el de otra persona. Una persona desfigurada por el accidente y por el agua del mar, pero que todos identificasteis como Ramón Aguirre, porque iba vestido con sus ropas y ocupaba su coche. Pero no era él.

—¿Lo dices de veras? ¡Es absolutamente increíble!

—Un plan muy bien urdido. Con mucha sangre fría.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Tendremos tiempo para hablar de ello. Como te digo, ahora estamos en el aeropuerto de Biarritz. Estaban a punto de huir a Suiza en un vuelo que sale a las cuatro de esta tarde.

»Sólo quiero pedirte que llames a tus amigos de la Policía Vasca y les digas que nos esperen en la frontera, en el puente de la autopista, donde les entregaremos a Ramón y a su socio, que todavía no sabemos cómo se llama. ¿Podrás hacerlo? Si lo prefieres les llamo yo...

—No. Yo les llamo. A estas alturas me conocen bien.

—Llámame por favor en cuanto te hayan confirmado que estarán allí. En el caso de que prefirieran que les entreguemos a los criminales en otro lugar, me lo dices, nosotros estamos saliendo ya en dirección a España por la autopista.

—Entendido.

—Hasta ahora.

Eduardo salió de inmediato en dirección a Usúrbil.

Por el camino recordó que Virginia le había comentado en alguna ocasión que tenía una amiga allí. Seguramente estaría con ella. Pero... ¿sería capaz de localizarla? Usúrbil no era Nueva York, pero tampoco era tan pequeño. ¿Cuántos habitantes podía tener? ¿Cinco mil? ¿Seis mil? Algo de ese orden.

Si lograra localizar el coche de Virginia...

Tardó un cuarto de hora en llegar hasta la entrada del municipio. Al aproximarse cayó en la cuenta de que, curiosamente, Usúrbil no distaba mucho en línea recta del lugar en el que había estado encerrado.

Entró por la calle Mayor, desde comenzó a recorrer muy despacio las calles, observando con atención a derecha e izquierda, tratando de localizar el Focus blanco de Virginia.

Así atravesó el pueblo entero, hasta que se encontró con que las casas volvían a hallarse cada vez más dispersas, y que la carretera iniciaba la subida hacia el monte Arratzain. Continuó unos metros más hasta que encontró un lugar en donde poder dar media vuelta y regresar a la población.

Continuó buscando a lo largo de otras calles distintas a las que ya había atravesado.

Se dio cuenta de que no iba a resultar nada fácil localizar el Ford Focus que buscaba: además, cada vez que divisaba un coche que se asemejaba al de Virginia, al llegar a su altura comprobaba que, o no era un Focus o, si lo era, era claramente más viejo que el que buscaba.

Llevaba ya un buen rato dando vueltas sin conseguir nada. Comenzaba a ponerse nervioso. Comprobó incluso que algunos vecinos se habían fijado en él, y comenzaban a mirarle con recelo, como a una especie de espía, o como a un tipo extraño, en cualquier caso.

—¡Dios mío, que encuentre el Focus de marras!

Continuó buscando, tratando de no desanimarse.

Ahora se metía también por las bocacalles más estrechas y sin salida, a las que había despreciado en un principio.

Hasta que el corazón le dio un vuelco: ahí parecía estar. Ése tenía que ser...

Se acercó temeroso de recibir un nuevo chasco, pero no. Esta vez era el coche de Virginia. Estaba seguro de ello. Al llegar a su altura comprobó que era su matrícula. Estaba aparcado ante la última casa de Goikokale, o calle alta, una vía sin salida.

Entusiasmado por el hallazgo, aparcó a su lado y se encaminó al portal de la casa.

El edificio tenía cinco pisos. ¿En cuál de ellos estaría Virginia? Era cuestión de probar.

Como dice el refrán, a la tercera va la vencida y, en efecto, al tercer timbrazo dio en el blanco.

—*Nor da?*¹⁰

—Soy Eduardo Zorrozúa, de Teknomat, busco a Virginia Iturrioz.

El asombro de Izaskun fue enorme. ¿No estaba Eduardo secuestrado? Entonces, ¿quién era el que estaba en el portal? ¿Qué es lo que debía contestar?

—¿Quién es, Izaskun?

—No lo sé. Dice ser Eduardo Zorrozúa.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. ¿Crees que puede ser un truco?

Virginia, muy nerviosa, le respondió:

—No lo sé. Es muy raro. Déjame escuchar su voz.

Cogió el receptor y preguntó:

—¿Quién es?

—¿Virginia? ¡Soy Eduardo...! ¡Estoy libre!

En efecto, era él. No le cabía la menor duda.

A pesar de todo, a la muchacha le costaba asimilar lo que estaba ocurriendo.

—¿Puedo subir?

—Sí, ¡pasa!

Le abrió la puerta y, mientras esperaba, tuvo una primera reacción de alegría: ¡Lalo estaba libre y había salido inmediatamente en su busca!

Le dio que pensar. Eso significaba que él la quería de veras.

El joven subió los escalones de tres en tres.

Una vez arriba abrazó a Virginia, que le recibió con lágrimas en los ojos.

—¡No me lo puedo creer!

—Yo tampoco...

—¿Te han tratado bien?

—Ha sido como estar enterrado en vida, pero una vez fuera vuelvo a sentirme como si nada hubiera pasado.

Transcurridos los primeros momentos de emoción, se sentaron a charlar.

Eduardo explicó cómo había sido liberado por Víctor y Rodrigo.

Virginia también tenía muchas cosas que decirle.

Le reveló por qué estaba allí, en casa de su amiga Izaskun. Le contó que su padre la había despedido de la empresa y le había prometido separarle de él.

—Piensa que soy una terrorista, o una infiltrada, o yo qué sé... Quiere que me pierdas de vista. Y, lo peor de todo es que ha conseguido descorazonarme. A veces pienso si mi vida no tiene futuro aquí, si no sería mejor poner tierra de por medio, largarme lo más lejos posible...

—¿Por eso te has venido con tanto equipaje, no?

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho una vecina tuya. También me ha dicho que habías venido a Usúrbil. Debes agradecerle a ella que te haya encontrado.

—¡Qué cotilla de mujer...! Pero tienes razón: por una vez le tendré que estar agradecida.

Charlaron largo y tendido.

Durante esos días de alejamiento, en medio de una tensión tan grande, casi insoportable, ambos habían tenido tiempo para reflexionar. Podía decirse que habían madurado mucho en poco tiempo.

Desde luego, Virginia se planteaba muy seriamente la posibilidad de emigrar.

Lalo, por su parte, comprendió que había llegado el momento de elegir entre Virginia, y el beneplácito y la estima de su padre. Ya que, muy posiblemente, la elección de Virginia suponía necesariamente la necesidad de despedirse de Teknomat, y del brillante futuro que le aguardaba en la empresa de la que era el único y natural heredero.

En ese caso tendría que volver a empezar desde cero, tal vez en algún nuevo y lejano país, lo cual, no lo podía negar, le suponía una renuncia y un esfuerzo terriblemente arduos, casi insuperables.

¡Víctor! Soy David. Ya he hablado con la *Ertzaintza*. Van a salir en seguida hacia la frontera.

—Gracias. Nosotros estamos ya de camino, estimo que llegaremos en menos de media hora.

—Supongo que ellos tardarán algo parecido, puede que un poco más. En cuanto estén listos partirán desde la comisaría de Hernani...

—Muy bien. Por supuesto, en caso de que llegemos antes, les esperaremos allí. Después del peaje de la autopista.

—Cuando todo haya terminado, llámame, por favor.

—Descuida. Así lo haré. Hasta luego.

—Hasta luego.

Llegaron antes de media hora, sin que se produjera ningún incidente durante el trayecto. Desde el primer instante de viaje, Tutor y Aguirre se habían sumido en un profundo silencio. Nada, salvo sus rostros ceñudos, daba a entender lo que pasaba por sus cabezas. Desde luego, parecían preocupados. Y mucho.

Cruzaron el peaje en el lado francés de la autopista, a unos trescientos metros antes de la frontera, y se detuvieron en el pequeño aparcamiento que hay inmediatamente después, justo antes de cruzar el puente sobre el río Bidasoa, el accidente natural que determina los límites entre España y Francia.

Nada más apagar el motor del vehículo, Víctor reflexionó para sí: *«creo que ha sido un error citarnos aquí. Esto es todavía Francia, y es preferible que la entrega se haga en territorio español.»*

Evitó manifestar su preocupación en voz alta. No quería dar pistas legales que, llegado el momento, los acusados podrían utilizar a su favor en el juicio.

Era también cierto que, desde el lugar en el que se encontraban, no existía ninguna barrera fronteriza, ni ningún otro tipo de obstáculo que les impidiera pasar a España, cuyo territorio comenzaba a menos de cien metros de distancia. Pero en el lado español de la autopista no habría dónde poder estacionar hasta la siguiente barrera de peaje, a unos ocho kilómetros más adelante.

Si querían hacer el traspaso de prisioneros en España, tendrían que continuar hasta allá, o salir de la autopista.

Todavía estaba el abogado sumido en estas consideraciones, cuando una motocicleta de gran cilindrada aparcó a su lado.

Nadie pareció reparar en ella, ni mucho menos en sus dos ocupantes.

Tampoco hubiera sido posible reconocerles bajo sus cascos integrales de visor ahumado.

Pero el conductor era el tipo de la bufanda amarilla al que ya habían visto en una anterior ocasión.

Hoy iba sin bufanda.

Llamó con los nudillos, suavemente, al cristal del piloto, como si fuese un viajero despistado, que quisiera formular alguna pregunta.

Víctor bajó la ventanilla con intención de quitárselo de encima cuanto antes:

—¿Quería usted algo?

—Sólo enseñarle esto.

Le apuntó a la cabeza con una pistola automática, una Glock 19, de fabricación austriaca.

Cuando Víctor y Rodrigo cayeron en la cuenta de lo que estaba sucediendo, era ya demasiado tarde.

—¡Las pistolas, rápido! ¡Y los móviles!

Los dos abogados fueron inmediatamente desarmados y despojados de sus celulares.

El motorista hizo entrega de los revólveres a sus socios.

A continuación obligó a Rodrigo a salir del coche. Pasaría a ocupar ahora el asiento del copiloto.

Ramón, Tutor y el motorista viajarían en el asiento de atrás, desde donde podrían vigilar a placer los movimientos de Víctor y de Rodrigo.

—¡Menos mal que habéis llegado a tiempo! Este par de capullos nos lo ha hecho pasar mal. — Fueron las primeras palabras de Antonio Tutor, las que dedicó como recibimiento al motorista. No mostraba una especial alegría. Más bien manifestaban una terrible rabia e ira contenidas.

Ramón permanecía en silencio. De su rostro, grave e impenetrable, no trascendía gran cosa.

Tutor volvió a abrir la boca para ordenar a Víctor, que continuaba al volante:

—¡Vámonos de aquí! ¡Arranca, rápido! ¡Y no trates de hacerte el héroe! ¡Como intentes la menor tontería, antes de que te des cuenta, le he volado los sesos a tu amigo el copiloto!

Ante el continuado silencio de Ramón, Víctor y Rodrigo dudaron acerca de quién podría ser el auténtico cabecilla de la banda.

—¿A dónde vamos? —preguntó Víctor esforzándose por aparentar serenidad.

—Vete detrás de la moto.

El otro motorista estaba ya delante del vehículo, haciendo señales para que le siguieran.

¿Dónde estaba la policía? No había ni rastro de coches patrulla en todo el amplio panorama que la vista era capaz de alcanzar.

¿Tal vez vinieran en un coche camuflado? No, no tenía sentido. Más bien lo lógico sería pensar que se estaban retrasando.

La moto les condujo en dirección hacia España, en donde tomaron la primera salida hacia la derecha. Desde ahí enfilaron la carretera que, atravesando el centro internacional de transportes de Zaisa, se dirige hacia Pamplona.

Víctor se devanaba los sesos: ¿cómo habían conseguido avisar a su gente? ¿Cómo habían podido conocer el lugar y la hora de la entrega con semejante rapidez?

Desconocía que, en el aeropuerto, Tutor había conseguido llamar desde su móvil al motorista, y que, por tanto, éste había escuchado la conversación de Víctor con David, cuando le había pedido que llamara a la *Ertzaintza*.

Tan pronto como dejaron atrás las inmediaciones del paso fronterizo, el ambiente entre los delincuentes se relajó notablemente. Se sabían ya fuera de peligro, fuera del alcance de la policía. En cambio, en esa misma medida, Víctor y Rodrigo sintieron sus vidas amenazadas y en grave peligro.

Un viaje en compañía de criminales recién desenmascarados no era nunca algo fácil de digerir. Sobre todo porque, con toda probabilidad, buscarían acallar las voces de quienes les habían descubierto.

Esta vez estaba muy claro que nadie iba a ser capaz de ayudarles. Tendrían que arreglárselas solos.

Llegaron a la altura de Vera de Bidasoa, ya en Navarra.

Un poco más adelante la moto tomó el desvío hacia Etxalar y, justo antes de llegar a esta población, volvió a desviarse de nuevo, adentrándose en una minúscula carretera vecinal, que ascendía hacia el alto conocido localmente con el nombre de Lurriztiederra. La nieve acumulada no era suficiente para impedir que el automóvil iniciara la ascensión.

En todo caso, la dirección que seguían no auguraba nada bueno.

No lo hacía por el sencillo motivo de que aquel no era un lugar apropiado para que fuesen simplemente soltados a su suerte. Pues, aunque se trataba de un lugar apartado, la zona estaba bastante poblada. Lo suficiente como para poder encontrar ayuda con demasiada facilidad. Y eso no le convenía a Ramón Aguirre y a su gente.

Sin embargo, sí era un buen lugar para pegarles un tiro y dejarlos tirados en cualquier sitio. Si eso ocurría, nadie iba a verlo. En medio de los intrincados bosques de esta región pre-pirenaica podrían transcurrir días, incluso semanas, antes de que pudiesen ser encontrados.

Además, siendo una zona de caza, el sonido de los disparos tampoco tendría por qué llamar la atención de nadie.

En cuestión de minutos las tornas habían cambiado muy desfavorablemente para Víctor y Rodrigo. Necesitarían de prácticamente un milagro para salir con vida.

La mente de Víctor se fue a Madrid, a Silvia y a sus hijos. Lamentó muy de veras no poder abrazarlos por última vez.

También Rodrigo pensó en Karen, y en la familia que ya nunca tendría.

Como queriendo confirmar sus peores suposiciones, la motocicleta se detuvo en medio de una pequeña vaguada completamente rodeada de un espeso bosque.

—¡Para el motor!

Víctor obedeció.

—¡Abajo!

De un modo ordenado, descendieron del automóvil.

Primero lo hicieron Víctor y Rodrigo, siempre bajo la cercana vigilancia de la pistola del motorista.

Estaba ya muy claro que Antonio Tutor era el verdadero cabecilla de la banda. Aunque, en realidad, muy poco o nada importaba ya quién fuese el jefe de los criminales.

En cualquier caso, dirigiéndose a los motoristas, Tutor les expresó su agradecimiento:

—Habéis estado muy bien, muchachos. Se os recompensará por esto.

—Gracias. Hemos tenido que correr, pero lo hemos conseguido... —había una nota de reverencia casi servil en sus palabras. Estaba claro que Tutor ejercía un enorme ascendiente y autoridad sobre ellos. Una autoridad basada en el miedo.

Volviéndose hacia los abogados, añadió con ironía:

—He de reconocer vuestra habilidad. No sé cómo habéis podido identificarnos, pero demuestra sagacidad.

Víctor, queriendo dilatar sus minutos de vida a la espera de que ocurriera «algo» que les salvase, trató de prolongar la charla. Se dispuso a explicar cómo había sacado sus conclusiones:

—Bueno, todo partió del estudio del accidente del vehículo en el acantilado. No me cuadraba que el conductor, al que lo más lógico era pensar que habíais matado antes de despeñarlo, tuviese que ser además arrojado al mar. Si ya estaba muerto, ¿para qué más? ¿Para que pareciese un suicidio? ¿Por qué entonces las claras huellas de frenado sobre el asfalto y el cinturón de seguridad atado? Entonces... ¿para que pareciese un accidente? Podía ser. Pero no terminaba de casar con el contenido de la carta dejada por Ramón a su mujer...

—¡Que se calle ese tipo! ¡Acabemos con esto de una vez! —exclamó Ramón malhumorado.

—¡El que se tiene que callar eres tú! —le cortó Tutor con indiscutible superioridad—. ¿No te das cuenta que su explicación puede sernos de utilidad para el futuro?

Víctor continuó:

—A partir de ahí no dejé de devanarme los sesos hasta que descubrí qué es lo que podía añadir a la muerte de Ramón Aguirre su caída por el acantilado. Y entonces lo vi claro: las rocas y el contacto con el agua del mar servirían para un propósito muy concreto: desfigurar el cadáver.

Tutor parecía olvidado de todo. Escuchaba con gusto el relato de Víctor.

Éste continuó:

—Pero... ¿para qué podía servir desfigurarle? Sólo había una respuesta a esa pregunta: para que el cuerpo pareciese el de una persona que en realidad no era. Esto me condujo a otra conclusión lógica: Ramón Aguirre tenía que seguir con vida, y por lo tanto tenía que ser él quien estuviese involucrado en la extorsión a mi cliente.

El enfado de Ramón Aguirre iba en claro aumento. Estaba muy nervioso. El trance de verse descubierto y sacado del aeropuerto había puesto a prueba sus nervios. Nunca había sido un tipo tranquilo. Más bien todo lo contrario. Mientras Víctor hablaba, miraba continuamente a derecha e izquierda, siempre vigilante, ansioso. Temía recibir de un momento a otro la visita de la policía, o de algún paseante inoportuno que lo echara todo a perder.

El resto del grupo escuchaba en pie, formando una especie de corro en torno a Víctor y a Ramón.

El cerebro de Víctor funcionaba a pleno rendimiento mientras seguía hablando:

—Una vez llegado a este convencimiento, había que buscar si Ramón Aguirre estaba de algún modo presente en el escenario que rodeaba a David Zorrozúa. El punto más lógico en donde buscar era el de su mujer. ¿Después de tantos años no tendría la debilidad, o al menos la curiosidad de volver a verla? ¿Aunque fuese bajo una personalidad encubierta?

—Bien pensado... Ahí cometimos un grave error.

—¡Eso no fue un error! ¡El único error fue matar al mendigo antes de despeñarlo! —Ramón aprovechó la oportunidad para descargar su creciente tensión.

—¡Bah! ¡Cállate! ¿Qué más da? ¿Acaso no hemos salido bien librados después de todo?

—¡Sí, pero acabemos de una maldita vez! —estas últimas palabras de Ramón sonaron a mitad de camino entre una súplica y una orden.

—Tranquilízate, ahora nos vamos.

Dirigiéndose a uno de los motoristas, Tutor le ordenó:

—Aitor, liquida a estos dos tipos. Después, que Mánix te ayude a esconderlos. Hay que enterrarlos, o tapparlos con maleza: lo que queráis, pero aseguraos bien de que tardarán varios días en encontrarlos.

Aitor se puso muy serio. Y muy alterado:

—Ése no era el trato. Yo debía ocuparme del cobro. Nunca hablamos de matar a nadie.

—¿Qué te dije? —intervino Tutor en tono irritado—. Estos tipos no valen.

Sin molestarse en esperar a la respuesta de su socio, Tutor le explicó al motorista con una voz tremendamente cínica y cortante:

—Mira hijo. Has sido contratado para un trabajo. Y los trabajos se sabe cómo comienzan, pero no siempre cómo terminan. A veces surgen imprevistos. Y éste es uno de ellos. Para acabar bien la tarea hay que eliminar a los testigos, y esa tarea te corresponde a ti.

—¡¿Por qué a mí?! —Aitor, que era un joven de unos veintiocho años, estaba realmente

asustado. Parecía absolutamente superado por la presión que se estaba ejerciendo sobre él. Estaba a punto de echarse a llorar como un niño.

Tutor, fuera de sus casillas, se adelantó a todos y le disparó a bocajarro.

Alcanzó al motorista en el pecho.

La sangre comenzó a salir a borbotones. El joven quedó tendido en el suelo, más muerto que vivo, desangrándose a ojos vista.

—¡Tú eres idiota! ¡¿A qué viene eso?!

—¡Con tanta verborrea estamos perdiendo un tiempo que no tenemos!

—¿Y acaso te crees que cargándote a ese desgraciado has arreglado algo? ¿Qué crees que dirá su gente cuando se enteren de que lo hemos matado? ¡¿Acaso te crees que se quedarán de brazos cruzados?!

—Me es igual: para cuando lo encuentren estaremos a miles de kilómetros de aquí.

—¡¡Ellos nos conocen!! ¡¡Sabrán dónde encontrarnos!! ¡Lo mismo hiciste con el indigente! ¡Eres un auténtico psicópata!

Víctor y Rodrigo se percataron de que Mánix escuchaba la discusión en un estado de completa turbación. Su rostro manifestaba a las claras sus temores. Era muy consciente de que, tal y como se estaban poniendo las cosas, él mismo comenzaba a correr un grave peligro.

Ahora tendrían que acabar también con él si querían evitar que la noticia de quién era el asesino de Aitor corriera por todo San Sebastián.

Los dos abogados cruzaron sus miradas.

Tantos años trabajando juntos hicieron que se entendieran perfectamente.

Entonces Rodrigo pronunció con voz fuerte:

—¡No lo matéis!

La reacción de Mánix no se hizo esperar. Con el pulso completamente alterado alzó su pistola y, encañonando sucesivamente a Ramón y Tutor, les gritó asustado:

—¡No os dejaré que me hagáis nada!

Era el momento que los abogados esperaban.

Víctor hizo un pequeño gesto, una señal apenas perceptible. Echaron a correr hacia los árboles más próximos, quedando, en cuestión de segundos, ocultos tras la intrincada arboleda.

—¡Maldita sea! ¡Que no escapen!

Mánix echó a correr en pos de los abogados.

¿Iba realmente tras ellos o seguía simplemente tratando de escapar de su propia muerte?

Rodrigo, de complexión más atlética, corría por delante de Víctor. Mientras abría camino, cuidaba de no perder de vista a su jefe. También éste pugnaba por no quedarse atrás.

El bosque era tremendamente tupido. No sólo por la gran densidad y tamaño de los árboles, sino también por la abundante vegetación que cubría el monte bajo.

Corrían sin rumbo fijo.

Rodrigo tan sólo pensaba en adentrarse en la espesura tanto como pudiera, poner la máxima distancia entre ellos y sus perseguidores.

No podían dejarse atrapar de nuevo. Si eran capturados, no habría una segunda oportunidad, serían eliminados de inmediato.

De vez en cuando miraban hacia atrás.

No había nadie, pero en alguna ocasión, Víctor creyó escuchar un crujido de ramas a sus espaldas.

Transcurrieron varios minutos de carrera. Hasta que creyeron haber dejado definitivamente

atrás a sus perseguidores.

Al menos no se veía ni se oía nada.

—¿Qué hacemos? —Preguntó Rodrigo, bajando el ritmo—. ¿No sería mejor tratar de ocultarnos entre la maleza?

—No lo sé. Sigue un poco más, a ver si encontramos una carretera. Sobre todo, mantén los ojos y los oídos abiertos.

Cruzaron un pequeño arroyo y continuaron ascendiendo una empinada pendiente.

Avanzaban más despacio ahora, concentrando sus esfuerzos en avanzar en silencio, tratando de no hacer ruido.

Un bosque como aquel, a la débil luz invernal, en medio de una situación de grave peligro para sus vidas, pronto cobró un aspecto casi fantasmagórico para los dos abogados. A pesar de haber atravesado situaciones ciertamente peligrosas a lo largo de su vida profesional, el marco que les rodeaba en este caso era en cierto modo único. Era como verse transportados a una historia de miedo de las que tanto les gustaba escuchar en su infancia.

Sólo que en este caso era real.

Pero, como en el cuento de Hansel y Gretel, de repente, al acabar el bosque, descubrieron una casa que, aislada y misteriosa, se alzaba ante ellos.

Era una hermosa casa de piedra, de estilo típicamente vasco-navarro, con los balcones, las puertas y las contraventanas pintadas de un bonito rojo intenso.

Estaba muy cuidada, y daba toda la impresión de estar habitada.

Rodrigo llamó al timbre.

No tardaron en escucharse pasos en el interior, alguien se acercaba a la puerta.

Abrió una joven con un niño de corta edad en brazos. Con una gran sonrisa en los labios, comenzó a decir:

—¿Ya estáis de vuel...? —pero su sonrisa y sus palabras se desvanecieron tan pronto como se percató de que quienes estaban a la puerta no eran quienes ella esperaba, sino dos hombres cuyas ropas, aunque elegantes, estaban completamente mojadas, arrugadas y manchadas de barro.

Su rostro se demudó.

También su voz se alteró de tal manera, a causa de la desconfianza y el miedo, que la criatura se echó a llorar.

—¿Qué...? ¿Quiénes son ustedes?

—Por favor, no se asuste, señora. Somos abogados.

Rodrigo habló también con cierta agitación. Tenía prisa por entrar en la casa. No quería asustar a esa mujer, pero no tenían tiempo que perder.

Tal vez fue un error decir que eran abogados. Su imagen ya no correspondía a la de un respetable letrado.

La mujer se asustó aún más. Y los llantos del niño pronto se hicieron difícilmente soportables.

—¡Váyanse! No sé qué es lo que buscan, pero, por favor, váyanse de aquí.

Comenzó a cerrar la puerta.

Rodrigo se vio obligado a emplear la fuerza.

Primero puso el pie para impedir que la joven cerrara, y a continuación empujó para abrir.

—¡¡¿Qué hace?!! ¡¡Fuera de aquí!!! ¡¡¡Socorro!!!

Si Antonio Tutor y su gente les habían seguido, era imposible que no hubieran oído los gritos.

—Cálmese, señora, no vamos a hacerle ningún daño. Sólo queremos usar el teléfono.

Pero, en su turbación, la joven madre no atendía razones. Sólo a la de que aquellos intrusos debían abandonar su casa.

Los dos hombres entraron y cerraron la puerta tras de sí.

—Trata de calmarla, yo voy a llamar al despacho. —Sin su móvil encima, era el único número que Víctor se sabía de memoria.

Marcó rápidamente y en seguida respondió la secretaria.

—Consultora Fosch, ¿Dígame?

—Marina, soy Víctor.

—Hola Víctor, ¿cómo estáis?

—No muy bien. Escúchame: estamos en apuros. Necesito que me des el número de teléfono de David. El del móvil que le dimos. ¿Lo tienes ahí?

—Sí, aquí lo tengo: es el 677423501.

—Te repito: 677423501.

—Sí, eso es.

—Muy bien. Gracias, Marina.

—¿Quieres que le diga algo a Silvia?

—Que le quiero. Te dejo. No puedo hablar.

Y colgó.

A continuación llamó al empresario:

—¿Dígame?

—David: soy Víctor.

—¿Has cambiado de teléfono? ¡Qué sorpresa! ¿Ya están bajo la custodia de la *Ertzaintza*?

—No. Ha habido complicaciones. Escucha: llama a la comisaría de Hernani. Que se pongan en contacto con quien haya ido a la frontera a recoger a Ramón Aguirre, y le digan que llame inmediatamente a este teléfono. Necesitamos ayuda urgente. Estamos en una casa aislada en algún lugar muy cerca de Etxalar. Me da la impresión de que es una casa rural. Pero lo mejor es que nos llamen aquí cuanto antes. A este teléfono. Ya no tenemos los móviles con nosotros, los tiene Ramón. ¿Entendido?

—Sí, claro. Pero... ¿qué es lo que ha ocurrido?

—David, no hay tiempo para más cháchara, haz lo que te he dicho, cuanto antes, por favor. Nuestra vida está en peligro.

—De acuerdo, Víctor, ahora mismo.

Mientras llamaba, el empresario se preguntó si la *Ertzaintza* estaría facultada para internarse en Navarra sin una orden judicial. Etxalar estaba muy cerca de Guipúzcoa, pero no dejaba de ser Navarra...

Rodrigo no había conseguido acallar a la mujer, y mucho menos al niño, pero al menos había logrado conducirlos hasta una habitación situada en lo más remoto de la planta superior. Allí se quedaron agazapados en un rincón, y allí, al menos, ya no se les oiría.

Mientras tanto, en el exterior se presentaron algunas novedades.

—Víctor, mira eso.

Era Mánix. Se acercaba a la casa. Caminaba con el dedo índice sujetando el gatillo de la pistola.

—¿Crees que viene a por nosotros? ¿O más bien que esté huyendo...?

—No lo sé, pero hay que intentar reducirlo antes de que lleguen los otros.

—¿Se te ocurre cómo?

—Echa un vistazo a la casa. Mira a ver si hay más de una puerta, o si se puede salir por alguna de las ventanas traseras. Date prisa. No tenemos mucho tiempo.

Rodrigo corrió a inspeccionar la planta baja.

Víctor se apostó tras las cortinas desde donde podía vigilar los movimientos de Mánix sin ser visto.

El joven continuaba acercándose con paso inseguro. Se movía como un borracho. Parecía tremendamente confundido y asustado.

Rodrigo regresó jadeante:

—Hay una puerta trasera.

—Vale. Vamos a hacer una cosa: yo me asomaré a la puerta principal cuando todavía esté a cierta distancia. Trataré de entablar una conversación con él. Tú sal por detrás y colócate en la esquina, sin que te vea. La idea es placarlo a la primera oportunidad y, sobre todo, hacernos con su pistola.

—¿Ése es todo tu plan? —preguntó Rodrigo entre decepcionado y burlón. El humor siempre le

ayudaba en situaciones apuradas. Era el mejor modo de rebajar la tensión.

—Si antes de medio segundo se te ocurre otro plan mejor, me lo dices.

—Entendido, jefe. Voy para allá.

En ese momento sonó el teléfono de la casa. Debía de ser la *Ertzaintza*.

—¡Mierda!

No podían atender la llamada en ese momento. Debían concentrarse en Mánix.

Pero cada nuevo timbrazo del teléfono hacía que la inquietud en los deshechos nervios de Víctor, que soportaban una noche completa sin dormir, subiera varios enteros.

Salió al porche.

Tal y como le había dicho a Rodrigo, quería dejarse ver antes de que el visitante hubiera llegado a las proximidades de la entrada. Quería hablarle antes de que su cercanía le convirtiese en un blanco fácil para su pistola.

—Mánix, soy uno de los abogados que iba con vosotros en el coche. Piensa bien en lo que vas a hacer: ¡la policía no tardará en venir!

El pistolero detuvo su marcha en seco. Pero no respondió. Permaneció completamente inmóvil, de pie sobre la campa helada. Ahora más que nunca se hacía evidente que se hallaba fuera de sí. Su estampa era la de una persona completamente trastornada, inmersa en un altísimo grado de conmoción. El shock de ver asesinar a su compañero y la presión a la que se había visto sometido, habían sido demasiado fuertes para su débil carácter.

—Escúchame. Si bajas esa arma y te entregas, lo tendrás mucho más fácil ante el juez. Eso te lo garantizo.

—No quiero haceros daño... Pero tampoco quiero entregarme. —Se expresaba como un niño enrabiado.

—Puedes escaparte si quieres. Pero después, cuando te encuentren, volverás a tenerlo más difícil. Mi consejo es que dejes el arma y vengas aquí con nosotros. Te defenderemos de esos dos hombres y te ayudaremos ante la justicia.

Mánix no respondió. Tenía la mirada perdida. Recordaba a un zombi.

Víctor volvió a hablar. Se propuso romper el hechizo que parecía envolver al joven.

A pesar de sus nervios, el abogado consiguió emplear otro de sus registros preferidos, uno al que Rodrigo, bromeando, llamaba «voz de negociador»:

—Confía en nosotros. Créeme. Podemos ayudarte.

—Sí. Es lo que haré. Ya me dijo la amá que no debía abandonar los estudios.

—Entonces hazle caso a la amá y deja la pistola en el suelo, sobre la nieve...

—No: se la daré a usted en mano. —No dejaba de ser sorprendente que, de repente, hubiera cambiado de registro y utilizara la forma más educada de «usted».

Comenzó a caminar hacia Víctor. Avanzaba muy despacio. Al acercarse más, el abogado advirtió que tenía el pantalón mojado. El infeliz se había orinado encima, de pura tensión. Pero seguía empuñando la pistola por el mango. Y eso era muy peligroso.

Víctor sabía que una persona en ese estado de confusión mental podía cambiar de idea en cualquier momento. Sus reacciones eran siempre impredecibles.

La incertidumbre creció varios puntos.

Era difícil saber cuál era la actitud correcta a tomar ante un tipo así.

Rodrigo no podía ver lo que estaba ocurriendo, pero seguía los hechos a partir de la conversación, que llegaba con nitidez hasta sus oídos. Se sabía con posibilidades de recurrir al siempre útil factor sorpresa. Pero para hacerlo tendría que estar seguro de sus posibilidades de

éxito. De lo contrario, podría provocar una catástrofe.

Asomó tímidamente la cabeza por detrás de la esquina del edificio.

Se asustó ante lo que vio. El corazón comenzó a latirle con mucha fuerza.

Mánix se encontraba ya a tan sólo unos cinco o seis metros de distancia de Víctor y, aunque con sus palabras lo negaba, su actitud parecía más bien la de un hombre desesperado y dispuesto a matar.

Continuaba acercándose muy despacio hacia su jefe, sin dejar de empuñar la pistola, y manteniendo en todo momento el dedo en el gatillo.

Víctor permanecía completamente inmóvil y en silencio, como si temiera que el menor movimiento de su parte pudieran alterar a aquel desequilibrado, y provocar una reacción violenta.

Para cuando quiso darse cuenta, ya estaba en marcha. Esto le había sucedido en algunas otras situaciones de máxima tensión: que todo su ser reaccionaba de un modo irracional y extraño, adelantándose a su cerebro. Él al menos así lo percibía. Porque, antes de tomar una decisión consciente, ya se encontraba corriendo tan rápido como podía, en dirección hacia el tal Mánix. A la vez, gritaba como un desaforado para llamar su atención. Era curioso, pero en aquel momento ya no pensaba en nada. Al menos no pensaba en el peligro que sin duda corría, sino tan sólo en su época de jugador de rugby en Estados Unidos, cuando también debía correr al máximo, tratando de que no le fuera arrebatada la pelota.

Mánix se vio desconcertado ante la inesperada amenaza que suponía la súbita aparición de Rodrigo.

Su reacción tampoco se hizo esperar: volviéndose hacia él, le apuntó con el arma.

Víctor aprovechó el breve margen de tiempo que aquella distracción le brindaba, para abalanzarse sobre el pistolero y derribarlo al suelo.

Como consecuencia de la caída, el arma se disparó.

La detonación volvió a alterar la paz de los bosques por segunda vez en muy poco tiempo. Afortunadamente, en esta ocasión la bala no alcanzó a nadie.

No les resultó difícil a Víctor y Rodrigo reducir a Mánix, y arrebatarle la pistola.

Curiosamente, una vez sometido, el joven no trató de rebelarse. Con la mirada ausente, parecía un animal salvaje que, una vez domado, se comportara como un corderito.

Lo introdujeron en la casa y, lo sentaron en una silla de madera. A pesar de su aparente sumisión, le ataron las manos a la espalda y al respaldo.

—Bueno, jefe: éste ya está. ¿Crees que vendrán los otros dos?

—Lo dudo. Aunque todo es posible.

—Ha llegado el momento de llamar a la *Ertzaintza*.

—Espero que su número se haya quedado grabado en la pantalla...

Pero de modo completamente inesperado, una voz fuerte y autoritaria, probablemente amplificada por un altavoz, llamó desde fuera:

—¡Guardia Civil! ¡Tenemos la casa rodeada! ¡Salgan con las manos en alto!

Víctor reaccionó exclamando:

—¡La Guardia Civil! ¡¿Cómo demonios...?! —Y, respondiendo él mismo a su pregunta, añadió—: ¡La chica! ¿Le has quitado el móvil?

—¿Qué móvil? ¿Qué chica?

—La mujer que estaba en la casa: ¿no tenía un móvil?

—No lo sé.

—Seguro que sí, y que ha llamado a la Guardia Civil...

—¡Pues creo que vas a tener razón! Y no nos queda otra que salir...

Abrieron la puerta y, con las manos en alto, se asomaron a la puerta.

Fuera había dos Land Rovers de la benemérita tras los cuales les esperaban media docena de agentes armados.

Víctor y Rodrigo fueron inmediatamente registrados y cacheados, y la mujer «liberada».

También Mánix fue rescatado de su silla.

Una vez terminado el operativo de rescate, Víctor y Rodrigo fueron conducidos hasta el cercano puesto de la Guardia Civil en Etxalar, en donde pudieron explicarse.

Siguiendo una sugerencia de Víctor, el mando del puesto mantuvo una larga conversación telefónica con el comisario Erquicia, de la *Ertzaintza* de Hernani. Al parecer, ambos policías se conocían y se apreciaban mutuamente, lo que hizo que el intercambio de información resultara mucho más fluido de lo que se hubiera podido prever.

Al terminar de hablar, en un tono notablemente más amistoso, el mando les preguntó:

—¿Tienen algún inconveniente en acompañarnos hasta el lugar en donde mataron al hombre que se negó a asesinarles a ustedes?

—Por supuesto que no.

Fueron conducidos en uno de los Land Rovers de la Guardia Civil.

Comenzaba a oscurecer, y no había ni rastro de Antonio Tutor ni de Ramón Aguirre. Tampoco del cadáver de Aitor, al que sin duda habían ocultado en alguna parte.

Los agentes acordonaron la zona y, ante la imposibilidad de que los abogados recogieran su vehículo, que debía ser analizado por el laboratorio de criminalística, fueron trasladados hasta su hotel en el mismo Land Rover que les había llevado hasta allí.

Por fin podrían descansar, después de 48 horas de tensión ininterrumpida... Y lo podrían hacer tranquilos, sabiendo que ahora la Guardia Civil y sus equipos de rastreo se encargarían la búsqueda de los dos delincuentes en fuga.

Como era de prever, no tardaron en dar con ellos.

Exhaustos y ateridos de frío, fueron localizados y detenidos en el paraje de Garaitarreta, hasta el que habían llegado en un inútil intento de desaparecer, pasando de nuevo a Francia.

Ocho meses más tarde se celebraba la vista del juicio oral por el caso de «La Loba».

Ramón Aguirre y Antonio Tutor, cuya verdadera identidad era la de Marcelo Kessler González, de nacionalidad española y residente en Argentina desde hacía veinte años, eran juzgados por los delitos de asesinato, tenencia ilícita de armas, secuestro y coacciones, entre otros de menor entidad, como sustracción de vehículos y suplantación de personalidad.

Víctor llevaba la dirección letrada de la acusación particular interpuesta por David y Eduardo Zorrozúa.

Aquel día de inicios de septiembre había mucha gente reunida en la sala. El caso había trascendido a la prensa y, además, los Zorrozúa eran gente muy conocida en la ciudad. También Ramón Aguirre lo había sido en su momento. Y, cuando ocurrió, su muerte había dado mucho que hablar. Ahora que se sabía que estaba vivo, el morbo de verle sentado en el banquillo se extendió por todo San Sebastián como un reguero de pólvora.

No era de extrañar que un montón de amigos, conocidos y curiosos abarrotaran la estancia, hasta el punto de que, al comenzar la vista, hubiese más gente aglomerada en la calle de la que pudo entrar en el interior del recinto, que por otra parte no era excesivamente grande.

Después de la remodelación del edificio, terminada en 2002, las salas del nuevo juzgado, en la calle Duque de Mandas, eran las propias del nuevo estilo minimalista y práctico imperante en la sociedad. Paredes lisas de colores claros, iluminación mediante *leds*, mesas funcionales sin ningún tipo de ornamento superfluo. Nada que ver con los antiguos y ampulosos salones decimonónicos.

Virginia ocupaba un puesto privilegiado en la primera fila, junto a Eduardo.

Víctor se disponía a iniciar el interrogatorio a Ramón que, esposado entre dos *ertzainas*, ocupaba el banquillo de los acusados.

La labor del letrado madrileño, en medio de todo, no se presentaba excesivamente difícil. Había tenido ocasión de hablar con el abogado de Aguirre en repetidas ocasiones y, finalmente, había conseguido que el acusado se aviniera a colaborar. A cambio se le brindaría protección frente a los más que probables intentos de represalia por parte de su socio, que se cerraba en banda a colaborar. Además, el Estudio Legal Fosch se comprometía a rebajar la pena solicitada y a colaborar con la otra parte en aras a conseguir también una reducción de pena por parte del Ministerio fiscal.

En el fondo —opinaba Víctor— Aguirre no era más que un pobre hombre. Un delincuente sin duda, un delincuente absolutamente responsable de todo lo ocurrido, pero un desgraciado, al fin y al cabo. Una víctima de su propia superficialidad y avaricia.

El verdadero cerebro, y notablemente más endurecido en su carrera criminal, era sin lugar a dudas su socio Marcelo, al que Ramón había conocido en el Caribe, cuando había comenzado a perder el control sobre su propia vida.

—Con la venia, señoría... —comenzó Víctor, empleando la peculiar jerga y ampulosidad de los tribunales.

A continuación, volviéndose hacia Ramón, continuó:

—Señor Aguirre: ¿podría reconstruir ante el tribunal los hechos objeto de esta causa, tal y como usted es capaz de recordarlos en este momento?

—Bueno... supongo que tendría que empezar por el accidente en la curva de la carretera de detrás de Igueldo, por la caída del coche sobre la cala Centella.

Víctor se vio obligado a interrumpirle:

—Ahí es donde usted supuestamente se «mató», cayendo sobre las rocas del mar, desde una altura de 140 metros. Pero me parece que, si hemos de ser precisos, no es en ese punto en donde comienza su historia, sino bastantes años atrás, cuando usted hurtó importantes cantidades de dinero de Teknomat, la empresa que había fundado con su entonces socio, don David Zorrozúa.

No le hizo mucha gracia a Aguirre esta puntualización, pero sabía muy bien que, para cumplir con su parte del pacto, tendría que seguir los dictados del abogado de la parte acusadora:

—¡Hace ya tantos años de aquello...!

—No nos querrá hacer creer que no recuerda lo que ocurrió entonces...

—No, no, es eso. Sí que lo recuerdo.

—Pues entonces, haga el favor de explicárnoslo. Cuéntenos qué es lo que ocurrió.

De muy mala gana, Aguirre recomenzó:

—Fundé Teknomat con David Zorrozúa a mediados de los años ochenta. Los comienzos fueron duros, pero conseguimos labrarnos un prestigio en el sector de la máquina-herramienta, tanto en España como en el extranjero. De repente, antes de que nos diéramos cuenta, comenzamos a facturar más de lo que jamás hubiéramos podido soñar. Creo que el éxito se me subió un poco a la cabeza. Desde luego me llevó a cambiar algunos hábitos. Me desentendí del trabajo y me dediqué a «vivir».

—¿Se refiere usted a que se aficionó a las «fiestas» nocturnas?

—Sí. Podría decirse que eso fue lo que ocurrió.

—Y, como hemos dicho, usted comenzó a robar de los activos de la empresa.

—Sí, pero eso fue más adelante, a finales de los noventa.

—¿Por qué robó? ¿No ha dicho usted que ganaban mucho dinero?

—Sí, pero... ya sabe: la puñetera avaricia. Aunque al principio ni siquiera fue avaricia. Como le he dicho, el problema es que me lo creí, y empecé a llevar un tren de vida que, incluso con esas ganancias, estaba por encima de mis posibilidades. Una cosa es lo que ganaba la empresa, y otra muy distinta era mi sueldo personal...

—¿Tanto gastaba usted? ¿No es cierto que comenzó sustrayendo de una sola vez el equivalente a 50.000 €?

—Algo así sería, sí. Todavía se usaban las pesetas. Lo cierto es que llevaba ya mucho tiempo acostumbrado a ese tren de vida y llegó un momento en el que lo de aquí me parecía poco. Entonces decidí darme un capricho de mayor envergadura. Se me ocurrió emprender un viaje de placer. Al Caribe. Y así fue como conocí a Marcelo, o a Antonio, o como quieran llamarle.

—Marcelo es su verdadero nombre.

—Así es, pero hace ya años que me he acostumbrado a llamarle Antonio.

Su socio le miraba con un rostro duro como una piedra. Si las miradas mataran, ésta daba la impresión de ser capaz de fulminar a Ramón allí mismo, ante la atónita presencia de los magistrados.

—Prosiga.

—Marcelo y yo coincidimos en Santo Domingo, en la República Dominicana. Allí fue donde entablamos amistad. Ya sabe, fiesta va, fiesta viene. Entre copa y copa le conté mi vida y en poco

tiempo congeniamos. De una manera completamente interesada por su parte, pero yo me dejé embaucar como un tonto. Cuando me tuvo completamente en el bote, me habló del proyecto.

—¿Qué proyecto?

—El que llevamos a cabo.

—Sea un poco más explícito, por favor.

—Le fui contando lo floreciente que era Teknomat y, a la vez, lo aburrido que era para mí trabajar allí, con los mismos horarios y rutinas día tras día. En seguida me sugirió la posibilidad de robar a la empresa. No una pequeña cantidad como había hecho ya, sino algo grande, algo definitivo. Él me podría ayudar. Después desapareceríamos del mapa para pegarnos la gran vida. Para eso ideamos el plan de simular mi muerte. Era un modo infalible de quitarme de en medio. Una vez muerto, nadie sospecharía de mí, y nadie me buscaría. Antonio, —Marcelo, quiero decir — me brindaría los medios para iniciar una nueva vida en la Argentina. Una nueva vida con una nueva identidad. Él tiene muchos contactos allí. Todos ellos poco recomendables y fuera de la ley, pero muy efectivos. Incluso me harían la cirugía estética y, por supuesto, me conseguirían un cambio de nombre. A partir de entonces podría llevar una vida de ensueño. Nada de trabajo. Sólo dinero para gastarlo como yo quisiera.

—Y eso es exactamente lo que hicieron, ¿no?

—Sí. Al principio encontré algunas dificultades y no pude llevarme las cantidades que pretendía. Pero, finalmente, cuando ya casi habíamos reunido un millón de euros, decidimos que había llegado el momento de desaparecer. Sin embargo... entonces comprendí que quedaba un pequeño escollo.

—¿Cuál fue?

—Hacía mucho tiempo que yo había perdido todo afecto hacia mis hijos. Quizás fuese mi culpa, pero los dos resultaron ser un par de canallas. Sin embargo, su madre no se merecía algo así. Si yo fui un mal padre, ella siempre supo ser una buena madre. En todo este asunto, eso fue lo único que me hizo dudar: me costaba mucho aumentar las desgracias que ya debía soportar la pobre Isabel. Ella era muy simple e ingenua. Siempre lo había sido. Hasta el punto de que me daba causaba cierta lástima. Y eso es lo que, a la larga, ha resultado mi perdición. De lo contrario, jamás nos hubieran cogido.

—¿Se está refiriendo a la carta?

—Sí, claro. Y a las dos estúpidas visitas que le hice vestido de ruso. Pero me pudo el corazón. En el fondo me daba pena. Creo que, de algún modo, a pesar de todo, siempre la he seguido queriendo.

—Volvamos a los hechos, señor Aguirre. Si no era usted, ¿quién era la persona que cayó por el acantilado?

—No lo sé. Sólo sé que se trataba de un indigente. Un tipo al que habíamos identificado como posible víctima porque se me parecía un poco. Lo suficiente para que, una vez que la caída y el agua del mar desfiguraran y deterioraran el cadáver, todos creyeran que era yo, como de hecho ocurrió. Incluso Isabel, entre otros, testificó que el cuerpo correspondía al de su marido. Es lógico: estaba en mi coche, con mis ropas, mi reloj..., también nos preocupamos de que un buen número de testigos me vieran cenar en el restaurante Akelarre¹¹. Después, cuando mi coche apareció despeñado en el trayecto entre el restaurante y mi casa, nadie dudó ni por un instante de que el muerto era yo. Hasta el punto de que, como habíamos planeado, no se vio la necesidad de practicarle la prueba del ADN. Además, el que el accidentado fuera un indigente tenía una ventaja

añadida para nosotros: nadie lo iba a echar en falta. Nadie lo iba a reclamar, ni iba a indagar sobre su desaparición.

—¿Por qué lo mataron antes de arrojarlo al agua?

—Después de cenar en Akelarre y antes de despeñarlo, bajamos a por él a la ciudad. Sabíamos en donde encontrarle. Le invitamos a un buen número de rondas para ganarnos su confianza y conseguir que se decidiera a colaborar. Pero, en cuanto el alcohol comenzó a hacer su efecto, le dio por ponerse bravo. Ocurrió mientras subíamos de nuevo hacia Igueldo. Aunque el tipo estaba como una cuba y no se daba cuenta de por dónde íbamos ni de lo que nos proponíamos hacer, cuando se vio conducido en coche fuera de la ciudad, a lo largo de una carretera completamente desconocida para él, se alarmó y se resistió. Incluso trató de bajarse en marcha.

—¿Lo mató usted?

—No. Fue Marcelo. Se impacientó. Como siempre. Se impacientó y se cansó de las fanfarronadas y de las absurdas amenazas que profería el borracho.

—¿Cómo lo mató?

—Paró el coche en una zona solitaria y, cogiendo una piedra, le golpeó en la cabeza, en la nuca. Yo creo que el individuo murió en el acto, al primer golpe, pero Marcelo continuó sacudiéndole hasta asegurarse de que estaba completamente muerto.

Se hizo un breve y significativo silencio. El público se había quedado momentáneamente conmocionado al representarse la brutal escena.

Las palabras de Víctor les hicieron regresar a la Sala:

—¿Cómo precipitaron el vehículo pendiente abajo con el cadáver dentro?

—Eso fue muy sencillo. Era de madrugada y casi no había tráfico. En la curva por donde lo arrojamos no había protección ninguna, pues los desperfectos provocados por un accidente reciente aún no habían sido reparados. En realidad, podíamos haber simulado mi muerte en cualquier otro lugar, también habíamos pensado en lanzar el vehículo al río, en un lugar que habíamos localizado en Astigarraga, pero cuando leímos en la prensa el accidente del camión, decidimos que era una oportunidad que no podíamos dejar escapar. Entonces nos apresuramos a poner en marcha nuestro plan.

—No fuera a ser que repararan la valla...

—Eso es. Colocamos el cadáver en el asiento del copiloto y yo mismo conduje el vehículo hasta el despeñadero. Circule rápido hasta llegar a la curva y allí di un violento frenazo, con intención de dejar una clara huella de frenado. Lo hice a fin de simular un accidente y de dotar de mayor realismo a la escena.

—¿No querían que pareciera un suicidio?

—No, nuestra intención era la de que pareciera un accidente. Por eso le pusimos también el cinturón de seguridad.

—¿Y la carta? La carta no ayudaba precisamente a que pareciera un accidente.

—¿Se refiere a la carta que envié a Isabel desde Biarritz? Tiene razón. Pero en ese momento yo no sabía que iba a enviar una carta a mi mujer. Esa fue una debilidad que cometí días más tarde.

—¿Qué ocurrió después del frenazo?

—Que detuve el coche sobre el acantilado.

—¿No temían que algún conductor inoportuno pasara por allí en aquel momento?

—No. Marcelo vigilaba y escuchaba desde la carretera. Lo teníamos todo calculado. Me refiero al tiempo que tarda un coche, desde que se oye su motor, hasta que llega a la curva. De

noche, junto al mar, no hay sonidos mecánicos de ningún tipo. Si hubiera venido alguien, nos hubiera dado tiempo a reaccionar. A disimular de alguna manera. Pero no vino nadie. Dejé el coche al borde del acantilado, movimos el cadáver, al que ya habíamos vestido convenientemente con mi ropa, hasta el asiento del piloto. Después le abrochamos el cinturón, y entre los dos empujamos el vehículo al vacío... No nos quedó ya más que descender a pie hasta el aparcamiento del restaurante Leku-Eder, situado en un cruce de la carretera, a unos cien metros por debajo de la curva, en donde esa misma mañana habíamos dejado un coche convenientemente preparado, para poder regresar a la ciudad.

—Volvamos a la carta. Dice que la escribió más tarde. ¿Por qué?

—Ya se lo he dicho antes. Me pudo el corazón. Me daba pena Isabel. Siempre tan indefensa y tan sufrida. Al redactarla no pensé en que pudiera afectar a las investigaciones sobre el accidente, pues una vez «muerto» me sentía completamente seguro y a salvo. Pensaba solamente en dejarle a ella un testimonio que le hiciera más llevadera mi muerte. Sobre todo quería decirle que la quería, y también deseaba de alguna manera pedirle perdón. Era una especie de testamento, ya que pensaba que nunca más la iba a volver a ver. Quizás pequé de presuntuoso, pero, como digo, estaba seguro de mi coartada, que, a pesar de la carta, me pareció imposible que nadie llegara a descubriarnos.

El abogado y el acusado siguieron desentrañando los entresijos de la sorprendente trama.

Aunque, una vez aclarado el episodio del rompeolas, el resto de los acontecimientos recibían de manera automática una nueva luz, hasta el punto de que se hacían mucho más lógicos y previsibles. No era difícil deducir que ambos delincuentes se habían trasladado a la Argentina, donde habían logrado introducir el botín con ayuda de los contactos de Marcelo Kessler.

Y que, como habían previsto, Ramón había cambiado allá de nombre y de rasgos faciales, iniciando una nueva vida. Pero que, con el transcurso del tiempo, el dinero se les había acabado.

Así, como lógica consecuencia, concibieron un nuevo golpe. Un nuevo golpe en el que, además, podrían servirse de las ventajas que la muerte de Ramón Aguirre les proporcionaba.

—¿Supo Marcelo de la existencia de la carta anónima que usted le había enviado a su mujer desde Biarritz?

—En el momento en que la redacté y envié, no. No quise decirle nada. Sabía que no le iba a gustar. Sólo le hablé de ella muy recientemente, cuando planeábamos regresar a dar un nuevo golpe a Teknomat. Me respondió que había sido una debilidad absurda y una estupidez por mi parte. Pero, después de tantos años, nos sentíamos absolutamente seguros y a salvo. Incluso Marcelo estimó que su existencia podría beneficiarnos si, como era de suponer, David había llegado a conocerla. Pues así podíamos regresar a España y amenazarle con una muerte similar a la que había tenido Ramón Aguirre, precisamente por negarse a pagar al misterioso grupo que le había amenazado años atrás.

—Háblenos de Aitor, de Mánix y de Truchas.

—Fue tal vez otro de nuestros graves errores. Quisimos mantenernos al margen del trabajo sucio y decidimos «subcontratar» a gentes de la zona. Pero lo único que resultó de ello fue que contactamos con unos niñatos. Unos infelices que lo único que querían era ganar mucho dinero a costa de poco esfuerzo.

—¿Cómo los conocieron?

—Conocimos a Aitor en la parte vieja donostiarra. Llegamos hasta él por intermediación de los amigos de Marcelo en Argentina. Era el único de los tres con el que llegamos a vernos las

caras. Él debía encargarse de todo. También de reclutar a los colaboradores que necesitara. Nosotros le pagaríamos una parte del botín y después nos desentenderíamos de ellos: si te he visto no me acuerdo. Mánix no nos llegó a ver la cara hasta que las cosas se torcieron en la frontera. A Truchas, que según tengo entendido es un crío, no le hemos visto nunca.

—En los interrogatorios ellos hablan siempre de «La Loba». ¿Quién es la tal loba? ¿De dónde procede ese nombre?

—¡Ah, la loba...! —aquí Ramón se relajó. Incluso llegó a esbozar una tímida y amarga sonrisa—. Eso fue idea mía. De recién casados Isabel y yo hicimos un viaje a Italia. Nos llamó mucho la atención que, en muchas casas, hay una pegatina con la imagen de la loba romana, la que según la leyenda amamantó a Rómulo y Remo. Alguien nos dijo que era el emblema de una compañía de seguridad. Me quedé con la idea y, puestos a ponernos un nombre, me pareció que «La Loba» nos iba bien. De algún modo, al menos para mí, tenía una ligera reminiscencia italiana, una evocación un poco mafiosa, que es lo que al fin y al cabo buscábamos.

El juicio se prolongó durante todavía algunos días más.

Quedó plenamente acreditado que los autores intelectuales y materiales de la trama de extorsión en torno a don David Zorrozúa Ortúzar, fueron Marcelo Kessler González, Ramón Aguirre Plaza, Aitor Santesteban Tejerina, Endika Moreno Uroz, y el difunto Mánix, cuya verdadera identidad obedecía a la de Carlos Villafranca Tellería.

La posible implicación de Virginia había quedado fuera de toda duda desde el primer instante, al igual que la de los célebres empleados de Teknomat, Bilal Hamri y Franklin Carrillo que, si bien estaban envueltos en una red local de tráfico de estupefacientes, nada tenían que ver con los hechos que se juzgaban.

Ramón continuó colaborando con la justicia hasta el final, a pesar de que su antiguo camarada Marcelo no accedió a declarar en ningún momento, y mucho menos a confesar. De hecho, se mostró cada vez más hostil hacia Ramón.

Truchas, es decir, Endika Moreno Rodríguez se vino abajo a la primera de cambio y lo confesó todo, al igual que Aitor que, aunque algo más experimentado, también se mostró colaborador desde el primer instante.

Las transacciones de Víctor con el Ministerio Fiscal lograron el fin que buscaban, y a la hora de dictar sentencia, los 270 años que le cayeron a Marcelo Kessler González (de los cuales, según la legislación española en vigor no cumpliría más de 30), contrastaron con los 10 años de prisión a que fue condenado Ramón Aguirre Plaza, los 2 años de Aitor Santesteban Tejerina, y los 16 meses de Endika Moreno —Truchas—.

Estos dos últimos, careciendo de antecedentes penales, ni siquiera llegarían a ingresar en prisión. Su señoría consideró que las angustias que habían padecido durante los días de colaboración con «La Loba» habían supuesto un correctivo suficiente para ambos y, viéndoles escarmentados y desengañados, quiso proporcionarles una segunda oportunidad.

EPÍLOGO

Una vez terminado todo, David y Mentxu se embarcaron en un crucero por el Mediterráneo.

Visitaron Italia, la costa dálmata, Grecia, Egipto y Malta. Sobre todo buscaron «desconectar» durante unas semanas, vaciar el cerebro de las desagradables tensiones de las últimas semanas.

Su objetivo de descansar y recuperarse se cumplió con creces.

A su regreso, a finales de mes, ambos tenían mucho mejor aspecto. Sobre todo David, que apareció notablemente rejuvenecido. Ya no era el señor mayor que, con su abrigo loden, había penetrado en la cafetería de Castellana Ocho con paso cansino y aire avejentado. Además, el suave bronceado adquirido en el barco le daba un aspecto saludable, de hombre deportista.

Desembarcaron en Barcelona, en donde tomaron un tren hasta San Sebastián.

Lalo y Virginia les esperaban en la estación.

Después de los besos y abrazos de rigor, fue Eduardo quien rompió el fuego:

—Virginia y yo tenemos una noticia que daros: ¡nos casamos!

—¿Qué...?

—Que nos casamos. Ya tenemos fecha.

David y Mentxu se miraron. Con esto bastó. David comprendió a la primera el mensaje de su mujer. Debía dar su brazo a torcer de una vez por todas.

El rejuvenecido empresario se acercó a su antigua empleada y, con una amplia sonrisa en la boca le preguntó:

—Hija, reconozco que me he portado muy mal contigo. ¿Serías capaz de perdonarme?

—¡Claro! Además, no hay nada que perdonar. Eran momentos de gran inquietud, y lo único que ha quedado claro es que los dos somos un poco «cabezotas».

El futuro suegro y la futura nuera se dieron un caluroso abrazo que puso fin a las hostilidades.

—¡Esto hay que celebrarlo! —dijo Mentxu con un brillo muy especial en los ojos. A ella le gustaba Virginia. Y estaba muy contenta. Emocionada con la boda de su hijo—. ¿Qué os parece si nos vamos a comer a Etxeberri¹²?

—¿A Etxeberri? ¿No está muy lejos?

—¡Qué va! ¡Yo conduzco! —Se ofreció Lalo—. Precisamente habíamos pensado casarnos en la Ermita de la Antigua de Zumárraga, y después celebrar el banquete en Etxeberri. Podemos aprovechar para ir encargando las cosas.

—Habrà que invitar a los abogados de Madrid, será su oportunidad de conocer la cocina guipuzcoana...

Víctor y Rodrigo habían regresado a la capital nada más finalizar el juicio.

Recibieron la invitación con agrado.

—Karen se va a poner muy contenta de tener una excusa para visitar San Sebastián. Siempre le ha entusiasmado el País Vasco y todo lo que tiene que ver con su asombrosa lengua y cultura.

—Sí. Será un placer volver sin la tensión que nos ha acompañado en nuestra última estancia.

A Silvia también le gusta mucho aquello.

—¿Invitarán a Ramón Aguirre?

—¿Estás de broma? Además, a Ramón hay que dejarle tranquilo, al fin y al cabo, se va a salir con la suya.

—Tienes razón. Si lo que se proponía era vivir de rentas unos cuantos años más, lo ha conseguido, la única diferencia es que, en lugar de hacerlo a cargo de su antiguo socio David, ahora lo hará a cargo de los presupuestos generales del Estado...

—Sí. Esa es la única diferencia.

—Bueno, hay otra más: el entorno en el que va a residir tampoco va a ser exactamente el mismo que había planeado.

—No, no será el mismo. Pero en el fondo tampoco está tan mal. Al fin y al cabo ha regresado a casa. Al famoso «Norte» de nuestro recordado señor Fernández...

FIN

Notas

[←1]

Partido político vasco de extrema izquierda, que apoyaba el terrorismo de ETA como medio para conseguir la independencia.

[←2]

Izquierda radical nacionalista vasca.

[←3]

Papá, padre, en euskera.

[←4]

Mamá, madre, en euskera.

[←5]

Policía Autónoma Vasca.

[←6]

Granjas típicas vascas.

[←7]

Miembros de la policía autónoma vasca.

[←8]

Movimiento de Liberación Nacional Vasco.

[←9]

Colegio que utiliza como lengua vehicular el vascuence o euskera.

[←10]

¿Quién es?

[←11]

Conocido restaurante de San Sebastián, situado en Igueldo, más allá de la curva del accidente.

[←12]

Prestigioso restaurante de Zumárraga, a 50 kilómetros de San Sebastián.